



Divinas semillas

Javier Comas

SEMILLAS DIVINAS

Javier Comas

Realizada con: histerosalpingrografia
(Radiografías del útero y las trompas de Falopio)
Madrid 2017

ISBN:

Copyright, nº de registro: M-004532/2017

In memoriam carissimo amico Radu

Javier Comas nace en Barcelona en 1961. Empieza su actividad laboral como bailarín con dieciocho años en el Ballet Alèxia y más tarde trabaja en el teatro profesional con actrices de la talla de Esperanza Roy, Mary Santpere, María José Cantudo y en espectáculos internacionales como Scala Meliá Madrid y Scala Gran Canaria. En el año 1989 empieza a intervenir en exposiciones como fotógrafo y más tarde desde el año 2000 hasta la actualidad como artista plástico interviniendo material radiográfico para crear sus mundos oníricos que le han llevado a exponer por todo el mundo en ciudades como Berlín, Madrid, Florencia, Chicago, Móstoles, Oporto, Barcelona o Mónaco o en países como Venezuela y Argentina. Y hoy nos presenta su libro de ficción “Divinas semillas”

Índice

El milagro de la sierra del Arisco

El Naufragio

La negra noche

Olimpia

Sobrevivimos

Allá vamos

Agradecimientos

Nota del autor

El milagro de la Sierra del Arisco

Ventolto era el pueblo más feo, miserable y triste de la sierra del Arisco. Una torturada carretera con mil baches, llevaba desde el fértil valle hasta las secas cumbres a más de dos mil metros de altura sobre el mar. El mar, rodeando la isla y un faro en el promontorio del cabo, eran lo único bello que se divisaba desde la torre del desvencijado campanario del pueblo, ahora una boca muda y desdentada. La última hambruna obligó al sacristán en connivencia con los vecinos varones a mal vender las campanas a espaldas de sus mujeres, las cuales al enterarse, se quedaron secas de tanto llorar su pérdida.

–Cómo vamos a alertar a los vecinos si hay un incendio –gritaban desesperadas.

–¡Qué incendio! –se defendían los hombres–, si ya no quedan hierbajos ni para las cabras con tanta sequía.

–¿Cómo tocaremos a muertos cuando fallezcan los vecinos? –preguntaban angustiadas.

–Con el silencio –contestaban los hombres.

–¿Y los nacimientos?, ¿cómo anunciaremos los nacimientos?

Esa pregunta solo la respondía el viento con su helador silbido.

Hacía 23 años que no nacía ningún niño en el pueblo. Las mujeres,

o los hombres, nadie se atrevía a señalar quien padecía la esterilidad, se habían quedado secos como los pastos, viñas, huertos y olivares que tras tantos años de sequías, la falta de lluvias habían arrasado. Nadie quería responsabilizarse de esa esterilidad, pero todos pensaban que la culpable había sido la última niña nacida en Ventolto quien había causado tantas desgracias.

Nació marcada por la sangre al morir su madre del alumbramiento. La supersticiosa gente del pueblo creían que María Circunstancia, así la bautizó su padre, era la culpable de los veintitrés años de sequías y malas cosechas por la triste casualidad de un mal parto.

Los mozos nacidos antes que ella, le rehuían desde pequeña, y los diez o doce que quedaban solteros, no se atrevían a cortejarla, por temor a correr la misma suerte que la madre, a pesar de su belleza y sus redondeadas y voluptuosas formas.

Las habladurías de las mujeres más viejas, iban tejiendo una leyenda negra alrededor de la casa de María Circunstancia, abonando la culpa por la reciente muerte del padre hacía apenas seis meses, que a pesar de ser nonagenario, se casó en segundas nupcias, a los sesenta y siete años con la madre fallecida de parto. Las envenenadas lenguas no hacían más que alimentar de una forma egoísta y malsana la triste suerte de María Circunstancia.

Era un invierno como otro cualquiera. Poca gente recordaba aquellos con viento del norte preñado de agua. El viento seco del sur, no traía más que polvo y frío. La nieve y la lluvia escaseaban una vez más. Se diría que este era aún peor que los anteriores, con más viento, más polvo y menos agua, si es que eso era posible. A un par de calles de la casa de María Circunstancia vivía un secreto amor Ascensurio de la Rosa.

El chico había nacido trece meses antes que la pobre niña huérfana. Los primeros años compartían aula y pupitre, pero el paso del tiempo y la falta de niños, acabó por cerrar la escuela haciendo que la maestra bajara a buscar trabajo al pueblo de la costa.

Ascensurio de la Rosa cuando era pequeño, no era especialmente atractivo. Más bien delgaducho, y con alguna cicatriz de viruela en la frente que disimulaba con un flequillo negro y lacio. Quizá lo más bonito de Ascensurio de la Rosa era su apellido. Ni demasiado alto, ni demasiado bajo, ni demasiado listo, ni demasiado tonto. Corriente, pero con el apellido de una hermosa flor.

Con el paso de los años, el niño se convirtió en un joven que el tiempo curó las marcas de las viruelas y el flequillo despejó su frente. No ganó mucho en belleza pero sí en sueños. Uno de ellos, era casarse con María Circunstancia.

Muchos días subía al desván de su casa. Desde un ventanuco veía a la hacendosa chica, arreglar la casa, ordeñar la seca cabra y regar cuatro surcos de tierra alrededor de un almendro agotado por querer sobrevivir, donde, escasos tomates, garbanzos y pimientos intentaban resistir a los embates del viento, la sequía y las dentelladas de la hambrienta cabra. Él era feliz al contemplarla imaginando besos robados, levantando sus enaguas y buscando afanoso las delicias que escondían sus ropas.

A pesar del frío, esa mañana, sin ninguna razón especial, la vio lavarse debajo del almendro con un sayo blanco que al contacto con el agua dejó transparentar los rojos pezones y la negrura del vello de su sexo.

Fascinado por esa imagen de la niña convertida en mujer, el sexo de Ascensurio, se endureció como las cepas de la viñas, más aún, como los

troncos de los olivos. Sin saber cómo, el pantalón de lana que vestía se llenó de un líquido espeso y caliente que recordaba el olor de la lejía en contacto con el agua, y tras un espasmo incontrolable y espontáneo, se desmayó yendo a dar con su huesuda espalda contra el suelo de madera del desván. Al rato despertó, sin saber que había ocurrido. Fuertes punzadas le recorrían el cuerpo desde la cabeza hasta los testículos, pasando por la espalda. Desconcertado se palpó todo su cuerpo de arriba abajo para intentar reconocer de donde procedía el dolor. Llegó a su entrepierna. Al notar la tela del pantalón húmeda y ligeramente acartonada, temió que se estuviera desangrando, pero al bajar la mirada hacía su sexo, respiró aliviado al ver que la mancha no era de sangre. Ni de sangre ni de orín –pensó–pero si no eran de aquellos fluidos conocidos para él, ¿de qué era?

Poco a poco fue recuperando el sentido y reconociendo el lugar donde estaba. La imagen de María Circunstancia vino a su cabeza. Las formas dibujadas a través de la ropa mojada, pegada a su cuerpo, volvieron a encender la imaginación del joven. Recordar la orografía desvelada a través de la tela húmeda de esa mujer, le enloqueció. La mancha negra del vello de su sexo, las cimas de sus pechos, montañas nevadas con dos llamas rojas como la antigua luz que siglos atrás encendía el faro del cabo, eran imágenes que daban vueltas en su cabeza y no hacían más que endurecer su virilidad. Llevado por la sabia mano de la naturaleza carnal, bajó la suya hacía su sexo, y sin haberlo hecho nunca antes buscó su propio deleite. Los envites de la mano contra su cuerpo le proporcionaron un nuevo gozo, pero esta vez, no se desmayó.

Disfrutó de cada segundo de sus espasmos, ahogando los gritos de placer para no ser descubierto. Enajenado por el descubrimiento del onanismo, quiso retener la escultura viva de su vecina, jurándose que la próxima oleada de placer sería junto a ella.

A pesar de su edad había permanecido ciego y sordo a los deseos de su cuerpo, pero ese día la carne pudo más que sortilegios inducidos por las malas artes de su madre. Extasiado por las sensaciones, se quitó el pantalón y lo dejó tendido en el desván, esperando que el viento estéril secara las semillas de su cuerpo, que una vez involuntariamente, y otra a propósito, había desparramado inútilmente sobre la tela.

Bajó la escalera en silencio y en el arcón de su cuarto, buscó el otro pantalón que tenía. Dos de invierno y dos de verano. La economía no daba para más. Decidido se vistió con el otro par. Fue a la cocina a buscar un vaso de agua y encontró a su madre. Estaba sentada bajo una gran chimenea de yeso y madera que cobijaba a un lado un banco de piedra, en el centro, un hogar con una olla a fuego vivo con agua hirviendo y al otro lado, opuesto al banco de piedra, una pareja de balancines de mimbre, más aptos para leña que para adormilarse en ellos. Al darse cuenta de la presencia del hijo la miró sorprendida.

—¿Por qué te has cambiado de pantalones, si solo hace una semana que los llevas?

—Los manché con barro y verdín, pero no se preocupe madre — mintió— los he lavado y los tengo secándose en el desván.

—¿Y desde cuándo un hombre de la Rosa, lava sus propios calzones? Hijo, sé que nuestra vida no ha sido fácil estos últimos años, pero desde que murió tu padre, miedo me da que el diablo te lleve por malos caminos. No fumas, no bebes vino, y como en el pueblo no hay mujeres casaderas, temo que un día te pierdas por estos barrancos y desfiladeros, y acabes emparentado con una cabra.

—No se preocupe madre. Que casarme, me he de casar.

—Con la hija de algún pescador de mala muerte de las bajuras de la costa, pues las que tienen padres con barca, jamás buscarían el cobijo de unos

pobres labriegos como nosotros. No tenemos que darles de dote, más que polvo y tierras baldías. Los de las montañas siempre hemos aportado las dotes sea hombre o mujer el que se case. Casarse con alguien de la costa ya se considera muy buena fortuna.

–No madre, con la hija de un pescador no. Huelen siempre a mareas y algas. Yo quiero una chica de la sierra.

–Pero si ya no queda ni una. Las que hay, están casadas y más secas que el esparto viejo.

–Hay una, madre.

–¿Dónde?

–Aquí, en el pueblo, en Ventolto.

–Ninguna que yo conozca, o te merezca.

–Que sí madre, que sí. Está María Circunstancia.

–¿Esa? ¿Esa bruja, que mató a su madre al nacer? ¿Asesina de su propia sangre? Antes muerta que verte en sus brazos. Me despeño por un barranco contigo en mi regazo si sé que la rondas. Quedas avisado.

–Pero madre...

–Ni cruces la calle para visitarla, ni me la traigas a la puerta que la degüello. Aléjate de ese demonio en forma de mujer.

–La amo. Estoy seguro que es una buena mujer. Una persona tan bella por fuera no puede ser mala por dentro.

–Esa mujer, trajo la desgracia a este pueblo. Matando primero a su madre, trayendo, sequías, polvo, granizo y tormentas. Devastó nuestras tierras y nuestro mundo. Ahora no va a arruinar el alma de mi único hijo. Nadie se atreve a pasar por delante de su puerta y tú lo tienes prohibido y no consiento que me desobedezcas.

Llena de ira y rabia por los deseos de su hijo, agarró un tizón ardiendo del hogar y lo lanzó contra él. Este lo esquivó con agilidad y

llorando de pena subió de nuevo al desván. El pantalón colgado y con la mancha aún húmeda le recordó las formas de su amada. Arrodillado frente a la prenda, lloró de un modo convulso, las contracciones de su cuerpo desparramaron sus lágrimas por el suelo de madera, mojando con ellas semillas olvidadas de tiempos fértiles y felices. Agotado por las emociones y la pena se durmió.

Un viento huracanado le despertó. Casi no podía abrir los ojos, las lágrimas habían actuado como un pegamento en sus pestañas. Dolorido por el contacto de su cuerpo con el suelo de madera, se incorporó a duras penas. Se restregó los ojos con los puños y cuando por fin pudo abrirlos, un rayo de luna que entraba indiscreto por el ventanuco, iluminaba unas flores que temblorosas se movían debido al viento que soplabá por el desvencijado tejado del desván. Las lágrimas derramadas por amor habían regado las semillas olvidadas en el suelo, haciendo que en cada una de ellas naciera una bella flor. Apenas recordaba el color de las flores después de tantos años de sequía. Abrumado por ese pequeño milagro de la fertilidad, decidió que era una señal. El verdadero amor le esperaba dos calles más arriba.

Con suma delicadeza reunió las flores en un ramo. Eran nueve, cada una de un color y una forma distinta. Nueve flores que él nunca había visto antes. La sujetó con su mano izquierda, y con la derecha se peinó torpemente. Iba a desobedecer a su madre por primera vez, pero sabía que eso era lo correcto. Sabía que cruzar las dos calles que le separaban de María Circunstancia no era un acto desleal a su madre. Era un acto de amor. Se sintió valiente. Se sintió hombre por primera vez.

Dueño de su cuerpo y sus decisiones. Sin importarle el ruido que podía hacer, bajó las escaleras rápidamente, sin vacilar. El crujido de la madera producido por sus pisadas no le acobardó, le insufló seguridad. Abrió

la puerta de la casa y el viento del sur, seco y polvoriento, procedente del desierto del continente, la cerró de golpe. Su madre al oír el portazo se despertó, asomándose a la ventana de su habitación empezó a llamarle desesperadamente. Él no la oyó. El viento apagó su voz.

Dobló la primera esquina para dirigirse hacia la parte más alta del pueblo, hacia la casa de María Circunstancia, le pareció que el aire era más húmedo, que cambiaba de dirección, y en lugar de frenarle lo empujaba. Era el viento del norte que le animaba a buscar la casa de su amada. Rompía todas las reglas del pueblo al acercarse al hogar de la niña que había traído la esterilidad a Ventolto.

La niña que las lenguas incultas, soeces e indómitas, en lugar de arropar su orfandad, la mancillaron con palabras huecas y dolorosas. La niña odiada por un mal parto, reclamaba a través del viento, ser amada. Lo reclamaba en silencio y sin ella saberlo. Ascensurio con unas flores regadas con las lágrimas del amor, iba a ofrecerle su cuerpo y su alma.

Conforme se acercaba a la casa dudaba por temor a ser rechazado. El deseo de amar a una mujer condenada por la ignorancia y la malicia, era más intenso que el miedo a una maldición o la muerte.

María Circunstancia, a pesar del temporal que arreciaba por momentos, estaba terminando de ordeñar la cabra debajo del paupérrimo almendro, dando de vez en cuando un suave manotazo en el hocico para evitar que se acercara a las escasas hortalizas que quedaban por recolectar. Ocurría un extraño fenómeno cada vez que prensaba las escuálidas ubres de la cabra, los pechos turgentes y blancos de ella se endurecían hasta el punto, que el roce de la ropa le causaba un dolor insoportable, al fin, y de forma espontánea, empezaba a surgir de sus entrañas un calostro, más espeso que el agua y más claro que la leche. Calostro que ella aprovechaba una vez ordeñada la cabra para regar las verduras y el almendro con la esperanza de

que no se secan y así también aliviaba el dolor y la tirantez de la piel de sus mamas. Era tan habitual esa subida de alimento que nunca le dio importancia. Lo consideraba una bendición del cielo tener algo más de líquido para regar el maltrecho huerto. A veces le rondaba la idea de guardarlo para ella misma, pero solo pensarlo, le repugnaba de tal manera que le parecía más sensato y útil del modo como lo utilizaba.

El viento se volvió más fuerte, tanto que temió que se llevaría volando a la cabra y arrancara de cuajo el almendro y las verduras. Sin duda - pensó- este es el peor invierno de los que recordaba.

Las nubes iban cubriendo el cielo y devorando la poca luz que una menguante luna diseminaba. La noche se cernía llena de sombras de mal agüero sobre la casa y el pueblo.

María Circunstancia era una mujer valiente, hecha a si misma. Cuando apenas levantaba tres palmos del suelo, ya ayudaba a su padre, Ascanio Betancour, en las pocas tareas del hogar y del huerto. Al alcanzar los cinco palmos tuvo que empezar a cuidarle, y cuando su cabeza empezó a rozar las vigas más bajas del techo de la casa, se quedó sola. Ningún habitante del pueblo acudió a ayudar a amortajar al progenitor cuando murió. Ni siquiera se acercaron a darle el pésame. Nadie quería ir a la casa de la chica maldita. Ella misma sin más herramientas que sus manos lo enterró en un rincón del jardín. Rezó sola y por fin, haciendo la señal de la cruz, dio por terminada la ceremonia.

Esa noche de dolor y soledad, una alargada sombra se apareció por su casa, casi de madrugada, en un silencio absoluto, los pasos de Ascensurio contra los guijarros, rompían la oscuridad.

En el quicio de la puerta le dejó, una pequeña ollita de hierro fundido con sopa de pan, pimentón y ajo, para aliviar su pena. Llamó a la puerta y asustado salió corriendo. Ella no esperaba nada de nadie, y allí se

quedó la ollita tan sola como la huérfana. El metal fue consumiéndose con el paso de los años, llenándose de moho, primero por dentro, y después por fuera. Al morir su padre, ella cumplía los quince, ocho años estuvo la ollita en la puerta, oxidándose impertérrita.

Durante ese tiempo, los inviernos y los veranos con alguna que otra primavera con falsas promesas de florecer, pasaron por la cancela del jardín. Nunca salió de la casa en ese lapso. Nunca sospechó la presencia del recipiente con la sopa de pan, ajos, pimentón y amor.

Comía las verduras que podía salvar de la huerta y del hambre de la cabra, y ésta le proporcionaba un vaso de leche por la mañana y un tazón para la cena. Recién ordeñada estaba tan calentita que le ayudaba a conciliar el sueño por la noche y esa sensación de plenitud le provocaba una sonrisa que la hacía feliz. El estómago lleno, y mirar con cariño una desvaída foto del día de la boda de sus padres, el único vínculo físico que le quedaba de ellos, era el mejor remedio para dormir.

Cuando Ascensurio llegó a la desvencijada puerta de madera del jardín que rodeaba la casa, se encontró con un murete encalado pero con excesivas calvas que mostraban indiscretas las desnudas piedras que lo formaban. Disgustado reconoció la olla que había dejado ocho años atrás. Todo su mundo construido a bases de miradas desde el ventanuco del desván se vino abajo. Con el corazón destruido por la visión de la ollita oxidada se arrodilló delante de ella. Intentó asirla con ambas manos, pero los años la habían soldado al suelo. Derrotado se abrazó a ella como si fuera el cuerpo de un pequeño bebé perdido y hallado después de mucho tiempo. Se dejó llevar por el abatimiento, y sin importarle el frío y la oscuridad se acurrucó entorno al recipiente que simbolizaba sus años de amor, pensando que su madre tenía razón. El desprecio de una comida ofrecida entre personas pobres solo era posible si venía a través de una mala mujer. No solo estaba en lo cierto su

madre, todos los habitantes de Ventolto también. María Circunstancia era una mala mujer, bella, voluptuosa pero maldita.

El viento se volvía aún más violento. Ascensurio, sin fuerzas, era incapaz de levantarse del suelo. Solo quería desaparecer, fundirse con la olla y soldarse a la tierra con ella. Cubrirse de moho y convertirse en piedra. Eclipsarse sin dejar huella. Su mano izquierda agarraba con fuerza las nueve flores que brotaron del suelo del desván, el viento las hacía rozar contra su cara, al notarlas, abrió el puño y una fortísima ráfaga las hizo desaparecer en la oscuridad de la noche. La misma ráfaga abrió una de las ventanas de la casa de María Circunstancia y como una mano invisible depositó en la almohada de la cama las nueve flores de Ascensurio.

Una de ellas, la más roja y bonita, rozó sus labios como si fueran los labios del amante que se quería convertir en piedra y desaparecer. Se levantó de la cama para cerrar la ventana abierta por el viento y mientras la cerraba, Eolo abrió la puerta que daba al jardín. La corriente de aire arremolinó las flores alrededor de su cuerpo. Le pareció que la acompañaban hacia el portón que daba a la calle cerrado durante tantísimos años. Maravillada por sus colores las siguió por todo el jardín. El viento las hizo volar por encima de ella y desaparecieron lentamente detrás del murete que separaba la finca de la calle.

Hipnotizada por las flores intentó abrir la puerta. Estaba tan anclada al paisaje que le fue imposible moverla. Dio un empujón hacia afuera y cedió un poco. Esto la animó. Con todo su cuerpo empujó varias veces hasta que por fin se abrió una rendija. Algún objeto impedía su apertura total. La noche la intimidaba un poco, pero la curiosidad por las flores era más fuerte que el escaso miedo que tenía. Intentó mirar por la abertura que se había producido, pero era demasiado estrecha para ver algo. La oscuridad tampoco ayudaba y

las flores parecían perdidas en la espesa noche. Se enfadó con la puerta y con la piedra que impedía su paso. Decidió recostarse contra ésta, con la vana intención de que su peso la abriera y recuperar las flores. Fue imposible. Abatida llamó a la cabra que apareció alegre por lo inesperado de la hora y baló como si sorprendida le hiciera una pregunta, “¿quééééééééééé?”, chasqueando los dedos logró que se acercará más a ella. Se abrazó al animal para protegerse del frío, y esperando las primeras luces del alba ambas se quedaron dormidas. Ni la una ni la otra sabían cual era el obstáculo que bloqueaba la salida.

Así pasaron la primera noche Ascensurio y María Circunstancia, juntos como Píramo y Tisbe, separados por una rendija entre dos mundos. Confundidas las respiraciones de ambos con el aire de Ventolto. Sin ser conscientes del deseo de ella de ser amada y el deseo de él de amarla, solo separados por un terco portón obstinado en no abrirse

El frío de la madrugada y un nervudo nudo de la vieja puerta, la despertó. Consciente de donde había pasado parte de la noche, apartó la cabra de sus brazos, se levantó palpándose la dolorida espalda, y una vez de pie, intentó forzar de nuevo la barrera de madera que la separaba de las flores. Nada. La puerta no cedía.

Resignada se dispuso a ordeñar la cabra para desayunar. Regó el almendro y el pequeño huerto de subsistencia con su propio calostro y se dispuso a hacer la cama casi intacta. Recogió un poco la casa y saludó a sus padres que la observaban desde la foto colgada en el desangelado cuarto, donde una cama, tres sillas, un pequeño hogar, que nada tenía que ver con la gran chimenea de la casa de Ascensurio, y una mesa que cojeaba debido a las losas de barro cocido que alfombraban la estancia, llenaban el espacio que formaba el mundo de María Circunstancia.

El día iba clareando con una gran pereza, como si Ventolto se

sintiera más cómodo en la oscuridad de la noche. La negrura impedía ver la miseria del pueblo y de sus gentes. La claridad del día lo hacía todo visible y palpable, tanto, que se diría que los días de sol convertían a la gente en transparente y se podía ver la tristeza y amargura de su interior. A veces vagaban como fantasmas de un lado a otro de las casas y las calles, esperando el milagro de la nieve de invierno o la lluvia de primavera.

María Circunstancia no dejaba de pensar en el viento de la noche que había traído aquellas bellísimas flores, seguramente de un lugar muy lejano, o quizá de la costa. Aunque esto último le costaba creerlo, ¿cómo podían haber llegado de tan abajo del valle? Cavilando en ese misterio, se quedó adormilada. Las campanillas del reloj la desvelaron, haciéndole recordar que la puerta de acceso no se abría hacia fuera. ¡Lo hacia adentro! Después de tantos años sin usarla se había olvidado de ese detalle. De un salto se levantó de la silla, atravesó el dintel de la casa y tiró del portón que daba a la calle. No fue fácil, el empeño de la noche anterior de empujarlo, y los años de corrosión de las bisagras, pusieron una persistente resistencia. Era como si la puerta le advirtiera que si la abría hoy, nunca más podría cerrarla. Hizo un último esfuerzo y por fin consiguió con su apertura ver la casa de enfrente en la pobre luz de la madrugada. A sus pies un bulto redondo enroscado como un caracol, se abrazaba a una ollita de hierro.

No podía creer que un ser humano hubiera pasado la noche junto a su puerta. Los paisanos, cruzaban a la acera de enfrente para no pasar delante de la casa maldita. Será un vagabundo despistado -pensó- pero muy despistado, hace años que no suben vagabundos por el pueblo. Al estar hecho una espiral sus brazos tapaban su rostro. Le tocó tímidamente el hombro con la mano para despertarle, al ver que no se movía, le zarandeó las piernas con su pie. El muchacho asustado se encogió aún más para protegerse y agarrando la ollita gritó fuertemente:

–¡No me mates!

Hubo un silencio extraño, abriendo una herida que se había cerrado en la mente de la chica y parecía que alguien tenía intención de volver a sajar.

–No pensaba hacerlo –dijo la chica sorprendida– solo quería ver unas flores de colores que ayer llegaron traídas por el viento a mi jardín. ¿Quién eres? Descúbrete la cara y deja que te vea –dijo en un susurro intentando no sonar amenazadora.

El extraño levantó su rostro, ella al verlo ahogó un grito que estaba entre la sorpresa y el dolor.

–Ascensurio , ¿qué haces aquí?

–No sé –acertó a decir– quería verte. Te traía unas flores que florecieron en nuestro desván. Quería verte y –tomó aire para seguir hablando–al llegar y ver la ollita...

No quiso terminar de explicarle, que el día de la muerte de su padre le trajo a hurtadillas un pote de la casa materna con comida caliente para calmar su pena. No deseaba ofenderla, o parecer un loco, ni decirle el gran dolor que le embargó al ver que su presente permaneció fuera de su casa olvidada y finalmente llena de óxido durante ocho largos años.

Bajaron los dos la vista hacia el recipiente, milagrosamente limpio, sin rastros del tiempo transcurrido. Un olor a sopa de pan y ajo, llegaba hasta las fosas nasales de ambos que aleteaban conforme iban reconociendo el olor de comida caliente. Las flores habían vuelto al puño cerrado de Ascensurio, el amor del muchacho había calentado la sopa y el moho y óxido de la marmita había desaparecido. Sin saber muy bien que había ocurrido se arrodilló en el suelo al pie del escalón que separaba la casa de la calle, y le ofreció las flores que conservaban todo el color y toda la frescura como si estuvieran recién cortadas. María Circunstancia emocionada las cogió con todo el cariño que su padre le había legado, las apoyó en su pecho y en un

gesto de aprecio las olió. El día clareaba, ojos detrás de alguna ventana observaban sin decoro ni disimulo la escena.

–¿Y esa ollita? –preguntó intrigada–. ¿Me has traído sopa?

–Era para ti. Es para ti –corrigió.

Ascensurio comprendió que su pena y su dolor habían actuado como un fuego purificador, limpiando la olla y calentando su contenido. Ocho años de separación y vigilancia desde el desván había generado en él tanto amor, como odio se generó en los habitantes de Ventolto hacia la chica. Se la ofreció y espero que ella la aceptara.

–Gracias, hace muchos años que no como una sopa de pan y ajo. Entra en la casa, estarás helado. Yo ya desayuné, pero la podemos compartir.

La cabra miraba atónita la escena desde las rodillas de María Circunstancia. Nunca había visto a otro ser humano que no fuera su dueña, y si lo había visto, lo había olvidado. Como un perro guardián estaba lista para embestir al extraño, en cuanto hubiera una ocasión de peligro. Quieta, clavada en el suelo, no dejaba pasar al intruso, un empujón de la cadera de la chica la desestabilizó y balando fue a protegerse debajo del almendro.

María Circunstancia invitó a pasar a Ascensurio a su casa. Él dudó si entrar o no. Deseaba compartir la sopa de pan y ajo, y estar a su lado. Poder contemplarla tan de cerca era un sueño inalcanzable la tarde de ayer. Hoy, le parecía imposible que se estuviera cumpliendo.

¿Y la sopa de ajo? –se volvió a preguntar– ¿Cómo era posible que después de ocho años aún estuviera caliente, casi recién hecha? ¿Era otra señal como la germinación espontánea de las flores del desván? ¿Era amor o era brujería?

Adelantó un paso y su cuerpo se quedó en el dintel entre la calle y el penoso jardín. Del almendro pendía un solo fruto y las pocas verduras que quedaban, en lo que pretendía ser un huerto, daban más pena que ganas de

comerlas. Confuso ante la visión del jardín, asombrado por todos los acontecimientos, perplejo ante las expectativas que su cabeza elucubraba y embelesado por la sonrisa y belleza de la chica, no sabía como reaccionar. Enrojeció al recordar sus formas mojadas vistas desde la distancia y la estrechez del ventanuco del desván, cogió la ollita del suelo y a modo de escudo se la colocó en el bajo vientre, los pensamientos lascivos le sonrojaban, pero la incipiente erección que le estaba produciendo su sexo aún le incomodaba más. María Circunstancia seguía quieta, sonriente y con la mano suspendida en el aire como una cariátide, persistiendo en el gesto de invitación, al verle tan vacilante insistió:

–¿Vas a entrar, o desayunamos en el portal a la vista de todos los vecinos?

Ascensurio, giró la cabeza y vio a varios moradores de las casas cercanas asomados a las ventanas, incrédulos de lo que estaba ocurriendo, el hijo de Anastasia de la Rosa, (en la isla los hijos heredaban el apellido de la madre. Era el derecho que habían adquirido por el dolor al parir), llevaba dos presentes a la maldita y endemoniada hija de Nicanora de la Peña. “Peñas y rosas nunca se habían llevado bien”, murmuraban los presentes. “Las rosas necesitaban tierra y no peñas o piedras para florecer”.

El chico cada vez más confuso por los acontecimientos, decidió entrar. Prefería la penumbra de la casa, a la luz de la mañana. Quería estar lejos de las miradas y las lenguas de los vecinos, esconder el rojo de sus mejillas y la dureza que su pantalón delataba.

–¡Ay!, si su madre lo viera –fue lo último que escucharon sus oídos cruzando el jardín y entrando decidido hasta el interior de la casa.

La casa le sorprendió por la pequeñez de la estancia y la luz que se colaba por una claraboya de cristal del tejado. La cocina, el comedor y la cama compartían la misma habitación. La luminosidad interior, alumbrada

cenitalmente, le puso nervioso, poco podría disimular sus mejillas coloradas y la desobediencia carnal de su cuerpo. Azorado, puso la ollita encima de la mesa coja y se sentó en una de las sillas con la esperanza, que al estar sus caderas cubiertas por el tablero, éste fuera cómplice de cubrir sus deseos más lúbricos. Mientras tanto María Circunstancia buscaba dos cuencos en la alacena de espaldas a él, ignorante de los pensamientos del muchacho, limpiando con un trapito los restos de polvo acumulado por la falta de uso. Aún de espaldas, cogió de una lata, que hacía las veces de cubertero, dos cucharas y al darse la vuelta para ponerlos encima de la mesa, vio su reflejo en el cristal de la foto de sus padres, coqueta se recogió un mechón detrás de la oreja siendo consciente que ese gesto había pasado de ser un acto útil cuando estaba sola, a un acto de seducción. Al pensar lo que eso implicaba se sonrojó tanto o más que el muchacho, quien nervioso tamborileando en la mesa con sus inquietos dedos, esperaba que ella cumpliera el ritual de servirle. En silencio repartió la sopa entre los dos cuencos, alternando una cucharada cada vez, hasta que las tres últimas se las sirvió a Ascensurio, en agradecimiento por las flores y la comida. Se miraron a los ojos. Cuando ella fue a tomar la primera cuchara, él la frenó con un gesto de su mano.

–Me gusta bendecir la mesa, ¿te importa que lo haga?

–No, todo lo contrario, hace tanto tiempo que como sola, que he olvidado todas las buenas costumbres. Lo siento –se disculpó avergonzada.

Sus mejillas habían alcanzado tal calentura y rojez, que se hubieran podido asar en ellas los escasos pimientos que quedaban en la huerta. Tímidamente le sostuvo ambas manos y en voz baja, intentando alejar el acto lascivo que se le venía a la cabeza al ver la piel ajena, empezó a balbucear.

–Señor Padre Divino, bendice estos alimentos y a esta mujer, a la cual deseo, este acto no lo hago ni por vicio, ni por fornicio, sino para darte un hijo a tu servicio.

–¿Qué forma es esa de bendecir la mesa?

Rió sorprendida y acalorada, sabiendo que había confundido la oración de honrar la mesa, con la de santificar el tálamo nupcial para que Dios perdonara el acto de lujuria que cometían los novios por primera vez después del casamiento.

–Perdóname, yo no quería, decir eso...

–Ha sido muy divertido.

–No quería ofenderte, Maria Circunstancia, yo no deseaba herirte, yo te amo, yo...

Sin darse cuenta se levantó de la mesa poseído por una fuerza que desconocía, se quitó la camisa y los pantalones, y tal como Dios lo trajo al mundo, pero más crecido, en todos los sentidos, se dirigió tambaleándose hacia ella. La chica sorprendida, muerta de risa y sin ninguna reserva, como si hubiera estado esperando ese momento durante mucho tiempo, se quitó la única prenda que le cubría el cuerpo mostrándose ante él con todo su esplendor. Sin humedades o nieblas lejanas que censurasen su cuerpo. Sus pechos blancos, enhiestos desafiaban todas las leyes de la virtud, coronados por las rojas aureolas de los pezones con dos gotas de calostro, que evidenciaban las ganas de ser útiles, retaban valientes al sexo de Ascensurio. La visión del cuerpo de esa mujer le estaba enloqueciendo. Nunca había notado una sensación semejante. Ni siquiera la tarde anterior cuando desparramó sus semillas en el pantalón de lana.

Dejando la sopa que les había conducido al interior de la casa encima de la mesa, sus cuerpos chocaron torpemente entre ellos.

El deseo era un despropósito. Sus manos torpes, inexpertas e imprudentes, querían consumir cuanto antes los calores que desprendían sus entrañas. Al notar el contacto de sus pieles su ardor no se apagaba, se encendía aún más.

El viento en Ventolto amenazaba con arrancar de cuajo todas las casas. Los amantes enardecidos por la pasión consiguieron unir sus cuerpos tal como lo habían hecho siempre los seres humanos y las bestias. La cabra asustada por el huracán entró en la casa y se refugió debajo de la mesa, pero no miedo por la tormenta, sino al ver a aquel agitado monstruo de dos cabezas y cuatro piernas, convulsionando en un rítmico movimiento que iban aprendiendo y atemperando. La claraboya salió despedida, no se sabe si por el aire, o el ímpetu de los jóvenes. Al fin, dos gritos profundos y guturales dieron término las convulsiones y al crujido de la cama.

Desnudos exhaustos, y en silencio se besaron profundamente en una sola lengua, convirtiendo el deseo desquiciado, en ternura.

En el silencio de la mañana, mientras el cielo cubierto de una sola nube blanca los contemplaba, después de veintitrés años empezó a nevar en Ventolto.

Durmieron ovillados toda la tarde y parte de la noche. Abandonados al calor de sus cuerpos y a un sueño sin sueños. Los sueños ya no eran necesarios, los estaban compartiendo a través de sus cuerpos impudicamente desnudos y salvajemente bellos por el amor. La cabra inquieta empezó a balar habituada al vaciamiento de sus ubres, exigiendo ser ordeñada. Su grito despertó a ambos a la vez. Lo primero que vieron fueron los ojos ajenos el uno del otro. Sorprendidos, pero felices del encuentro cristalino de sus miradas, los volvieron a cerrar para juntarse en un nuevo abrazo y un largo beso. Sus labios exploraban los del otro sin remilgos. Sus dientes, debido a la torpeza de los jóvenes amantes, chocaban de vez en cuando provocándoles risas cómplices y traviesas. Las lenguas no cesaban de entrar y salir de sus cavidades como el cuco en un reloj averiado en la hora del Ángelus, escondiéndose y mostrándose con un exhibicionismo casi soez, pero infantil e

inocente. Aprendían a la vez que maduraban. Crecían como personas, como amantes.

Ascensurio no se avergonzaba de su insolente y pétrea erección, que audaz exploraba la húmeda cavidad de María Circunstancia sin querer salir de ella, era un recinto natural y perfecto para cobijarse. Sin proponérselo se estaban amando de nuevo, la fogosidad de los jóvenes volvió a asustar a la cabra que de nuevo se escondió debajo de la mesa. Instruyéndose el uno al otro se daban cuenta que las prisas no eran buenas consejeras del placer, calmando sus movimientos tuvieron un éxtasis mucho más placentero y notorio. Distinto al primer espasmódico desahogo. Un placer más digno de dioses que de bestias. Sus cuerpos cultivaban con rapidez la sabiduría de los juegos del amor. El gozo llegó. Fue tan distinto de la primera vez que permanecieron unidos dilatando el tiempo uno dentro del otro hasta que relajados oyeron los balidos de la cabra.

No era la primera vez que gritaba el animal desesperado, pero sí la primera que se alarmaron al oírlo. La chica se levantó de la cama y la acercó a sus brazos comprobando que estaba lista para ser ordeñada. Desnuda tomó un cuenco y empezó su trabajo. El muchacho la contemplaba desde el lecho, al darse cuenta de que estaban como Adán y Eva, avergonzándose de las carnes de ambos, cogió la sábana y la cubrió con gran cuidado para protegerla de su propia mirada. María Circunstancia agradeció el gesto, no por pudor, sino por calmar el frío de su espalda. La abrazó con una ternura que él desconocía, por no saber que existían gestos como esos que se podían dar a una mujer. Se sintió feliz de que sus rudos brazos fueran capaces de expresar esos sentimientos tan hermosos. Quiso compartir aún más ese momento. Se metió debajo de la sábana con ella y sintiendo su pecho velludo contra la suave espalda de la chica, esperó paciente y embelesado a que la cabra estuviera vacía. Ella disimuló su calostro secándolo con la sábana, y

sintiendo pena por el líquido desperdicio.

–Esto es todo lo que hay para cenar –dijo decepcionada enseñándole el cuenco.

Intentó escurrir más las ubres de la cabra, la cual dando un brinco se volvió a esconder debajo de la mesa.

–No importa, tómatela tú. Estás mucho más delgada que yo, y por una noche que no cene no pasa nada.

–No, la compartiremos. Además, seguro que ayer tampoco cenaste.

De repente cayeron en la cuenta de que aún no había tomado la sopa de pan y ajo.

–Tenemos la sopa –exclamaron los dos a coro, como si ambos fueran Rodrigo de Triana al descubrir las indias gritando: “¡Tierra a la vista!”, rieron como niños por la casualidad del pensamiento.

Ascensurio, recogió un poco de leña desperdigada cerca del hogar y María Circunstancia le trajo una cajita de metal donde guardaba yesca para encender el fuego.

Enseguida las llamas empezaron a dibujar en las paredes de la cocina las siluetas de ambos, aún desnudas, en un rítmico y sensual baile. La oscuridad vacía entre ambos la llenó el resplandor del brillante fuego. Sus cuerpos esculpidos de juventud, teñidos por la luz escarlata, resultaban aún más bellos y tentadores que en la penumbra de la casa. El contrastaste del calor en sus caras, con el frío que delataban sus espaldas, les recordó que seguían desnudos. De repente sintieron vergüenza de esa situación, el ruido de sus tripas les hizo volver a la realidad de sus cuerpos. En silencio y de espaldas se vistieron. Una timidez, desconocida en el lecho, se apoderó de ellos una vez vestidos. Ni siquiera se atrevían a mirarse a la cara. Calentaron la sopa y la leche. Callados se sirvieron la comida, evitando las palabras terminaron la cena. Tan absortos estaban en el contenido de los platos,

desviando las miradas al vacío, que ninguno de los dos se había fijado en el montón de nieve que se había colado a través de la claraboya, arrancada del tejado por el viento o por sus candentes caricias.

María Circunstancia cogió los cuencos y las cucharas y se dispuso a fregarlas. Ascensurio se levantó de la silla, abrazándola por la espalda cogió sus brazos como si fuera una frágil marioneta de cristal y manipulando sus manos, ayudó a limpiar la vajilla. Ella no se pudo resistir ante un gesto de tanta ternura y amor, al girarse para besarle en la boca se quedó paralizada. Un polvo blanco como una lluvia de estrellas se derramaba por el hueco de la claraboya. La luz de la luna, intermitente por las nubes, hacía brillar los cristales helados haciendo el espectáculo aún más mágico. Él esperaba impaciente el beso con los ojos cerrados, al ver que no llegaba, los abrió. Contempló la extraña expresión de su cara, giró la cabeza y quedó tan sorprendido como ella.

–Creo que es nieve –se atrevió a susurrar– miedoso de que sus palabras rompieran la magia.

–Tiene que ser, nunca la había visto –continuó en voz baja la chica, tan temerosa como él- he oído hablar tanto de ella...

Debajo del tragaluz, se había amontonado un pequeña montañita de casi un palmo de altura. Se acercaron hacia ella cogidos de la mano. En silencio. Casi con devoción. Con el respeto que da pasar por los arcos centrales de una gran catedral al ir a comulgar. Se arrodillaron los dos al mismo tiempo. Temerosos de tocarla se quedaron unos segundos mirándola. Fue Ascensurio el primero que palpó la fragilidad blanca y helada.

–Está fría.

Dijo separando rápidamente la mano del montón como si la hubiera introducido en una olla de agua ardiendo, haciendo un gesto de tanta sorpresa que asustó a la chica.

Volvió a tocarla, pero esta vez para disfrutar de la morbidez de la nieve y su agradable frescor. Extasiado tomó un puñado y se la restregó por la cara riendo de frío y de placer.

–Ven, toma, no tengas miedo –dijo ofreciéndole la nieve con sus manos- impresiona un poco al principio, pero después es muy agradable, y es tan blandita que se podría hacer un colchón con ella.

Tímidamente acercó sus manos a las del chico. El solo roce del frío le hizo dar un paso hacia atrás. Él, con la mirada y un movimiento de cabeza, la invitó a que tocara la nieve otra vez. Cogió un puñado, sonrió por la novedad de la sensación, cerró las manos y convirtió la nieve en dos pedacitos de roca. Atrevida se la llevó a los labios y sintió por primera vez en su boca como se fundía el hielo para convertirse en agua. Gimió de placer, y alargó las manos para que se las llenara de nuevo.

Ascensurio, perdió la timidez con la nieve del mismo modo, que por la mañana la perdió con su cuerpo, y abrazando todo el montón que quedaba lo tomó en sus brazos y se la ofreció a su amada. Sin ningún temor la chica arrancó dos grandes trozos del montón se los frotó por la cara igual que hizo él, y fue aún más lejos, la restregó por su cuello y por sus senos mojando la ropa haciéndola transparente de nuevo. El chico dejó caer la nieve que quedaba en sus brazos por la impresión que le causó la sensual caricia blanca en el cuerpo de la chica. Celoso del níveo glacial se arrodilló acercando su rostro al pecho frío y terso de María Circunstancia. Ella se zafó del abrazo y salió corriendo al jardín agarrándole su mano.

–Vamos fuera, le gritó.

La visión que había en el jardín les paralizó. Todo había desaparecido. No quedaba nada que no estuviera cubierto por la nieve. Fuera les llegaba más arriba de las rodillas. El almendro era blanco, el portón era blanco, las hortalizas habían desaparecido, todo era puro y diáfano. Miraron a

la cabra culpándola de la ausencia de las verduras. La cabra que ayer parecía blanca, resultaba fea y gris comparada con la nieve. Ante la mirada escrutadora de la dueña soltó un balido diciendo: “yo no heeeeeeee siiiiido”. Ambos se miraron y cogidos de la mano rieron contentos en la infinita blancura, felices de su infinito deseo y felices de su infinito amor. Se quedaron mirando el paisaje hasta que sus pies les avisaron que estaban descalzos. Entraron en la casa, se frotaron las extremidades el uno al otro para entrar en calor y al cobijarse bajo las sábanas vieron como la nieve les bendecía entrando por el agujero del tejado. Estrechándola contra él, dando por hecho que estaba en su hogar, Ascensurio le dijo. “Mañana arreglaré la claraboya”.

Chelemare estaba ubicado en la bahía que formaban las altas montañas de la sierra del Arisco y la península del promontorio del faro. El pequeño pueblo pesquero, con casas alegres y coloridas, era la cara opuesta de Ventolto. Nadie diría que ambos villorrios estaban en la misma isla. Si uno era pobre, feo y destartalado el, otro sin ser rico, era bonito, limpio y siempre verde. La barrera natural de la sierra, el cabo que cerraba la bahía y el promontorio del faro resguardaba a la villa marinera de los vientos y las mareas que golpeaban los acantilados del norte de la isla. Eran tan distantes en alma y camino los dos pueblos, que la gran nevada caída veintitrés años atrás, causando un gran desprendimiento cortó la carretera que los comunicaba. Ni los de arriba ni los de abajo se preocuparon de arreglarla, aislándose ambas poblaciones aún más, en la ya aislada isla en mitad del océano.

Nadie sabía de donde habían llegado los habitantes de la isla, pero todos recordaban la leyenda que se contaba, generación tras generación, de

como una gran balsa procedente de un naufragio, muchos siglos atrás, había arribado a la verde bahía. La memoria de los más viejos había oído y recordaba de otras memorias, que esa balsa eran los restos de una de las naves del gran Anaid I.

Las corrientes marinas habían arrastrado la balsa hasta la magnífica y recogida bahía, y allí permanecieron durante siglos al amparo de vientos y piratas. Por ese motivo las mujeres de Chelemare, descendientes directas de las tribus que llegaron de lejos, tenían los ojos violetas, la piel blanca y el pelo castaño, tan intenso que el sol del trópico sabía sacarles brillantes reflejos cobrizos, haciéndolas aún más bellas.

La naturaleza de la bahía era tan sabia que igual que le proporcionaba un clima templado, pareciendo siempre primavera, las mujeres procreaban, con ayuda de los hombres, claro está, según aumentaba o disminuía la población de Chelemare.

Alrededor de los veinte años, después de las primeras noches de amor con sus maridos, las mujeres quedaban embarazadas, y a los nueve meses nacían los retoños. Era tal la armonía de sus pobladores con la bahía, que la naturaleza regulaba el ritmo de los nacimientos de tal forma que el número de habitantes permanecía estable desde que los primeros náufragos llegaron a la isla.

Cuando los vientos de las montañas trajeron los ecos de que en Ventolto hacía años que no nacían niños, las mujeres miraban apenadas hacia sus cumbres donde la falta de nieve había dejado de reflejar los rayos de sol. Pero como el pueblo de la sierra solo se veía desde el promontorio del faro, poco a poco fueron olvidando la pena que podían tener las mujeres de las cumbres por la falta de nacimientos. Esa mañana, el farero, así lo llamaban aunque el faro llevaba cerrado y sin funcionar desde hacía siglos,

paseaba por el promontorio junto a la casita ubicada allí, que ni siquiera estaba habitada, sin pensárselo tocó arrebato con la campana de avisos.

Los habitantes de la bahía corrieron hacia el lugar pensando que alguna desgracia se cernía sobre ellos, un naufragio o alguna galerna en la lejanía. El farero en silencio, miraba hacia la sierra del Arisco. Mudo, quieto como una estatua, señalaba hacia arriba.

El espectáculo era magnífico, conforme iban llegando al pie del promontorio todos se quedaban pasmados. La sierra completamente blanca brillaba exultante como las salinas traseras del faro. Después de veintitrés años de sequía, había nevado. Hombres, mujeres, niños y ancianos iban al promontorio a ver el recorte blanco sobre el cielo azul. Era tan mágica la visión, que sin dudarlo decidieron formar una cuadrilla para despejar la carretera y así poder acercarse a las cumbres nevadas y al pueblo de Ventolto.

Todo el pueblo se congratia de la nevada, todos excepto Angustias, con treinta años y casada desde los dieciocho, había sido incapaz de dar a luz. La pena que sentía cada vez que nacía un niño en el pueblo en mujeres más jóvenes que ella, la sumía en una profunda tristeza. Encerrándose más y más en la penumbra de su casa. Prudencio, su marido, era incapaz de hacerla salir de allí. Ni siquiera la noticia de la gran nevada le hizo moverse del balancín donde, golpe a golpe, como el piñón oscilante de un reloj, marcaba con el crujir de las maderas del suelo, el tiempo de su esterilidad como una esfera sin agujas.

Por la tarde una cuadrilla de hombres voluntariosos e ilusionados, los más jóvenes por ver la nieve por primera vez y los más viejos por volver a encontrarse con ella, empezaron el desescombro de la carretera. No fue tarea fácil. Veintitrés años de piedras amontonadas y malas hierbas creciendo por doquier, hicieron que lo que se podía haber solucionado en pocos días se convirtiera en un trabajo de varias semanas. Nueve, para ser exactos, por no

faltar a la verdad.

En Ventolto, amanecía un nuevo día, la nevada era tan grande, que a María Circunstancia y a Ascensurio les fue imposible salir por la puerta de la casa. Dentro de ella se había colado tanta nieve, que el montón que entró por la claraboya les llegaba a la altura de los tobillos. Al despertarse ordeñaron la cabra y con la leche calentita en el estómago el muchacho, que los trabajos del amor lo habían convertido en un hombre, se coló por una ventana encaramándose al tejado para reparar el tragaluz. Una vez recolocado el ventanuco, se deslizó por la pendiente de la techumbre hacía el jardín para recoger un poco de leña y calentar su nuevo hogar. Tropezando, cayó al suelo dándose de bruces con el almendro Se quedó paralizado al verlo.

–María Circunstancia –gritó, llamándola de un modo que denotaba una urgencia súbita–. Esta se asomó por la ventana, al ver a su amado con tal expresión de asombro en su cara, parecía alelado, salió por la misma, se encaminó hacia él, y emocionada se arrodilló frente al árbol. El almendro había cambiado la nieve por flores. Estaba tan repleto, de ellas, que el embriagador olor, amargo y a la vez dulzón, de la floración, perfumaba todo el jardín.

Justo cuando empezaba a recuperarse de la impresión se llevó la mano al estómago y con una gran arcada vomitó el escaso desayuno que las entrañas de la cabra les habían ofrecido. Asustado Ascensurio al oír a la chica, volvió en sí. La ayudó a entrar en la casa, y con una ternura infinita, la acomodó en la cama y la arropó. Encendió el fuego, colocó nieve dentro de un cazo y buscando por las alacenas de la cocina encontró unas hierbas aromáticas y le hizo una infusión que ella amablemente rechazó.

–Lo siento –le dijo compungida– ahora no me apetece nada. Tengo

las tripas como si hubiera un terremoto dentro de ellas.

–No te preocupes, si más adelante quieres, me lo dices. Ha empezado a nevar otra vez. No sé cuando podremos volver a salir de la casa. Meteré un poco de leña para no pasar frío, escarbaré en la nieve para coger las hortalizas que queden, y con las hierbas y la leche que nos dé la cabra, pasaremos los días hasta que el tiempo esté más tranquilo, y...

–¿Qué te ocurre? –preguntó María Circunstancia al ver que se quedaba callado.

–Me acabo de acordar de mi madre, espero que esté bien.

–Seguro que sí –le tranquilizó ella, vuestra casa es más grande que la mía.

–Te equivocas –dijo él. Su casa es más grande que la nuestra, –poniendo más énfasis en “su” y “nuestra”. Si tú quieres esta, será “nuestra” casa.

–Nuestra casa es más pequeña que la suya –repitió azorada la chica, como si fuera una oración ante el altar el día de una boda.

Los dos, embargados por una extraña emoción se abrazaron, y del mismo modo que la noche anterior sus cuerpos se fundieron en uno, sus lágrimas hicieron lo mismo. La cabra que los miraba atónita, decidió darse la vuelta y refugiarse al lado del fuego, más caliente y seguramente más pausado que los excesos de los amantes, que a pesar del malestar de la chica volvían otra vez a sus juegos amorosos.

Esa noche dejó de nevar. Al amanecer, Ascensurio se armó de valor, salió por la ventana y con sus propias manos cavó un camino desde la puerta de entrada hasta la calle. Consiguió salir de la casa y presuroso se dirigió a la de su madre. Al llegar frente a esta no pudo creer lo que veía, el peso de la nieve había derrumbado el tejado por completo y parte de las paredes. Llamó a su madre desesperado, temiéndose lo peor. La nieve

actuaba de sordina amortiguando sus gritos. El silencio absoluto, era peor que unas campanas tañendo a muerte. El sonido de éstas, distrae la mente de la lamentable sospecha. El silencio de la casa era una esquila donde estaba escrito que su madre ya no podría impedir su amor con María Circunstancia. Un doloroso sentimiento de confusión le devolvió a la realidad y encaminó sus pasos a su nuevo hogar.

Al regreso, le contó a su amada la honda pena de su corazón por la pérdida de su madre. María Circunstancia estaba en un estado deplorable, durante su ausencia había vuelto a vomitar. Él achacó su mala cara, al disgusto por la pérdida de la que iba a ser su suegra, pero ella sabía que no era así. Que algo se estaba cocinando en su interior, y estaba más cerca de una alegría que de un dolor. Esperanzada calló. Más adelante habría un momento más adecuado para compartir sus sospechas.

Pasaron dos semanas entre carantoñas, sopitas sin pan, infusiones y leche de cabra. La nieve se deshacía en el pueblo y dejaba a su paso, flores, bayas y trigo salvaje. El almendro empezó a cambiar las flores por pequeñas frutas. Una rama daba almendras y otra melocotones. María Circunstancia, emocionada le contó que su padre había injertado el árbol con las dos variedades, y ese era el motivo de la desigual cosecha. “No es cosa de magia” –le explicó– “lo que sí parece magia es que en estas dos semanas los melocotones ya empiezan a tener color. Nunca el árbol, había dado fruta tan temprana”.

La chica había dejado de vomitar y un hambre feroz, la estaba haciendo engordar de un modo que les causaba cierta risa a los dos. Su vientre, plano durante años, se estaba curvando a una velocidad insospechada. En tres semanas parecía que se hubiera tragado un melón entero sin digerir. “Pareces una serpiente de esas que en el colegio llamaban boas” –le dijo Ascensurio entre risas.

Hacía cinco semanas que había dejado de nevar. El sol seguía derritiendo con una calma infinita la nieve del pueblo, pero era incapaz de hacerlo con la de las cumbres. Salían los tres a pasear por el pueblo, ellos cogidos de la mano, ajenos a los comentarios de las viejas del pueblo, “peñas y rosas, no es una buena mezcla”, seguían diciendo detrás de las puertas y ventanas, pero en secreto envidiaban a la feliz pareja. La cabra había aceptado la compañía de Ascensurio, solo le temía cuando por las tardes a la hora de la siesta o por las noches convertía a su dueña en una fiera de dos cabezas y cuatro piernas. Incluso cuando tenía que decidir porque camino debía marchar, le miraba esperando su aprobación. Cuando su dueño asentía, la cabra trotaba alegre por los nuevos caminos que descubría.

La casa de la madre seguía cubierta de nieve, y cuando regresaban del paseo, además de recoger acederas, tomillo, romero y alguna que otra baya salvaje, recogían flores para dejarlas en el dintel de la puerta, para acompañarla en su último viaje, tan cerca de ellos, y tan lejos de seguirla. Ascensurio, deseaba que por fin llegara el buen tiempo para darle sepultura. “La vida te quita y la vida te da”, rezaba con fervor depositando las flores en la helada tumba.

La pareja era tan feliz, que ninguno de los dos había caído en la cuenta de que la barriga de María Circunstancia crecía a una velocidad, que era imposible que se debiera a las sopas que preparaban con el alimento que las montañas y la tierra les ofrecía. La cabra, con tanto paseo, y tanta abundancia de hierbas, no paraba de dar leche, al no poder bebérsela toda, empezaron a hacer queso fresco, y felices lo comían con gran placer.

La barriga de la despreocupada chica, parecía que iba a estallar de lo henchida que estaba. Conforme pasaban los días igual que ganaba peso, perdía soltura para moverse. Un tarde se alejaron del pueblo, más de lo

debido, y fue una gran suerte la osadía de traspasar límites conocidos, pues encontraron un panal lleno de miel.

Contentísimo por el hallazgo Ascensurio empezó a saltar como si fuera pariente de la cabra. Dejó a la chica sentada en unas piedras con el animal, y corriendo fue a buscar un cazo para recoger el dulce néctar. Cuando llegó a la casa, rebuscó en la alacena. Vio la olla de la sopa que le había traído hacía ocho años atrás y decidió que era el mejor recipiente para guardar la miel. Se acercó a las brasas del hogar y con unas pinzas puso un trocito de carbón encendido en una lechera de metal, de nuevo se dirigió donde se encontraban María Circunstancia, la cabra y el panal, allí seguían, esperándolo.

Sopló dentro de la lechera avivando el carbón, cuando consideró que estaba lo suficientemente encendido, mezcló hierbas secas y húmedas a la vez, y con el humo que obtuvo, se acercó al panal, y atontó a las abejas. Con sumo cuidado de no dañarlo, abrió con una ramita una brecha y fue vertiendo la miel en la ollita de metal. Cuando estuvo llena hizo una bola con barro tapó la hendidura y muy despacito se volvió hacia donde estaban las espectadoras maravilladas por el saber hacer de Ascensurio con el panal. Le ofreció la olla a su compañera y ésta sin dudarle y extremadamente golosa, metió el dedo en ella y se relamió, con tanto placer que el solo hecho de verla encendió en Ascensurio las ganas de amarla. De repente la expresión de gozo de María Circunstancia fue rota por una mueca de dolor, los últimos días no hacía más que sentir punzadas y golpes dentro de su vientre.

—¿Qué te ocurre?, le preguntó alarmado Ascensurio.

—Creo que estoy embarazada -le dijo con una sonrisa, bajando la cara al suelo con una adorable timidez-. Esta barrigota, que ves no es por comer. ¡Vamos a tener un niño! Loco de alegría Ascensurio, empezó a gritar, y a correr alrededor de ellas. La cabra temiéndose lo peor, se refugió detrás

de una roca, pero miraba indiscreta, no quería perderse detalle de lo que ocurría. De repente dejó de brincar, y se fue hacia ella y le dijo:

–Pero eso es imposible. Siempre he oído que eran entre siete y nueve meses. No deberías estar tan gorda.

–Sí, lo sé. Pero tampoco debería haber melocotones en marzo, ni miel en los panales. Pero esta vez la rosa ha florecido en la peña. Y no ha podido esperar nueve meses. Creo que estoy a punto de parir. ¡Ascensurio, te voy a dar un hijo! ¡Vas a ser padre!

Una vez más las lágrimas volvían a inundar los ojos de la pareja. La felicidad les inundaba, las montañas volvían a florecer y por primera vez en más de veintitrés años, iba a nacer un niño en Ventolto. Y así fue.

A la novena semana del milagro de la ollita de sopa de pan y ajo, María Circunstancia daba un grito de dolor que recorrió toda la sierra del Arisco. Ascensurio corrió a su lado alarmado por el alarido. Al ver la cara de su amada, se temió que algún hechizo de las mismas montañas por haber traspasado las puertas de su casa y por los placeres de los que disfrutaban, fuera un castigo mortal hacia los amantes. Cuando la vio, estaba tendida en el suelo rodeada de un charco de agua rosada. La silla que utilizaba para ordeñar la cabra estaba caída en el suelo y la cabra muda miraba perpleja la situación. Muy asustado por la visión fue a recogerla del suelo, pero ella, se lo impidió.

–No, no me levantes, tengo mucho dolor, son punzadas que van y vienen. Estoy mejor en el suelo. Al ir a ordeñar la cabra me sobrevino toda esta agua, y después un dolor horrible me agarrotó las piernas. Apoyada contra el muro, es como mejor estoy. Creo que voy a parir, Ascensurio -dijo emocionada-, pero no sé como se hace.

–Yaaa saldráá –pareció balar la cabra–. ¡Empuuuuujaaaaa!

Ascensurio, a su lado no sabía que hacer. No reaccionaba de ningún

modo.

–Tráeme un poco de agua y una almohada, las piedras del muro se me están clavando en la espalda.

–Vamos dentro –acertó a decir el futuro padre.

–No. Prefiero quedarme aquí. No quiero levantarme no sea...

Otro grito de dolor no le dejó terminar la frase.

Ascensurio no esperó más. Entró en la casa, cogió una almohada y llenando un vaso de agua que llegó casi vacío debido al temblor de sus manos, se lo acercó a la parturienta, llevándoselo a sus labios como si fuera un gran antídoto contra los dolores de parto.

Un solo pensamiento le rondaba en la cabeza a Ascensurio. La muerte de la madre de la chica, la muerte de los padres de ambos y la presunta muerte de su madre enterrada bajo la nieve.

Una forma redondeada que se dibujaba en el templo de placer que había descubierto nueve semanas atrás, le dejó paralizado.

–¡Tienes algo entre las piernas! –tartamudeo el asustado chico, que parecía haber vuelto a la infancia acomodada con su madre, cuando ella todo lo resolvía.

–¡Es nuestro hijo! –le gritó–. ¡Pareces necio!

Era la primera vez en todo este tiempo de convivencia que María Circunstancia le hablaba en ese tono. Ella le miró arrepentida, pero no tuvo tiempo de disculparse, un nuevo grito de dolor le hizo levantar las caderas, mostrando al mundo la cabeza de la criatura que asomaba entre las piernas.

–¡Empuuuujaaaaa!

Baló la cabra otra vez.

–¡Empuuuujaaaaa!

–¡Haz algo! –gritó ella.

–¿Pero qué? –preguntaba cada vez más confuso Ascensurio, viendo

como el sexo de su mujer se hacía más grande y se desdibujaba mostrando lo que parecía el hijo de ambos.

–Agarra la cabeza. ¡Tira de ella!

–¿Y si se la arranco?

–¡Por dios Ascensurio! ¡Ayúdame y tira de la cabeza!

Jamás en la vida había sentido tanto miedo, ni tantos temblores. Su mujer estaba pariendo y presentía que era algo muy doloroso, y esta, fuera de si, le ordenaba que tirase de la cabeza de su hijo. Un grito más de dolor, el más agudo de todos, hizo que la cabeza del niño asomara más. Un sonido que perforó los oídos del muchacho, apartándole los pensamientos de miedo y de muerte. Como una comadrona experimentada, agarró la cabecita que asomaba, tiró de ella con suavidad y ayudó a traer a Ventolto el fruto del amor de ambos.

Al ver el cordón umbilical se dijo a si mismo, “es un niño”, pero le pareció que tenía un sexo muy raro. Aturdido, le tendió el bebé a la madre y esta lo llevó hasta su pecho. Vio que tenía dos brazos, dos piernas y cinco dedos en cada extremidad. Estaba envuelto en una capita de grasa blanca y violácea y con los ojos cerraditos. Comprobó su sexo y sonrió.

La madre zarandéo suavemente a la criatura y rompió a llorar. Agotada por el esfuerzo del parto, colocó al bebé sobre su vientre y lo observó olisqueando el cuerpo que lo había contenido durante nueve semanas. El instinto materno que se asomaba a través de sus pechos cuando ordeñaba la cabra, había renacido a la vez que el nuevo ser. Ese instinto le hizo acercar a su bebé al pecho. Tras un par de intentos fallidos se agarró a la mama de su madre y empezó a succionar el calostro que tantas veces había servido para alimentar el pequeño huerto de la casa maldita.

–Es un niño –dijo Ascensurio, agarrando y confundiendo de nuevo el cordón umbilical con el sexo de un hombre.

–No, tonto –le riñó cariñosa, es una niña–. La separó un poco de su cuerpo, y le enseñó lo único seguro que sabía.

–¿Ves? Es una niña.

Ascensurio no tuvo tiempo a preguntar. Un nuevo grito de la muchacha, seguido de una nueva contracción, dio por finalizado el alumbramiento.

–¡Viene otro! –gritó Ascensurio– al ver la deforme placenta, quedándose horrorizado. Era el ser más feo que había visto nunca.

–María Circunstancia, este niño no te va a gustar, no se parece a nada que yo haya visto antes.

Pero la madre, agotada tras el parto, el alumbramiento, y feliz de dar de mamar a su hija, no le escuchó.

La cabra, sabiendo muy bien lo que tenía que hacer, se dirigió hacia la madre y tumbándose a su lado empezó a morder el cordón umbilical. Ascensurio, asustado ante la reacción del animal trató de apartarla, temeroso de que se comiera a los dos bebés. Pero esta, muy segura, lo corneó, dejándolo sentado en el suelo del golpe. Pacientemente, con la sabiduría que la naturaleza da a las bestias, mordió el cordón umbilical hasta partirlo, aprisionándolo con sus dientes un buen rato. De vez en cuando miraba al confuso padre advirtiéndole que no se acercara. Pasaron un buen rato en esa situación. La madre amamantando, la cabra evitando que el bebé se desangrara por el cordón umbilical y el padre presenciado el milagro de la vida.

Viendo la seguridad y soltura que tenía su compañera con el bebé y observando como la cabra no soltaba lo que él en un principio pensaba que era el sexo de su hijo, se acercó a las dos personas que más quería en su vida. Los pensamientos de muerte se habían borrado de su cabeza.

Cuando la niña dejó de mamar, agotada también por el esfuerzo del

nacimiento, María Circunstancia se la entregó al padre, ya separada de la placenta. Él, más torpe que ella en el manejo, la cogió tembloroso. Apoyándola en su pecho la cobijó con sus brazos y su ropa abrigándola con una ola de amor tan intensa como nueva. Mientras tanto la cabra devoraba ávida la placenta alumbrada.

–Alegría. Se va a llamar Alegría, si a ti te parece bien –agregó la puérpera.

–Alegría es el nombre más bonito que he oído jamás. Gracias por darme esta niña tan preciosa. Gracias por tu paciencia y perdona mi torpeza.

Y Alegría se hizo notar. El llanto de la criatura al nacer se oyó en toda la isla. Primero en Ventolto, el eco de las cumbres lo llevaron por todo el valle y al llegar a las piedras que cortaban la carretera, el chillido del despertar a la vida terminó por ayudar a la cuadrilla de hombres de la costa a despejarla, llegando el sonido hasta Chelemare. Después correría hasta el promontorio del faro, y de allí por calles, plazuelas y callejones, entrando por la ventana de Angustias, que al oírlo paró el inquietante tictac del balancín para llorar amargamente su esterilidad. Prudencio, intentó cerrar huecos y resquicios, pero el llanto de Alegría se había colado en la casa y en el alma de la desdichada mujer. Prudencio, a pesar de su tristeza y el dolor de su esposa, sonrió sin demostrarlo, si en Ventolto había vuelto la fertilidad después de casi cinco lustros, ¿por qué no podían ser ellos los siguientes? La carretera estaba despejada irían al pueblo de la sierra, verían la nieve y volverían embarazados.

El huerto de María Circunstancia y Ascensurio, lucía pletórico con las verduras llenas de color. El árbol, con unos lustrosos melocotones que

desprendían una aroma dulce y arrebatador auguraba una espléndida y sabrosa madurez. Las almendras aún envueltas en su mantita verde y peluda, amenazaban con romper las ramas debido a la abundancia de las mismas.

–Tenemos que traer unas cañas y apuntalar las ramas del árbol, si queremos tener almendras en otoño, le dijo a su compañera mientras, ésta, sentada en una piedra a modo de banco, amamantaba feliz y despreocupada a Alegría.

La cabra por fin había confiado en las manos de Ascensurio para dejarse ordeñar, los primeros días del nacimiento de la niña, la madre abrumada por la inexperiencia y la ferocidad de la criatura, apenas le quedaba tiempo para ocuparse de la que en otros tiempos fue su única compañía.

Ascensurio se llevó más de una coz de la cabra en las primeras tentativas por ordeñarla. Habituada a las manos más pequeñas y blandas de la mujer, cuando veía acercarse al chico, salía trotando, como si una repentina timidez le alejara de ser manipulada por las manos de un hombre. La paciencia y persistencia de uno y el dolor de las ubres de la otra, hizo el resto. Al animal no le quedó más remedio que claudicar y dejarse ordeñar por otras manos.

Las primeras veces la inexperiencia del hombre, le arrancaba algún balido de dolor, la cabra giraba la cabeza y amenazaba con cornearlo. En pocos días la confianza mutua empezó a relajarse a ambos y la cabra feliz gritaba, “bieeeeeeeen”.

Los vecinos, enterrando miedos y supersticiones se acercaban a ver al milagro de la sierra del Arisco. Querían conocer a la niña que había nacido del amor de las “peñas y las rosas”. Sus cabras y huertos, igual que el de los agradecidos padres, también empezaban a dar abundantes frutos y con el excedente de la leche, les llevaban como presentes a la recién nacida, requesón, yogur, verduras y naranjas tardías que habían pasado de ser

raquílicas y reseca a estar llenas de carne y de zumo. Parecía que había llegado la prosperidad, la paz y la felicidad entre los vecinos de Ventolto.

Solamente en un escondido rincón del alma de Ascensurio, una mancha oscura de tristeza delataba la pena por la ausencia de su madre. Todas las tardes después de los paseos, seguían dejando las flores que recogían.

Un día observó que la nieve ya dejaba ver las vigas y piedras de la casa. Encorajado fue a buscar a Benigno, uno de los vecinos más cercanos, y empezaron a desescombrar la casa-

–Haces bien –le dijo Benigno– hay que dar sepultura a tu madre y que descanse en paz. Una lágrima que reconfortaba la pena, se deslizaba por la mejilla del hijo. Al desescombro se sumaron más vecinos y María Circunstancia, con la niña en brazos se acercó a ver los trabajos para acompañar a Ascensurio en esos duros momentos de la despedida final.

Al llegar a la zona de la cocina derrumbada, quitaron la puerta que se apoyaba entre dos vigas formando una pirámide truncada, al retirarla encontraron a la madre sentada en el balancín. Enjuta y reseca, pero viva. El derrumbe había producido una cuevecita entre la despensa y las dos vigas. La mujer había sobrevivido los cuatro meses con las reservas que guardaba, y la nieve que se colaba por las rendijas del tejado le había servido de agua. Era una mujer tan prepotente y segura de si misma que esperó a que su hijo algún día la rescatara.

Tenía abrigo, carne seca, y altramuces que remojaba con el agua filtrada. No necesitaba nada más. La espera valió la pena. Cegada por la luz exterior, más brillante de lo que recordaba, y haciendo visera con sus manos, salió tambaleándose, hacia su hijo. Débil pero viva. A él le pareció más pequeña, que la noche que se fugó de la casa materna. Al abrazarla su esqueleto crujió al chocar con los brazos de Ascensurio.

Los que habían acudido al rescate lloraban emocionados, pero sus rostros denotaban una tensión que la vieja percibió enseguida. Recorrió las caras de sus vecinos una a una, intrigada por esa extraña expresión que no presentía nada bueno. Cuando llegó a ver a María Circunstancia, con una fuerza inusitada, deshizo el abrazo con su hijo. Se separó de él, y por encima de sus hombros, con un odio que reinaba en lo más oculto de sus entrañas, descubrió como la niña que aupaba María Circunstancia, tenía los hermosos labios de su hijo, y los ojos del que fue su marido. Con una voz que parecía poseída por todos los demonios y monstruos de más allá de los mares, empezó a gritar asiendo por la ropa el torso de Ascensurio.

–Hijo mío, ¿qué has hecho? ¿Cómo has podido? ¿Qué has hecho?

Cada vez más fuera de sí, golpeando con sus puños el cuerpo de su hijo, zarandeando sus hombros, percutiendo su pecho, agarrándose a sus caderas y finalmente hecha una madeja de rabia y de odio, abrazándose a sus tobillos, lloró lágrimas de sangre. Volvió a gritar de un modo estremecedor que se oyó por todo el valle.

–¡Hijo!, ¿pero qué has hecho? ¿Qué has hecho?

–La quiero madre, me hace muy feliz. Mira que hija tan hermosa tenemos.

–“La quiero, la quiero” –dijo burlándose–. ¡Cómo no la vas a querer, si es tu hermana! Su corazón, si es que Anastasia de la Rosa lo tenía, dejó de latir a causa de la debilidad del encierro y la impresión de revelar el aterrador secreto .En ese instante cayó fulminada, víctima de su propia ira y sus mentiras.

Ascensurio salió del círculo de odio que formaban los brazos inermes de la madre alrededor de sus pies, se acercó a María Circunstancia y roto de dolor se unió a su mujer y su hija.

Benigno conociendo bien a su amigo aprovechó las tierras

removidas y enterró a la vieja. De los presentes, unos se persignaron y otros se dieron la vuelta hacia sus casas, pero todos escandalizados por el incesto de los hermanastros, revelado por la madre antes de morir deshaciéndose el hechizo, recordaron los amores y desamores de Ascanio Betancour, Anastasia de la Rosa y Nicanora de la Peña.

Anastasia de la Rosa, fue la primera mujer del Ascanio Betancour. Cuando nació Ascensurio su primer y único hijo, echó al marido primero de su cama y después de su casa, obligándole a divorciarse. El niño creció con la mentira de que su padre había muerto, sin saber que vivía dos calles más arriba. Anastasia logró con hechizos diabólicos callar las voces y los recuerdos de los vecinos. Nunca permitió que Ascanio se acercara a su hijo. Logró dormir la sexualidad de su retoño hasta que el cúmulo de deseo pudo más que la brujería. La casualidad sentó a los hermanastros en el mismo pupitre de la escuela, y ese vínculo fraternal que ellos desconocían les cosió un hilo invisible fuerte como la seda. La magia negra que Anastasia sembró, dejó estéril a montañas y mujeres. Cuando el mal parto de la madre de María Circunstancia, la mató, fue ella la que movida por una sed de venganza hacía Ascanio, se encargó de sembrar rumores sobre la niña maldita.

Hoy, su propio veneno, ponía fin a veintitrés años de calumnias y sequías.

Ajenos a esta última desgracia los vecinos de Chelemare, iban subiendo a Ventolto a ver la nieve. El aspecto ruinoso del pueblo les causaba desasosiego, pero la belleza de las cumbres nevadas, el sabor de la fruta que cogían de los árboles para saciar el hambre y la sed que les había producido el escarpado viaje, les reconfortaba tanto, que las ruinas les parecían

pintorescas. Dos vecinas mezclando zumo de naranja con la nieve y agasajando a los visitantes con un refrescante sorbete aderezado con romero, les daban la bienvenida, haciendo sonreír al más áspero de los vecinos y forasteros.

En otras casas ofrecían queso de cabra, pero lo que más admiraba a los propios y ajenos era la sonrisa de Alegría. Su padre la montaba encima de la cabra y parecía la amazona más feliz de la tierra. Ella se agarraba con sus manitas al pelo del animal, y la cabra sonreía feliz de llevar tan hermoso tesoro.

Por las tardes los habitantes de la bahía bajaban cargados de frutas, sorbetes que conservaban envueltos en tinajas de barro cubiertas de paja, y pequeños pero sabrosos quesos de cabra. Al día siguiente los del mar, ya no subían de vacío, cargaban sus burros, con pescado y almejas y empezaron a intercambiar los productos marineros por los montañeses.

Cuando todo parecía armonioso y en paz, la voraz cabra hizo algo insospechado, se comió las nueve flores que aún permanecían frescas en un jarrón de la casa, desde el día de la gran nevada

Al entrar Ascensurio en la vivienda, vio que las flores habían desaparecido, miró a la cabra. Horrorizado contempló como se tragaba la última flor. La cogió por los cuernos y la sacó del hogar. Pasó nueve días llorando, uno por cada flor desaparecida. Flores que añoraba por el bien que le habían traído. Derramó, lágrimas, por el jardín, por la cocina, en la almohada durante las pocas horas en que conseguía dormir.

María Circunstancia no sabía como calmar a su marido. Parecía que junto a las flores la cabra se había comido las ganas de vivir y de amar del pobre hombre. A los nueve días y cuando a Ascensurio no le quedaban más lágrimas que llorar, apareció la cabra en la cocina dando brincos como loca. “Me dueeeeee, me dueeeeee” Y delante de los afligidos padres parió un

cabritillo torpe y desvalido que tuvieron que acercarlo a las ubres de la madre caprina, para que mamara de ellas. En ese instante el enfado de Ascensurio con la cabra se le pasó. Emocionados ante el milagro de la vida, rieron felices. Se miraron y comprendieron que la cabra se había quedado preñada al comerse las flores. Cuando pudieron reaccionar vieron asombrados como la casa, la cama y el jardín estaban repletos de las mismas flores que la cabra se había comido. El llanto de Ascensurio desparramando lágrimas durante nueve días había hecho florecer las semillas por toda la casa.

La noticia del parto de la cabra, bajó por el valle igual que el agua que se derretía de la nieve, llegó al promontorio del faro y de allí a las calles de Chelemare, entrando por la ventana de Angustias. Prudencio no tuvo que decirle nada. Solo la miró y le tendió la mano. Como una autómatas, se levantó del balancín que siguió moviéndose solo por la inercia. Tomaron la carretera del valle hacia la cumbre. La fe de Prudencio, tiraba de él y de Angustias. Al final de la tarde llamaron a la puerta de la casa de los milagros, como ya la empezaban a nombrar los vecinos. Ascensurio abrió la puerta y se encontró con dos rostros hambrientos de amor y de esperanza.

–Hemos oído de la preñez de la cabra–dijo el hombre–de cómo sin macho cabrio, parió un cabritillo, y...

Prudencio no pudo seguir, de repente se dio cuenta que era una insensatez lo que iba a pedirle a aquel hombre desconocido, casi un santo, que había obrado el milagro de volver la vida a Ventolto.

Angustias continuó por él, hablando por primera vez desde que se levantó del balancín.

–Perdone nuestra presencia. Llevo años buscando un hijo, hemos oído el llanto de su niña al nacer, clavándose en mis entrañas, causando aún más dolor que la misma sequedad que reina en ellas. Ayer oímos el parto de la cabra. Ya no sabemos qué hacer, mujeres más jóvenes que yo han parido

dos veces. No es por la bahía, ni por faltas de deseo. Sigo yerma, casi sin esperanza. Si usted me bendijera, quizá con su fuerza o con sus flores, yo podría ser madre.

Ascensurio les invitó a pasar al interior. María Circunstancia, Alegría, la cabra y el cabritillo, los miraron desconcertados. Angustias se fijó en las flores que nacían por toda la casa, iba a acercarse a ellas pero con la mirada pidió permiso a los dueños. Asintieron. Incluso la cabra baló, “bueeeeeeno”.

Cogió una flor de cada color. Nueve. Por las nueve semanas del embarazo de la chica. Por los nueve días de embarazo de la cabra. Por los nueve meses del embarazo que ella esperaba que floreciera en su interior. Nueve flores de singular belleza. Las fue comiendo una a una con devoción. Una comunión, profana y sagrada a la vez. Se sintió mareada y los jóvenes le ofrecieron el lecho de ambos. Prudencio se tumbó a su lado, abrazándola. María Circunstancia y Ascensurio con Alegría, salieron a pasear para dejarles intimidad, los animales les siguieron. Recogieron espárragos salvajes que habían crecido cerca de un ariscal, que ahora era un arroyo formado por el agua del deshielo. De regreso, llevaron flores a la tumba de la madre. El eco de la sierra del Arisco resonaba reproduciendo un escandaloso crujir de maderas y muelles de la cama en la casa de los milagros. A los nueve meses unos nuevos vecinos en Ventolto, nunca volvieron a Chelemare, lloraban de felicidad. Angustias y Prudencio, fueron padres.

El naufragio

Con el fin de ensanchar sus dominios el emperador Anaid I había ordenado a uno de sus mejores hombres, el capitán Kalós, con el cual había compartido aprendizaje durante los últimos días de la escuela ateniense, que organizara desde las riberas del río Rubrius hacia los mares del sur, una expedición para encontrar nuevos territorios en ultramar.

El imperio del gran estadista se extendía, al sur desde la alargada península llamada de las Tres Hermanas, hasta el límite de las montañas del norte que traspasaban las nubes y acariciaban las estrellas en la noche más allá del nacimiento del río Rubrius. Del este al oeste, alcanzaba los antiguos reinos del Rey-Faraón Basilión I, hasta la frontera natural del mar.

Nunca anheló las tierras del norte, la dureza de su clima y la altitud de las montañas, las convertía en fortalezas inexpugnables, que le hacían desistir de su conquista evitando poner en peligro la vida de sus hombres. La curiosidad por averiguar qué escondían las altas cordilleras, le había hecho enviar expediciones acompañados de embajadores para entenderse con sus gobernantes. Estos, a su regreso le narraban fascinados la cultura que descubrían, la singularidad de sus paisajes y la belleza de sus mujeres.

Descartada la conquista de las cumbres la intención real, en su afán de ampliar territorios, le había hecho girar la mirada hacia el océano. Una

promesa azul que alimentaba sus sueños de establecer una colonia en un lugar virgen, lejos de otros seres humanos. Crear una ciudad donde las religiones no contaminasen el pensamiento de los hombres. Lejos de rivalidades territoriales y políticas, imponiendo la razón a las armas.

En conquistas anteriores organizó casamientos múltiples entre distintos pueblos, con el fin de perpetuar la paz entre las diversas naciones, creando lazos familiares para evitar enfrentamientos. Enlaces, que los países involucrados no terminaban de entender, y a su pesar, tenía que imponer su fuerza militar para apaciguar los conflictos creados dentro y fuera de las respectivas cortes.

Anaid I no quería someter culturas. Quería que unas a otras se enriquecieran y germinaran desde la semilla del antiguo ideal helénico del que creía pertenecían sus antepasados. Un pueblo de pueblos, una gran amalgama de conocimientos, formando una sola raza, donde lo intelectual, estuviera por encima de credos políticos, religiosos, magias o supersticiones. Una empresa, que al propio Anaid I le costaba superar, desvincularse de algunos cultos era difícil, y a veces, sucumbía a ritos sacros y paganos que él mismo practicaba

En sus sueños imaginaba ese país libre de idiosincrasias y ritos heredados. Anhelaba descubrir una tierra desde donde partir de cero. Anaid I, deseaba encontrar un lugar así para sus dos mujeres y sus cuatro hijos, donde retirarse con su amado Philoleas. Un lugar donde cultivar el placer al arte a las ciencias, y crear una nación insular, con hombres y mujeres elegidos entre los más inteligentes y fuertes de sus territorios.

Los mercaderes provenientes de todos los rincones del mundo conocido, le habían hablado de islas cercanas a las costas que veían desde sus embarcaciones, donde la tierra era fértil y regalaba a sus habitantes todo tipo de frutos, pequeñas piezas de caza y abundante pesca, haciendo la vida tan

fácil, que un hombre podría sobrevivir en estado de contemplación o de estudio sin tener que preocuparse de su subsistencia. La generosidad de la tierra y el mar saciaba la inquietud por el alimento. Le hablaban de climas benignos, donde una primavera eterna hacía olvidar los problemas del frío o del calor. Lugares donde la armonía del hombre con la naturaleza brindaba la paz interior que hacía años añoraba. Incluso le habían contado acerca de islas donde el ser humano aún no se había asentado.

Crear una ciudad de la nada a partir de sus ideales le parecía una tarea que solo podía llevar a cabo su compañero y amigo de la academia, Kalós, que el mismo Anaid I, había destinado a los confines de su imperio en el puerto de Karttala.

Siendo Anaid, aún príncipe, y Kalós discípulo de los grandes maestros de la época, coincidieron en la academia militar, éste último era compañero de estudio de un tercero, Egantheós. Se conocían desde los siete años, el azar o una mano muy sabia decidió que la fuerza de Kalós protegería la inteligencia de Egantheós. Aprendieron tanto el uno del otro que se convirtieron en inseparables. Cuando ambos debían casarse a los diecinueve años decidieron que uno elegiría la esposa del otro, siempre con el beneplácito de las respectivas mujeres. Cuando llegó el momento, Kalós eligió para Egantheós a Casandra.

-La fuerza de ella hará invencible tu inteligencia, -le vaticinó el amigo.

-Yo elijo para ti a Olimpia, -dijo Egantheós dirigiéndose a su compañero- su delicada belleza, hará que tu desmesurada fuerza se convierta en sutil agilidad, así nunca conocerás la derrota.

-La única derrota que permito es la que tú me impones en el lecho amigo mío -le respondió Kalós besándole en los labios.

Ambas mujeres complacidas y de acuerdo por la elección de los amigos, se congratularon de poder formar parte del amor de los soldados.

Kalós entregó a Casandra, y Egantheós a Olimpia. A los pocos días ambas parejas contraían matrimonio, y marchaban hacia el este con el ejército del ya Rey Anaid I. Ellas se sabían a salvo, seguras que el amor de los amigos no permitiría que ninguno de los dos pereciera en la batalla.

Tras años de conquistas, viajes y luchas, Kalós y Olimpia tuvieron tres hijos, todos fuertes y sanos, todos varones orgullo de su padre, que veía en ellos a sus futuros sucesores.

Egantheós y Casandra también tuvieron hijos, la vida les regaló dos gemelos varones y más tarde una preciosa niña. La niña, pensaron los cuatro jóvenes, podría ser muy afortunada casándose más adelante con uno de los hijos de Kalós y Olimpia.

Mientras el imperio de su rey seguía creciendo, éste se convertía en el emperador Anaid I. Establecía alianzas con las tierras conquistadas sin someterlas, y de este modo el futuro de todos se prometía generoso y colmado de fortuna y felicidad.

La llegada de las noticias del Emperador a Karttala, no ensombrecieron las vidas de las dos familias. En ocasiones cambiar de asentamiento para buscar nuevas tierras podía suponer ciertas turbaciones, pero al ser de espíritu aventurero y creer firmemente en las decisiones de Anaid I, Casandra y Olimpia no solo no les importó la aventura, sino que se ofrecieron como embajadoras para recibir a los jóvenes que se embarcasen en el periplo de ir a buscar la idílica isla que el emperador deseaba.

De este modo y en poco tiempo movilizó a tres centenares de jóvenes del vasto imperio hacia los territorios administrados por Kalós. Los voluntarios que llegasen al puerto de Karttala, deberían ser ciento cincuenta mujeres y cien hombres, tan fértiles como la isla que buscaba para su polis

insular.

Anaid I tenía predilección por las mujeres de Hunza. Su belleza le fascinaba. De ojos violetas, piel blanca y pelo rojo, le parecían seres con una fuerza superior al resto de las que él había conocido en sus conquistas. En cambio los hombres de esas tribus aunque valientes, no eran de su agrado. Prefería los jóvenes del Ática. Su espíritu de lucha y sacrificio, el culto a la belleza corporal e intelectual, le sugería que el fruto de este encuentro daría hijos bellos, inteligentes y felices. No solo buscaba belleza y fuerza, entre los jóvenes; debería haber navegantes, estrategias militares, curtidores que dominaran también el arte de calafatear, expertos en astronomía, agrónomos y cocineros que pudieran preparar desde el bocado más exquisito, a raciones para la tropa. Las órdenes eran tan claras que nunca dudó que los emisarios que enviaba a la captación de voluntarios le iban a fallar.

Una vez acatada la orden imperial, empezaron los preparativos en Karttala para recibir a los elegidos. Organizaron un campamento para acomodar a los viajeros. Dispusieron tiendas para agasajar con comida y objetos de aseo a todos los que llegaban con las credenciales del emperador.

Dormitorios tanto para hombres como para mujeres y también mixtos, para que se fueran conociendo y se establecieran parejas con el fin de garantizar futuras generaciones.

En pocas semanas, estuvieron todos los expedicionarios reunidos en la ciudad que los acogería antes de la partida. Kalós y Egantheós se sorprendieron de cómo el emperador había podido reclutar desde su residencia cercana a las tierras de los seres azules, a hombres y mujeres tan dispuestos a la aventura de lo desconocido.

Todos sabían el motivo del viaje. Un destino incierto, hacia un territorio aún por descubrir, pero avalado por la mente de su jefe. Se debía

tener gran valor para aceptar una orden de ese calado y confiar en la decisión de Anaid I.

Egantheós se sorprendía de la belleza de algunos jóvenes. Las gentes de Karttala, nunca le parecieron excesivamente atractivas. De origen portuario, los pescadores desgarbados y los estibadores rudos y corpulentos, no era el tipo de hombres por los que sentía predilección. Su amado Kalós era único, su héroe. Sus manos, su rostro, la fuerza de su cuerpo y una mente estratega en el campo de batalla siempre le habían seducido, pero al encontrarse con la belleza proveniente del este, cultivados en cuerpo y alma, le hizo añorar los años de su juventud.

Era la primera vez en mucho tiempo que Kalós se sentía inseguro y celoso de ver como los ojos de su amado, se dirigían a los ojos de otros hombres más jóvenes que él, con cuerpos que denotaban una sed de belleza y sexo, que no pasó desapercibido para el amante ya maduro.

—¿Vas a dejar de cabalgar conmigo para ser el jinete de esta remesa de músculos que nos envía Anaid? -le preguntó irónico Kalós al ver el deleite de Egantheós ante tanta belleza masculina.

—¿Cómo puedes decir semejante atrocidad después de tantos años de amor y batallas?

—No soy yo quien habla, son tus ojos.

Egantheós no supo qué decir. Se sintió como un niño descubierto por su madre al robar de un frutero higos maduros para comerlos a escondidas.

—¿Y a ti, Kalós? ¿No te seduce tanta belleza y fuerza contenida en esos brazos que nos llevarán a golpe de remo a tierras desconocidas? Yo también sé leer en tus ojos.

—¡Ah, el amargo sabor de la belleza! Tan eternamente seductor como breve en los cuerpos. No miro por deseo, sino por envidia de lo que fui.

—Lo que fuimos querido Kalós. Lo que fuimos. Pero si te soy

sincero, prefiero la sabiduría y madurez de tus manos -le dijo asíéndole una de ellas- a aquellas, aunque jóvenes, seguramente inexpertas.

Estos actos y palabras de amor desarmaban al gran guerrero que era Kalós, dejándolo inerte como un niño descuidado corriendo desnudo por una playa llena de ternura en lugar de arena.

-Eres -continuó Egantheós- el cuerpo conocido de hoy, y recordado de ayer, con pátinas que el tiempo ha madurado y sembrado de diminutas imperfecciones que narran nuestra vida en común. Un cuerpo que solo poseemos Olimpia y yo, cuando por separado te abrazamos, y recuerdo cuando cierro los ojos estando solo. Cuerpo que al mirarlo, refleja como un espejo también mi madurez y la frescura que se aleja. Prefiero lo conocido a la descomunal belleza de esta juventud que ha llegado.

-El amor que sentimos, amado Egantheós, es más poderoso que todos esos músculos llenos de novedad, por muy seductores que parezcan. Y si añoras juventud, siempre podemos invitar a alguno a nuestro lecho, se sentirían honrados de dormir con el capitán y su lugarteniente.

-Por los dioses, no tengo suficiente con satisfacer a Casandra y a ti, como para pernoctar con un tercero...

Dudó un momento y malicioso, sabiendo lo celoso que era Kalós, continuó

-... quizá podría, pero te aseguro que pernoctar con infantes, puede ser muy peligroso. Deja que nuestros hijos se diviertan con los jóvenes venidos del este, ya tienen edad, no nos es ajeno como se entretienen entre ellos. Que aprendan de los extranjeros sus luchas y sus actos. Seguro que dejarán el pabellón mucho más alto que sus padres -rió travieso Egantheós.

-Si conocieran nuestro amor y nuestras gestas, ninguno de ellos se mediría con nosotros.

-Concluyó con un suspiro y una sonrisa Kalós.

Enzarzados en estas banales discusiones de amantes, aparecieron sus mujeres, para recordarles que estaba todo dispuesto para el banquete de bienvenida.

–Me sorprende y divierte –interrumpió Casandra–después de tantos años, descubriros entre arrumacos y dialécticas eróticas, como si fuerais dos cortesanas adolescentes luchando por el amor de un atleta en el estadio.

–Que no nos falte nunca esa chispa Casandra, que genera amor y fuerza para amaros a ambos.

–Las mesas están dispuestas. –Interrumpió Olimpia desviando la conversación hacia asuntos más serios–. Los jóvenes os esperan para recibirlos. En sus caras se les ve la emoción por conocerlos y empezar la aventura.

–Empecemos. –Dijo Kalós asumiendo el mando.

Dispusieron diez mesas con treinta huecos en cada una de ellas. Los jóvenes provenientes de distintos destinos estaban mezclados a propósito para establecer alianzas. Solo habían respetado las parejas formadas en la academia de Atenas, en la creencia que el estímulo de amor entre hombres eran la mejor arma del ejército para que un soldado cuidara de otro. Durante décadas había funcionado con muchos militares destacados, como así sucedía con Kalós y Egantheós, era algo a lo que ni Anaid I, ni estos últimos estaban dispuestos a renunciar o cambiar.

En la cabecera de cada mesa, un traductor ayudaba a entender a los jóvenes en las diversas lenguas nativas, a pesar de ser el griego el idioma oficial, no todos tenían el dominio de la lengua de Platón y Aristóteles.

Casandra, Olimpia, Egantheós y Kalós, atravesaron la zona del banquete de bienvenida saludando de vez en cuando a unos y otros. Se

alegraban al reconocer en los rostros de los jóvenes las facciones de los hijos de algunos amigos del pasado, y también de hijos de casas reales que les ofrecían a sus vástagos como signo de alianza y confianza hacia los planes del gran emperador. La comida servida no era excesiva, aceitunas, tocino seco, sardinas en salazón, higos, uvas y almendras, para dar a entender que la aventura no sería un derroche de placeres y opulencia. La vajilla consistía en sencillas hojas de higuera y las copas toscos cuencos de madera. No querían dar sensación de riqueza, sino de austeridad, pero sin resultar pobre. Esto último lo lograron sirviendo vino griego macerado con rosas de Alejandría. Un mezcla aromática, refrescante, no excesivamente dulce y muy simbólica. Mezclar dos culturas como la egipcia y la griega, podían dar manjares o bebidas tan estimulantes como este vino. El mestizaje de estos jóvenes en una tierra por descubrir debía resultar igual de exitoso que el famoso licor del antiguo imperio alejandrino. Olimpia y Casandra lo sirvieron como hacían los grandes generales antes de la batalla, mezclado a partes iguales con agua. De este modo, si se servía con la adecuada moderación, templaba los ánimos, al mismo tiempo que refrescaba y no embriagaba. El capitán y su lugarteniente, siempre se sorprendían del poder de su jefe para generar por sus gestos tanta simpatía, y conseguir por la diplomacia más triunfos que por las armas. Pasando de unas mesas a otras, se dirigieron hacia un pequeño escenario decorado solo con una pérgola de tela blanca para dar sombra, y ramas de laurel como símbolo de la victoria hacia los que allí se encontraban, recordándoles que no había opción para el fracaso y que todos, por el mero hecho de haber llegado, eran ya triunfadores. Al subir Kalós al estrado, no hizo falta ordenar silencio. Su elegante y robusta presencia, fue suficiente. Egantheós a su lado, aunque ligeramente más atrás para dejar claro quien era el capitán, siempre se sorprendía del efecto tan conminatorio que ejercía su presencia en público. Tan dócil en el lecho y tan intimidante al dirigirse a su

ejército, pensó el amante, sabiéndose un privilegiado de conocer a este hombre en dos facetas tan distintas. Olimpia le miró desde el lateral del estrado haciéndose cómplice de sus pensamientos, y una leve sonrisa se dibujó en los labios de ambos amantes. Casandra observaba a los tres.

–Bienvenidos a Karttala.

Con estas palabras empezó Kalós su discurso. Su tono de voz no era cálido, quería mostrar a esos jóvenes que la aventura no era un viaje de placer.

–Sé que para todos vosotros estar aquí no ha sido fácil. Dejasteis vuestra tierra y vuestra familia al otro lado del Rubrius. Algunos habéis tardado varias semanas en recorrer este camino que no ha estado exento de peligros y alguna que otra pérdida que me han hecho llegar los emisarios en avanzadilla. A pesar del cansancio, veo en vuestros ojos, ilusión, coraje y deseos de una vida plena, sabiendo que es posible que la mayoría nunca más regreséis a los lugares de donde procedéis, con todo lo que esto significa.

Va a ser una travesía dura –continuó–. Todos actuaréis como tripulación. En un principio los hombres se encargaran de bogar en el trirreme, esto no quiere decir que no lo hagan también algunas de las mujeres más poderosas. Los más habilidosos en la cocina se encargaran de las comidas. Los que tengáis conocimientos hipocráticos cuidaréis del resto. Otros se encargarán del calafateo. Por supuesto los más bravos nos defenderán de los posibles ataques o saqueos que podamos sufrir. No esperéis grandes lujos. Excepto el vino que estáis tomando, nuestra dieta estará basada en la comida que hoy os servimos. Si encontramos pesca comeremos pescado fresco, y si arribamos a alguna isla con caza o cabras comeremos carne. Navegaremos de cabotaje, sin perder de vista la costa, hasta que al traspasar el lugar donde el mar se convierte en un río bravío por su estrechez, nos dirigiremos guiados por las estrellas y el sol, hacía el punto más occidental

que los dioses nos procuren.

Sé que algunos habéis traído presentes de vuestros lugares de residencia. Solo aceptaré los que sean útiles: animales pequeños, herramientas desconocidas, y productos que no perezcan en el tiempo como semillas o sal. Nuestra nave será un trirreme modificado para esta aventura. Se quitarán dos filas de remos de cada lado y en su lugar habrá espacio para literas y corrales. No es una misión de guerra. Tenemos que hacer espacio en la nave para acomodar a los animales que llevaremos, serán onagros, por su tamaño y docilidad más convenientes que los caballos que habéis traído. Las joyas, telas, alfombras y abalorios serán devueltos a vuestras familias.

Al lugar donde arribemos no serán necesarios, ni lujos ni boatos. La insumisión –en ese momento elevó el tono– será castigada con la muerte. Las parejas formadas antes de partir, durante la travesía o al llegar al destino serán inseparables y tendrán carácter divino.

Volviéndose hacia Egantheós le tendió la mano, sabiendo que en algunas ciudades de las que procedían los viajeros, las relaciones entre hombres no estaban bien consideradas en público, quería evidenciar la importancia del lugarteniente en su vida. Sabía que en algunas culturas, esas relaciones se establecían en privado y eran guardadas en secreto, pero quiso dejar claro que esa forma de amar era la mejor considerada en los dominios de Anaid I y que en la isla lo seguiría siendo.

Cogidos de la mano, continuó en un tono aún más severo hacia los jóvenes que le atendían.

–Este es mi lugarteniente Egantheós, su nombre significa la “fuerza de los dioses”, durante más de treinta años ha sido mi apoyo, mi sostén, mi mejor hombre y mi más fiel amante. Al igual que nosotros, las parejas formadas en la academia deberán elegir compañera, con el fin de dar a la isla y a Anaid I dignos sucesores para mantener su extirpe. Los que prefieran una

compañera mujer, podrán tener esposa y concubina o tan solo uno de ambos, según su gusto.

Haciendo un gesto hacia Olimpia y Casandra, las hizo subir al estrado.

–Estas son nuestras esposas – las presentó Kalós– ellas se encargarán de los problemas que puedan tener las mujeres en este periplo. Respecto a los hombres, cualquier eventualidad se la trasladaréis a Egantheós.

–Entre vosotros están sentados los contramaestres Narmer y Ares. – Kalós no dijo que eran los hijos de Egantheós, para evitar suspicacias. La tripulación enseguida entendería el porqué de la elección cuando se hicieran a la mar. Eran valientes y expertos marinos.

–Poneos en pie para que os reconozcan. –Ordenó sin vacilar.

También presentó del mismo modo al timonel, su hijo mediano Hyrum, un poco bravucón sobre todo con las mujeres, pero disciplinado y también buen navegante.

–No habrá más mandos intermedios. Cuando zarpeemos, conforme pasen los días iremos descubriendo vuestras capacidades, formándoos para las tareas que seáis más aptos, sin fijarnos en la condición de hombre o mujer.

Bebed y sed felices. Saciaos con moderación. Entregad las joyas y objetos de valor a quienes os acompañaban para que los devuelvan a vuestras casas. Desprendeos de todo lo inútil. Mañana os recibiré uno a uno para conocerlos. Pronto partiremos al destino deseado por nuestro Emperador. ¡Qué los dioses y los vientos nos sean favorables! ¡Viva el emperador!

–¡Viva! Gritaron exaltados los jóvenes en una sola voz.

Kalós se sentía orgulloso del trabajo realizado por Anaid I.

Esperaba no defraudarle. En cuanto terminó la ceremonia de bienvenida se dispuso a escribir para agradecerle el esfuerzo que había realizado. En breves días partirían hacia lo desconocido.

De todos los obsequios que Kalós había decidido embarcar, había uno que le había llamado la atención sobre los otros. Una misteriosa caja de madera con un forro interior de cobre. Dentro de ella apenas un puñado de semillas de diversos tamaños y colores. Cuando la recibió, ante la cara de asombro por la singularidad del regalo, la muchacha que lo portaba le dijo:

–Son semillas de mi tierra. Han pasado desde los ancestros de nuestra tribu hasta nuestros días, generación tras generación. Nunca ha sido necesario sembrarlas. Su mal uso las vuelve estériles, sólo una fuerza superior, desconocida para nosotros, conectada con el universo y las estrellas las hará florecer. Su valor no consiste en su tamaño, sino en su sencillez. Hay una extraña leyenda sobre ellas, que nuestro pueblo nunca ha conseguido descifrar, como verás las palabras están talladas en la madera exterior. El tiempo ha desgastado su relieve por el paso de los dedos de generaciones anteriores. Dice así: *Solo lo salado procedente del interior de un ser puro verá su fruto*. Aquí te las dejo para que hagas buen uso de ellas. Puedes dejarlas en Karttala, o llevarlas con nosotros.

Fascinado por las palabras de la joven le dio las gracias, guardó la cajita en uno de los pliegues de su túnica, cuando esta lo dejó solo, sacándola de nuevo la volvió a observar. Kalós no dejaba de mirar el objeto que cabía en su mano. Con ese tamaño no estorbaría en el viaje. El misterio que envolvía el obsequio le hizo dudar. ¿Estarían esas semillas ligadas a las supersticiones y magia que el emperador quería evitar en su nueva polis? ¿Sería oportuno llevarlas consigo? Lo consultó con Olimpia y la intuición de la mujer lo convenció.

–Yo las veo inofensivas. Es un bulto que no estorbará. Cuando

Anaid se reúna con nosotros, que sea su sabiduría la que elija. Siempre podemos ofrecerlas a los dioses, o quizá a algún pueblo que nos pueda parecer hostil.

–Seguiré tus consejos Olimpia. Desde que Egantheós me puso en tus brazos, tus decisiones siempre han sido acertadas.

Kalós besó a su mujer en los labios de un modo que presagiaba una larga noche de amor.

Pasaron los días y todo Karttala vibraba preparando la botadura de la nave. Kalós siguiendo las órdenes de su emperador designó a dos nuevos hombres para mantener la paz en el puerto-frontera y dirigir el último territorio conquistado. Por fin el día de la partida había llegado.

Llamar trirreme a la embarcación era un insulto. Los carpinteros de ribera habían hecho un trabajo inspirado por los dioses. Destacaba en belleza y envergadura sobre otras naves atracadas en el puerto. Primero por sus dimensiones, la manga había pasado a medir de 15 a 25 pies, casi el doble, que una trirreme convencional, y la eslora de 120 a 174 pies; lo segundo por el casco, el cual iba forrado de finas láminas de cobre para evitar la podredumbre de la madera, además habían estilizado la proa para hacerla más fácil de maniobrar. Quitaron el espolón de ataque, no querían una nave de guerra sino de transporte. En lugar de las tres filas de remos, solo dejaron la superior, la de los tranitas, de este modo se disminuía el peso al llevar menos palas de madera, se ganaba espacio para colocar literas en el interior y se podía acomodar mejor a los navegantes. El bronce pulido le confería un esplendor que competía con el sol. Su botadura convocó a muchos curiosos que apostaban que una nave tan grande no iba a flotar. Hombres y caballos de tiro arrastraron con cuerdas el trirreme desde los astilleros hasta la orilla del delta.

Al tocar el agua, zozobró igual que los pajarillos temen el primer día de vuelo. El casco, se hundió unos pies en las tranquilas aguas de la desembocadura del río Rubrius, y muy despacio la nave empezó a deslizarse majestuosa. El ocaso le arrancaba brillos rojizos del casco como si fuera una bola de fuego. A su vez la espejada agua devolvía miles de facetas doradas al astillero. Fue tan mágico el momento que nadie pudo articular sonido humano. Tirando de ella con cuerdas, la llevaron al muelle emplazándola delante de un pequeño estrado donde emocionados Kalós, Olimpia, Casandra y Egantheós no podían creer el maravilloso espectáculo que veían.

El capitán lanzó una corona de laurel y el vigía junto al timonel la cogieron al vuelo. Los congregados enloquecieron. La multitud aplaudía extasiada. Cuando estuvo amarrada, los cuatro anfitriones subieron a bordo. Fascinados vieron que era mucho más amplia que cualquier otro barco conocido. Desde la proa dieron la orden de cargar el trirreme y antes de media noche empezaron a llegar los aventureros excitados y felices de formar parte de tanta belleza.

Al amanecer, todo Karttala estaba en el muelle para despedir a los expedicionarios. Cornetas, aulos, sistros, salterios y cítaras, ponían música a la partida. Al soltar las amarras la nave movida por los remos y una ligera brisa parecía un ave fénix dorada que en cualquier momento echaría a volar. Desde la cubierta los viajeros agitaban las manos en señal de despedida, mientras el capitán, su lugarteniente y sus esposas como mascarones en la popa se despedían de su pueblo.

La nave tomó rumbo suroeste, en ese momento el sol salió por el horizonte, nunca nadie podrá olvidar la belleza de ese escorzo. Una vez más el astro rey derramó su bondad sobre la dorada nao. La música dejó de sonar y un monumental ¡oh!, fue la mejor descripción del espectáculo que el puerto de Karttala nunca olvidaría. Nadie quería abandonar los muelles. Un

diminuto destello como estrellas fugaces en la noche, dio por terminada la magnífica salida de la expedición. A finales del verano, abandonaban la desembocadura del Rubrius obedeciendo la orden de Anaid I, con los jóvenes venidos desde el norte y el este del imperio del gran mandatario para adentrarse a un mar desconocido e infinito.

El capitán y su lugarteniente, cogidos de la mano como era su costumbre desde que abandonaron la escuela de Atenas, oteaban el horizonte debajo del tendal en la proa del trirreme junto a uno de los vigías. Los primeros días seguirían la costa del continente hacia el suroeste, después, más allá de las columnas de Hércules, irían rumbo a lo desconocido a buscar la tierra deseada por su gobernante.

Con el paso de los días, los jóvenes iban pasando por todos los puestos del navío, remaban, cosían los desgarros que el viento infringía en la velas, baldeaban la cubierta, cocinaban lo que el mar les ofrecía. Los curtidores calafateaban con cuero las portas de los remos. El carpintero de ribera vigilaba atento las partes más sensibles de la embarcación, todo fluía suave, tanto en el interior de la nave, como en la navegación.

Muy pronto de un modo natural, iban descubriendo sus capacidades y sus dotes de mando u obediencia. Se formaron algunas parejas, y por la noche el crujir de la embarcación disimulaba el sonido que los jóvenes arrancaban a las literas que compartían. Ahogados gemidos de placer recordaban el dulce canto de las sirenas. El mar en calma hacía la navegación tranquila, por la noche los remeros descansaban y el barco era conducido suavemente por los vientos que soplaban desde el continente sin perder de vista la silueta de la tierra firme.

El interior de la nave estaba muy bien organizado. En la proa

elevada sobre la cubierta principal, la estancia de Kalós y Egantheós dominaba tanto el horizonte que exploraban, como el interior de la embarcación que conocían. Durante las travesías, ellos viajaban siempre juntos, pues sus mujeres solían quedarse en el puerto. Esta vez, a pesar de la presencia de ellas, habían establecido que la estancia femenina estaría ubicada inmediatamente debajo de la masculina. De este modo los hombres estarían al mando de las actividades de la cubierta, y ellas podían vigilar lo que ocurriese en el piso interior, observando el ir y venir de los jóvenes tanto de día como de noche.

En el centro de la nave, la parte más estable de la misma, los animales tenían pequeñas cuadras donde permanecían a salvo de mareos. Los onagros, gallos y gallinas que habían embarcado estaban cuidados por las personas más aptas para ese cometido.

Las dimensiones de la nave fomentaba la cercanía de los jóvenes. Pero no era promiscuidad lo que alentaban los mandos, sino un mejor conocimiento de cada uno de los miembros que formaban la tripulación. Una vez elegida pareja, ya fuera mixta o del mismo sexo, se debían dirigir a Casandra, y ésta, en un ritual breve pero muy solemne, atando un cordón a sus muñecas, les declaraba en matrimonio delante de toda la tripulación.

Egantheós se encargaba de leerles unos votos o normas de lealtad. A partir de ese día pasaban a la popa del navío donde había literas dobles separadas con cortinas unas de otras, y allí, encima de la estela del barco, iniciaban una nueva vida de casados. El ritual del cordón y los votos eran iguales para todas las parejas.

Lealtad, fidelidad, fe en las acciones del uno con el otro y no forzar relaciones sexuales si alguno de los miembros de la familia no las deseaba, eran los votos leídos por el lugarteniente.

Una de las noches que Casandra y Olimpia permanecían despiertas

en su reducto, hablaban de las esperanzas que habían depositado en el viaje y de lo afortunadas que eran de vivir al lado de estos dos pro-hombres de antepasados griegos.

–No pude evitar ver tu cara el día del banquete –dijo Casandra– cuando Egantheós y tú dirigíais vuestras miradas a Kalós, cómplices de vuestros pensamientos. A veces envidio esa complicidad que tenéis hacia el capitán. ¿No te sientes celosa de que pase más noches con él que contigo?

–Querida Casandra, ellos se dan afectos que nosotros ni podemos darles, ni yo deseo que me ofrezcan. A cambio nosotras les damos una cadena más irrompible que sus deseos sexuales. Les damos sus hijos. Eso es algo que les impide alejarnos de su lado. Además el descanso sexual a veces me viene bien. Soy feliz con esta componenda y cuando le requiero, solo con ponerme el perfume de Egipto, tengo a Kalós a mis pies. Pero, ¿por qué me cuentas esto? ¿Hay algo insano que te ronde en la cabeza?

–Sé, Olimpia, que Egantheós siente devoción por mí. Cuando yace a mi lado embriagado por mis perfumes y el olor de mi sexo, es una fiera desbocada que me hace ver los astros de la noche aún en pleno día. Pero estos días de navegación, cuando los oigo encima de nuestra estancia amarse del modo como lo hacen, desearía estar entre ellos formando parte de todo ese esplendor.

–Pero Casandra, ¿qué dices? –rió falsamente escandalizada Olimpia–, ni en sueños o mejor dicho, en pesadillas, me dejaría atravesar por el miembro de Egantheós tal como atraviesa a Kalós. Y tú, mejor que nadie sabes como es el don que tiene tu marido. Se vuelven salvajes, cuando se aman.

–¿Cómo sabes eso Olimpia?

–¿Acaso no has sido tú la que ha sacado el tema hablando del ruido que hacen por las noches?

–No me refiero a eso. Me refiero a como conoces el don de mi marido. Yo nunca he visto al tuyo desnudo.

–¡Oh! –dijo haciendo un mohín y tapándose los labios con su mano, al darse cuenta de su indiscreción.

–¿Hay algo que yo deba saber y que no sé? ¿Me ha sido infiel Egantheós?

– Por los dioses Casandra, ¿por quién me tomas? ¿Crees que soy una bacante del templo de Apolo?

Cambiando el tono por otro mucho más serio y menos distendido, se enfrentó a su amiga y enfurecida pero sin levantar la voz, le preguntó:

–¿Crees que te he sido desleal como amiga después de tantos años? ¿Me estás acusando de infidelidad hacia Kalós? ¡Qué las furias te lleven al fondo del mar ante esa acusación!

Arrodillándose ante la mujer de su capitán, le pidió perdón con tanta humildad que Olimpia tomándola por los hombros la obligó a levantarse.

–No Casandra, perdóname tú a mí. No está bien lo que te he dicho. Lo siento. Se que tu devoción y fidelidad hacia mi son inalterables. Mis palabras han sido indignas de nuestra amistad. Entiendo tu turbación y tu asombro, pero no fue por infidelidad sino por indiscreción, como descubrí el don de tu marido. Te voy a contar un secreto que nadie sabe. Espero que no te escandalice ni me taches de entrometida. Estas palabras que vas a oír, queden entre nosotras, y sepas guardarlo como las bahías guardan los puertos de las tempestades.

–Me asustas con tu tono Olimpia. No sé si quiero saber lo que me vas a contar.

–No eres tú la que debe temer por oírlo, sino yo por confiártelo: una tarde regresaba de un paseo por las orillas del puerto acompañada por Deirdre, le pedí que se acercara a buscar más vino a casa de Plutarco, que

como sabes, tenía los mejores vinos que conozco en Karttala. Quería sorprender a Kalós con unos higos secos y unas pasas que habían llegado de Corintio. Sabes querida, que los rumores en ese pueblo cuando llegaban nuevas mercancías –Olimpia hablaba en pasado como si hiciera lustros que hubiese abandonado su hogar–, corrían como si los llevara Bóreas. Mientras tanto yo, en nuestra casa, esperaba la llegada de Kalós. Al entrar no había nada de luz, habíamos salido temprano y no dejamos ninguna lámpara de aceite encendida. Solo un ligero resplandor, como un rescoldo de unos leños que dudan en apagarse, señalaban el camino hacia nuestros aposentos. Un resplandor al cual no presté excesiva atención, pensando que nuestros criados habrían encendido un fuego para calentar la estancia. El silencio de la casa estaba amortiguado por el oleaje de la playa cercana. Todo era paz. En las cocinas apenas las manos de la cocinera amasando el pan competían con el rumor del mar. La sensación de quietud, y la seguridad de encontrarme a salvo en mi casa, me llenó de dicha.

–Por favor –se apresuró a decir Casandra saboreando un poco más de vino que tenía en el cuenco de madera– abrevia.

–Bien, en mitad de esos rumores tan reconfortantes oí un grito aterrador que salía de nuestro dormitorio. Corrí hacia allí pensando que se había cometido una atrocidad. Un asesinato. No sé. A pesar de la convivencia pacífica, en Karttala somos extranjeros.

–Que ocurrió –volvió a interrumpir Casandra.

–Espera –tomó aliento Olimpia sorbiendo un poco de vino para aclararse la voz, o coger fuerza ante la duda por saber si debía seguir con su relato.

–No podía creer lo que estaba viendo. El cuerpo de Kalós arrodillado apoyando sus manos en el suelo, derramaba su fertilidad sobre una piel de oveja que teníamos para protegernos del frío. Con los ojos

cerrados y gritando como si estuviera poseído por una bestia infernal, se sacudía víctima de unos temblores espasmódicos. Su cara retorcida de placer y sus ojos cerrados no me descubrieron.

Egantheós lo cabalgaba como si fuera un jinete salvaje. También con los ojos cerrados. Ninguno de los dos eran conscientes de mi presencia, siguieron convulsionando locos de lujuria, parecían presos por el antiguo oráculo de Delfos. Me quedé petrificada viendo la escena. Estremeciéndose en una perfecta armonía, sus cuerpos formaban un solo ser. Nunca había visto el miembro de mi marido en semejante estado de erección. Derrotado se dejó caer encima de la piel de oveja y en ese momento tu marido, entre gritos cercanos a la muerte, regó la espalda del mío con una fuente inagotable del humor que nos fertiliza. Si la herramienta de Kalós es considerable, la de tu marido, es tremenda. Créeme si te digo que en ese momento no te envidié, me produjo dolor el mero hecho de pensar en ti y en tu esbelto cuerpo.

–No, no me lo puedo creer –dijo riendo asombrada–. Sobre todo, más que a ellos, me hubiera gustado ver tu rostro. ¡Que impresión te llevarías!

–Tremenda impresión. No puedo ni imaginar el dolor o placer que puede sentir mi marido al ser atravesado con semejante falo.

Cassandra no paraba de reírse ante el relato de su amiga y Olimpia no hacía más que gesticular para que esta se calmara.

–Cállate. Vas a despertar a toda la nave.

–¡Ay Olimpia! –reía Cassandra– es grande el don pero no es para tanto, créeme.

La risa de Cassandra contagió a Olimpia, ambas se tapaban las manos y cuanto más trataban de amortiguar sus carcajadas, más difícil les resultaba. Poco a poco se fueron sosegando. Bebieron más vino en los cuencos de madera. Kalós trataba a todos por igual y no había privilegios

entre la tripulación y su esposa de ahí, que la vajilla fuera igual para todos. El lujo se quedó en el puerto, pero ambas se las habían ingeniado para a espaldas de sus maridos esconder entre las telas de sus peplos algunas vasijas de vino de resina. Un caldo que adoraban casi en exceso.

Ya más apaciguadas por el efecto de la marea y del vino, oyeron a sus maridos como empezaban sus juegos amorosos encima de su camarote.

Olimpia miró a Casandra y sellando sus labios con el dedo índice, la invitó a que la siguiera. La amiga, asombrada negó con la cabeza. Olimpia le tendió la mano sacándola de su dormitorio, no sin antes coger la vasija con el vino griego. Con mucho sigilo subieron a la cubierta, al ver al vigía de proa se dieron cuenta como este les impedía acceder sin ser vistas al habitáculo del capitán y su lugarteniente. Conspirativas le invitaron a que bajara a la cubierta interior a descansar. El vigía de turno era Zenón, le habían otorgado la tarea de la vigilancia nocturna en los pocos días de viaje, demostrando que su vista y su atención no disminuían en la oscuridad de la noche. En dicha navegación, no podían perder de vista los faros de la costa ni el cielo estrellado, la mínima distracción podía llevarles a chocar contra algún escollo o a perderse en la infinita negrura del mar. No era frecuente navegar de noche, pero las ansias por satisfacer los deseos de Anaid I hicieron a Kalós adentrarse en las opacas aguas nocturnas como Caronte cruzando la laguna Estigia.

El capitán después de varios días de travesía confiaba plenamente en Zenón. Su turno estaba compensado con el sueño de día y raciones extras de comida y bebida.

–Zenón –dijo Olimpia dirigiéndose al vigía– Casandra y yo estamos muy desveladas esta noche, descansa un poco y cuando la fatiga cierre nuestros ojos iremos a despertarte. Un poco de sueño nocturno te sentará bien.

–Eso es imposible. El capitán Kalós es lo único que me ha encomendado en este viaje y no puedo desobedecer sus órdenes.

–No puedes desobedecer ni sus órdenes, ni la mías. Ahora estoy yo al mando. Baja a la cubierta y descansa. Yo asumo la responsabilidad.

–Pero...

–Cumple mi orden, o mañana tendrás que enfrentarte a mi ira y a la de tu capitán.

–A la orden -dijo Zenón- dejo la nave a tu vigilancia.

La tripulación tenía tan asumida la capacidad de mando de Olimpia, que sin pedir más explicaciones el vigía se retiró al interior de la nave. Nervioso no podía conciliar el sueño, al fin, inducido por el movimiento del barco y el rumor de las respiraciones de sus compañeros de viaje, entró en un agradable estado de duermevela.

Desde la proa, los asaltos de las olas no disimulaban los ruidos de los excitados amantes. Muy cautelosas, en silencio, como dos gatas en celo, Olimpia y Casandra, protegidas por la oscuridad, levantaron la cortina que separaba el habitáculo de mando del resto de la cubierta. La luz de una lámpara de aceite acunada por la marea descubría algo que ninguna de las dos podía creer. Sus ávidos ojos encontraron a dos hombres en la belleza absoluta del amor. Perplejas se miraron, y juntas hombro con hombro, contemplaban como Egantheós tenía las torneadas piernas en los hombros de Kalós, el capitán acompañado por los movimientos de la marea, sujetando con las manos las caderas de su lugarteniente, poseía amorosamente al amado.

Los celos de ambas mujeres llenaron sus ojos. Ellas, aunque felices y bien amadas, nunca podrían darles a sus esposos lo que aquellos dos hombres, ya maduros y experimentados, se ofrecían el uno al otro. Casandra quiso volver a la cubierta inferior, pero Olimpia lo impidió, y el vino habló por ella. Descorrió la cortina ante los espantados ojos de Casandra y

ofreciendo el licor a los amantes dijo zalamera:

— Egantheós tienes algo que me pertenece y desearía disfrutarlo en este momento. Después de tantos días de travesía, mi cuerpo también demanda alguna travesura. No seas egoísta y déjame disfrutar de mi marido. A cambio tú podrás gozar con tu mujer, tan deseosa de tu miembro como yo del de Kalós. Y los cuatro podremos compartir este maravilloso vino que ha aparecido por casualidad entre nuestras túnicas.

Ambos hombres atónitos por la actitud arrolladora de Olimpia, se quedaron tal como si los hubiera mirado la misma Medusa. Los cuatro en silencio se observaron y Kalós como si estuviera habituado a las interrupciones de Olimpia, cosa que nunca antes había ocurrido, se dirigió a Egantheós y con una dulzura que no escondía una ligera decepción le dijo:

-Nuestro entrenamiento en la lucha cuerpo a cuerpo ha terminado. Satisfagamos a nuestras esposas. Ellas también se merecen estos placeres.

Kalós invitó a pasar a las dos mujeres. Cada uno poseyó a la suya, pero ambos hombres siguieron haciendo el amor a través de sus miradas. Alcanzado el máximo placer ambas parejas agotadas, se durmieron. El trirreme sin vigilancia y a merced de los vientos de la noche se adentró en el océano alejándose cada vez más de la costa conocida.

Cuando despertó Kalós, una mortecina luz anunciaba un día de intensa niebla. En esas condiciones nadie se atrevía a navegar. Los puntos de referencia de la costa se perdían y el peligro de naufragar o embarrancar eran excesivos, a ningún buen marino se le ocurría surcar aguas ocultas por la bruma. El puesto de mando estaba vacío. Buscó a Zenón por la cubierta, un grito gutural y potente despertó a la madrugada.

–¡A mí, Zenón! ¡A mí, Zenón! La ira de Kalós aumentaba al mismo ritmo que las pulsaciones de su corazón. En segundos se presentó Zenón a la orden de: “¡Zenón a su capitán!”

Su rostro demudado y somnoliento, y la niebla que rodeaba la embarcación, no hacían presagiar nada bueno. Mientras tanto Cassandra y Olimpia confusas y aterradas se dieron cuenta del error que habían cometido obligando al vigía nocturno a abandonar su puesto.

–Zenón, sabes cual es el precio a pagar por abandonar la vigilancia. Dame una explicación –le exigió Kalós–. Pero creo que muy a mi pesar serás castigado. Tu juicio será justo, servirá de ejemplo a todos, aunque temo, perderé a uno de mis mejores hombres.

–El cansancio, pudo conmigo –mintió el vigía, protegiendo a las mujeres que le habían ordenado abandonar su puesto.

–Cuando se levante la niebla –dijo Kalós– buscaremos la costa, o viraremos al oeste de espaldas al sol de poniente. En cuanto encontremos tierra serás desterrado y perderás todos tus privilegios. ¿Tienes algo que añadir?

Zenón, rígido y aterrado, calló sabiendo que su silencio era su condena, a la vez que significaba la lealtad hacia las esposas de sus jefes.

–Quedarás amarrado al palo mayor para evitar el suicidio, la muerte es menos dolorosa que el destierro y la vergüenza te seguirá mientras vivas. Por supuesto estarás privado de comida y bebida hasta que te abandonemos a la suerte de tu destino.

Olimpia, saltándose todo los protocolos y sabiendo que su acción podía deparar fatalidades en su vida como el destierro, la pérdida de sus hijos y la repudia de su marido, se dirigió a Kalós. Mirando a Zenón dijo con una fuerza inusual en ella.

–¡Zenón miente!

–Olimpia, no toleraría esta insumisión en tierra firme, menos lo haré en la fragilidad de una nave a merced del mar. Cállate y vuelve a tus aposentos.

–Zenón miente –insistió Olimpia–. Miente para protegernos a Casandra y a mí. Fui yo quien embriagada por el vino y deseosa de tu cuerpo, le mandé bajar a su litera para poder espiaros a ti y a Egantheós y disfrutar de vuestros juegos amorosos, hasta que mis ansias de amor me obligaron a entrar en vuestro aposento para compartir contigo los placeres del sexo. Si hay alguna culpable de esta situación soy yo. Yo merezco el castigo y tu repudia. Átame a mí al palo mayor. Prívame de agua y comida. Prívame de mis hijos y tus caricias. Y destiérrame. Si me amas, amas a tu emperador, a la tripulación que llevas, yo merezco el castigo y nadie más.

Al oír a Olimpia, Kalós se sintió aturdido como si las palabras de su esposa fueran un golpe del enemigo por la espalda. Confuso se dio media vuelta y volvió a sus aposentos. Se sentía tan a la deriva como la nave. Temió por la misión que le había otorgado Anaid I. Ni los ojos, ni los brazos de Egantheós pudieron calmarle. Contra el lecho, donde por la noche se habían amado como nunca lo habían hecho antes los cuatro amigos, lloró amargas lágrimas sin saber que decisión tomar. La lealtad de su segundo mejor hombre había sido rota para proteger a Olimpia. Solo los dioses podían resolver la pesadilla en la que se veía envuelto. Debería perdonar una mentira y desterrar a la mujer que amaba, compañera y madre de sus hijos. Se había jurado a sí mismo que todos serían iguales en la nave que él capitaneaba. La condena era inapelable.

La mentira de Zenón, no se podía considerar una traición, proteger a su esposa y a la de Egantheós era más digno de una corona de laurel que de la muerte. Y el destierro de Olimpia a la que amaba tanto como al amigo, le causaría tanto dolor al propio capitán como a sus tres hijos. Egantheós viendo

el estado de su amigo, le cogió la mano. Este, en lugar de rechazarla la apretó con fuerza encontrando más dolor que consuelo. Egantheós se atrevió a hablar:

–No hay testigos de lo ocurrido, la tripulación aún está dormida, cuando despierte solo verán niebla. El mar está empeorando por momentos. No dejes que una decisión precipitada arruine tu destino, el de tu esposa y el de Zenón que ha demostrado una gran lealtad, capaz de anteponer su vida al castigo de Olimpia. Salgamos de este banco de niebla. Esta tormenta arrecia cada vez más. Con la calma que da la distancia en el tiempo, toma las decisiones que creas convenientes.

–Sabias palabras y sabios consejos –dijo Kalós incorporándose–. El día que el destino nos unió debería ser sagrado en nuestras vidas. Vamos a comunicar nuestras decisiones.

Al salir a la cubierta se dieron cuenta como el mar había enloquecido. Los dos acusados y Casandra apenas se sostenían en pie. Aferrados a uno de los aparejos de la nave oyeron a duras penas como el capitán, les dijo:

–Cuando llegemos a puerto dictaré sentencia. Ahora hay que salvar la nave. Egantheós, elige a los diez mejores hombres y que suban a cubierta. El resto que siga a salvo en sus literas. ¡Arriemos las velas!

El trirreme era ingobernable. El viento rasgó la vela mayor por la mitad antes que diera tiempo a arriarla. Uno de los hombres golpeado por una ola, cayó por la borda, afortunadamente al estar amarrado por la soga de seguridad, Zenón, logró rescatarlo con la ayuda de un compañero. El cielo cada vez más oscuro amenazaba con partir el barco en mil pedazos. Un rayo atravesó la nave de proa a popa sin causar daños. El siguiente alcanzó el palo mayor partiéndolo en dos, cayendo por estribor al mar. Las olas arrancándolo de su base acabaron arrastrándolo aguas adentro.

La fatalidad estaba tomando la nave. Olimpia se sentía culpable de esa tormenta desencadenada por los dioses para castigar su proceder la noche anterior. Kalós presintió los pensamientos de su mujer al ver como se dirigía hacia la borda de la nave. Se acercó a ella para evitar que se lanzara al mar. Ella forcejeó para liberarse de los brazos de su amado y del delito que ella misma se imponía.

–Déjame Kalós. Deja que cumpla mi condena –el viento apenas dejaba oír la desesperación de la mujer–. Solo mi muerte calmará a las aguas y a los dioses.

–¡Casandra, Egantheós! –gritaba Kalós atormentado como el mar–. ¡Ayuda! ¡Por los dioses ayuda! ¡Yo solo no puedo con ella!

Por fin entre los tres lograron reducirla. La bajaron a la cubierta inferior y viendo los destrozos que la tormenta había causado a la nave, Kalós decidió que todos se guarnecieran en el interior, para evitar que el viento o las olas se llevaran a alguno de sus hombres. Los que habían permanecido dentro del trirreme se agarraban a lo que podían.

Al ver en el estado que bajaron de la cubierta los que estaban fuera, sangrando y golpeados por los aparejos que se habían soltado, algunos no pudieron contener las lágrimas. Los onagros rebuznaban asustados, subrayando el bramido de las olas como una siringa infernal. Todo estaba perdido. Las caras del capitán y su lugarteniente relataban con la mirada lo que ocurría en el exterior. El naufragio y la muerte eran inminentes.

El trirreme aguantó las embestidas de las olas durante un día largo y convulso, hasta que llegó de nuevo la noche. Solo la oscuridad, haciendo invisible la nave, apaciguó la ira de las aguas y los dioses. Olimpia y Kalós permanecían encerrados en el habitáculo destinado a las esposas. Mudos y con sus miradas perdidas en el vacío, tal era el horror en sus almas, solo deseaban que el naufragio llegara lo antes posible.

Casandra, sabía que debía levantar el ánimo de toda la nave y dirigiéndose a Egantheós le pidió permiso para servir algo de comida. Desde la noche anterior y durante todas las horas de escasa luz que había durado la tormenta, nadie había probado bocado en la nave, y la calma del mar hacía rechinar las tripas de más de uno de los navegantes.

La mujer del lugarteniente, llamó al jefe de intendencia, junto con los responsables de las comidas repartieron pescado en salazón y manzanas. El mejor remedio tanto para calmar los estómagos mareados como los hambrientos. La idea de Casandra fue milagrosa, la calma del mar, la frugal cena, junto al agotamiento de la tripulación, fue un bálsamo que ayudó a calmar las tensiones acumuladas y sumió a todos en un sueño que sino fue profundo, fue reparador. Casandra se acercó a Egantheós llevándole dos cuencos con comida para que se las diera a Olimpia y a Kalós. Cuando entró en el habitáculo que compartían las mujeres, Egantheós no podía creer la demoníaca visión. La sangre de los esposos cubría las túnicas aún mojadas por el agua de mar. En un acto desesperado ambos habían decidido morir como habían vivido, juntos, abrazados el uno al otro. Sus muñecas mostraban la anatomía mortal de sus venas exangües. De común acuerdo, rodeadas sus manos por el cordón del día de su boda, ponían fin a los deseos de su emperador Anaid I. La culpabilidad de Olimpia y la imposibilidad del juzgar de Kalós, habían desafiado el destino que los dioses tenían marcados para ellos.

Egantheós se abrazó a su amado con el que había permanecido fiel desde los siete años de edad. Treinta años de felicidad. Treinta años de batallas. Treinta años de cicatrices todas ellas cauterizadas por el fuego del amor, terminaban en la proa de un barco a la deriva. Lloró en silencio, sin consuelo posible.

Casandra, sin sospechar nada de lo que había ocurrido en el interior

del aposento, no quiso interrumpir la intimidad de su esposo pensando que estaría consolando a sus amigos.

Agotada se acurrucó en un rincón y esperó a que el alba con sus nuevas luces trajeran paz y sosiego a los acontecimientos de ese día. Se despertó magullada y dolorida. Subió a la borda. Zenón vigilaba el horizonte, redondo como la manzana que estaba desayunando. El agua infinita no tenía límites costeros. Los dedos rojos del alba arañaban el cielo que empezaba a ser azul. Respiró el aire fresco y sin decir palabra tomó fuerza para bajar a la pequeña estancia que estaba bajo sus pies.

Al descorrer la cortina, la belleza roja del amanecer rasgando el cielo era la metáfora de las túnicas de Egantheós, Kalós y Olimpia rojas de sangre. Muda se temió lo peor. La muerte de sus tres compañeros se anunciaba con esos dos colores que un momento antes la habían seducido en el horizonte. Al oír el grito ahogado de Casandra, la cabeza de Egantheós se volvió hacia ella. Mudo seguía llorando. Las lágrimas diluían la sangre de sus amigos a la vez que manchaba su rostro y su ropa.

-Están muertos Casandra. Están muertos -dijo con un hilo de voz.

Casandra cayó en sus brazos. Derrotada abrazó a su marido. Casi no tuvo fuerzas para sacarlo de aquella tragedia. La tripulación ajena a todo y agotada, no se percató de la muerte de sus mandos. Al salir a cubierta, Zenón horrorizado por la sangre, dejó caer parte de la manzana que le quedaba en sus manos. Fue a socorrer a Egantheós pensando que estaba herido. Este le rechazó.

-No oses tocar la sangre derramada sobre esta túnica. Es más dolorosa que mi propia sangre o la de mis hijos. Es más sagrada y honorable que la de todos los dioses. ¡Olimpia y Kalós han muerto! ¡Zenón! ¡Ayúdame!
-bramó cayendo a sus pies, abrazándose a sus rodillas. Dio un grito tan desgarrador que Casandra lo confundió con el estertor que anunciaba otra

muerte.

–¡Basta ya! ¡Basta ya de muerte y de locura! –gritó Casandra–. ¡No puedes abandonar ni esta nave ni esta vida Egantheós! Eres el único que puede dirigirnos y salvarnos. Deja de lamentarte y compórtate como el jefe del navío. Eres el capitán Egantheós. Estás al mando. No le falles a la tripulación. No falles a tu emperador, y sobre todo no me falles a mí, a nuestros hijos, ni a los hijos de Kalós.

–¡Kalós! –gritó preso de dolor al oír su nombre pronunciado por Casandra– ¿Por qué? ¿Por qué?

Siguió gritando sin cesar, dando vueltas por la cubierta, hasta que su grito de dolor reunió a toda la tripulación. Casandra, tomando la iniciativa una vez más anunció:

–Olimpia ha muerto. El capitán Kalós ha muerto. Hoy honraremos sus cuerpos entregándoselos al mar. Ocuparos de sus mortajas. Que sean lo más nobles posibles, tal como ellos se merecen.

Tomó aliento desde algún lugar recóndito de su alma y con un grito que solo una madre conoce al parir exclamó:

–¡El capitán Kalós ha muerto! ¡Larga vida al capitán Egantheós!

–¡Larga vida! –gritaron los presentes.

–¡Viva el capitán Egantheos!

–¡Viva!

Zenón organizó con algunos hombres las exequias de su antiguo jefe y su esposa. Fueron sencillas. Abandonaron este mundo de un modo parecido al que llegaron. El llanto de alegría de su nacimiento se trocó por un llanto de dolor. Su desnudez tras el parto, fue envuelta en sus túnicas. Unas piedras que les hundieron en el agua evocaban una especie de placenta mortuoria, y el líquido amniótico que les cobijó en el vientre de sus

respectivas madres, hoy era un salado índigo. El chocar de sus cuerpos contra el mar marcó el final de la ceremonia. El silencio se adueñó de la nave como un abordaje enemigo se adueña de los tesoros y mercancías de los barcos que asaltan. Ese mismo silencio dispersó a los presentes tragándose la alegría que había reinado en la travesía como la arena se traga las olas que llegan a la orilla.

De inmediato Zenón fue ascendido al puesto de segundo de abordó. Nadie puso objeciones. Ahora era el lugarteniente del nuevo capitán Egantheós.

Mientras celebraban el rito del sepelio, observaba como los hijos de Kalós, mucho más serenos que su amante, asistían al adiós de su padre. El mayor con diecinueve años, Anaximandro, era sensible como su madre. Estaba dotado para la escritura y por su bonita caligrafía le asignaron llevar el cuaderno de bitácora. Zenón se preguntaba como narraría la muerte de su padre. Si sería fiel al suicidio o por el contrario inventaría algún hecho para convertirle en héroe. Jamás lo sabría, lo único que sus ojos sabían leer era el horizonte cuando navegaban. El segundo, Hyrum, con casi dieciocho años había asumido tareas importantes a bordo, además del manejo del timón ahora inservible y destrozado tras la tormenta. Hyrum, podía resolver situaciones conflictivas entre los marineros con la misma capacidad de diplomacia que su emperador Anaid I. El último hijo de la pareja, Neartós, parecía el más afligido de los tres. Con catorce años, dependía mucho de Olimpia, y su rostro evidenciaba lo perdido que se sentía sin ella. Estaba aprendiendo el arte de leer mapas y deseaba llegar a tierra para empezar a trazar los dibujos de los nuevos territorios. Ahora nada tenía sentido. No habría tierras ni mapas que dibujar.

A Zenón le gustó el acercamiento de Casandra hacia el adolescente. Esa mujer le tenía fascinado. Era inteligente y fuerte. Pocos hombres se podían comparar con ella. Definitivamente pensó, la capitana del trirreme va a ser ella, pero es tan sabia que nadie notará quien está al mando. Kalós eligió muy bien la pareja de Egantheós. Era como si el destino hubiera predispuesto que si faltaba él, su amigo siempre estaría protegido. En sus reflexiones, Zenón pensó que era una lástima que él con veinte años, aún no tuviera un amigo como tuvo Egantheós para elegirle como amante y mediador y buscarle una esposa a su medida.

Cuando terminó la ceremonia Anaximandro se le acercó. Zenón, tímido como era, le sorprendió que el hijo del capitán fallecido se aproximara hasta él. Estaba claro que buscaba una excusa para la distracción y alejar el dolor de su alma.

–Zenón –le llamó Anaximandro elevando la voz y buscando la atención del vigía– desde que partimos de Karttala vengo observando en estas semanas de navegación tu trabajo a bordo. Me cuesta mucho entender como puedes distinguir una nube de una montaña, si vamos a ir hacia un arrenal, o qué agua es más abundante en pesca. Yo solo distingo azules, verdes y grises.

–¡Ay amigo Anaximandro!, ¿puedo llamarte amigo?

–Por supuesto.

–Son muchos años de navegación. Toda mi vida he estado sentado delante de una proa. Mi madre murió de parto y mi padre nunca quiso separarse de mí. Él también era vigía y mis recuerdos siempre han estado ligados a estas aguas. Cierto es que las del mar de antes de la tormenta eran más turquesas, como las piedras de los abalorios. Estas son distintas. Cuando esta mañana se disipó la noche y con ella la niebla, el color había cambiado. Es un azul mucho más intenso. Nunca antes lo había visto así. Tendré que prestar mucha más atención.

–Perdona, no te entretendré más. No quiero distraerte de tu vigilancia.

–No me molesta tu compañía. Al contrario. Y aún no estoy vigilando, solo contemplo el mar. Paso muchas horas solo y hablar con alguien siempre es agradable. De todos modos tengo que prevenirte, este es el peor momento del día. El sol en la raya del horizonte te deslumbra. Ir navegando hacia el oeste es muy peligroso. Por más que intentamos virar hacía atrás, hacia el este, de donde veníamos, hay una corriente muy fuerte que no hace más que movernos rumbo a poniente. Por suerte para mí y para mis ojos, mi trabajo empieza al caer la noche. Espero que podamos arribar pronto a un puerto y arreglar los destrozos que la tormenta nos causó.

Navegaron en silencio un buen rato. Los acontecimientos de las últimas jornadas habían dejado a la tripulación sumida en un letargo. La tormenta, la trágica pérdida del Kalós y Olimpia, el trirreme medio destrozado y navegar a la deriva, no era precisamente tranquilizador.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Zenón al darse cuenta que solo habían hablado de él y de su infancia.

–Solo. Me encuentro muy solo. No me he dado cuenta de mi soledad hasta la pérdida de mis padres. Mi hermano Hyrum ya tiene esposa y concubina, ¡con solo dieciocho años! Yo no consigo encontrar a nadie que sea de mi agrado.

–Pues tú resultas mucho más atractivo que tu hermano. Deberías llevar el nombre de tu padre en lugar de Anaximandro. Deberías llamarte Kalós, “el bello”. No, mejor no, deberías llamarte Kalistós, “el más bello”. Realmente eres el más bello de la nave.

–Me vas a hacer sonrojar. ¿O es que me estás cortejando?

–No, por los dioses, no osaría yo cortejar al hijo del gran Kalós. No soy digno de uno de los hijos de ese gran hombre.

–Eso no es cierto. Algunas noches subo a cubierta. Prefiero el frío y la humedad del mar a los olores y el calor del piso de abajo. La noche antes de la tormenta no podía dormir. Subí y me tumbé en la popa. Miraba el magnífico cielo preguntándome como podías distinguir unas estrellas de otras. Soy testigo de todo lo que ocurrió. La orden de mi madre haciéndote abandonar tu puesto, la entrada de ella y Casandra en los aposentos de mi padre y Egantheós... Después, sin darme cuenta me dormí. Los gritos de mi padre llamándote me despertaron. El resto ya lo conoces. Yo sé la clase de hombre leal y fiel que eres. Mi padre te admiraba y mi madre no hubiera protegido a un hombre indigno.

Otro silencio marcó la deriva de la nave, fue Anaximandro quien lo rompió para continuar hablando.

–Quizá el indigno de ti soy yo. Mi vida ha sido fácil. He tenido buenos maestros, protección, comodidades. Mis viajes por el mar han sido de placer. Sé leer y escribir, pero no sé si de verme en la situación que tú te viste anteayer, hubiera defendido con mi vida la honestidad de un tercero.

Zenón no supo que decir. Se levantó y fue a su puesto de vigilancia dando el relevo al vigía de día. Pensaba que si no hubiera obedecido la orden de Olimpia, hoy todo seguiría igual. Si él hubiera estado vigilando no se habrían metido en la bruma. Habría detenido el trirreme y no habrían vivido la tragedia acaecida.

Anaximandro le observaba. Comparaba lo distintos que eran casi con la misma edad. Zenón tenía la piel bruñida por el sol. Las manos esculpidas por el trabajo, formaban parte de la barandilla de proa. El cuerpo pequeño y fibroso. Su pelo ensortijado y decolorado por el sol, siempre con cristales de sal marina, le llegaban casi a los hombros. Y los ojos, rodeados de diminutas arrugas como cientos de estelas dibujadas de tanto mirar el mar, estaban llenos de misterios inescrutables. En cambio él, a pesar del gimnasio,

tenía un cuerpo más blando y redondo, aunque también pequeño, por alguna razón no había crecido como sus hermanos. La piel inmaculada sin manchas de sol ni arrugas, ligeramente bronceada por los días de navegación, y su pelo era mucho más liso, corto, de un profundo y brillante azabache. Eran el día y la noche. Como los trabajos que desempeñaban, uno necesitaba la luz para escribir y otro la oscuridad para navegar. Apoyado en un trozo de la vela desgarrada se quedó dormido. De vez en cuando Zenón miraba hacía atrás y sin saberlo hacía la misma comparación que el hijo de Kalós había hecho antes. No sentía envidia de la acomodada vida de Anaximandro. Había visto tierras, gentes, animales tan distintos y fantásticos en sus viajes al lado de su padre, que la existencia del joven dormido a sus espaldas le parecía aburrida e insulsa.

Volvió sus ojos al horizonte, la luna iluminaba con cientos de espejos el camino a ninguna parte, mientras tanto los lazos de la vida ataban cabos y ambos eran incapaces de verlo.

Egantheós durmió mal la primera noche sin su amante. Añoraba los ruidos que hacía cuando se revolvía a su lado. Su respiración fuerte, abrazarle para mitigar sus ronquidos, su olor... Se levantó antes de amanecer y decidió que trasladaría sus cosas al aposento que antes compartían las mujeres. Había mucha soledad en el habitáculo de proa. El día se desperezaba lentamente. De nuevo parecía que la niebla no dejaría ver ni la costa, ni los límites del mar. Saludó a Zenón y ambos se quedaron mirando el horizonte incierto. No hubo más palabras hasta que se dio la vuelta y vio a Anaximandro recostado en la vela desgarrada.

–Zenón –preguntó sorprendido– ¿qué hace él aquí?

–Después de la ceremonia, vino a hablar conmigo. Y en mitad de la noche se quedó dormido. No quise despertarlo. Su compañía silenciosa me

reconfortó. Hemos perdido tanto en tan pocas horas y es tan incierta la navegación, que la soledad es una compañía dolorosa y una terrible maquinaria de guerra en mi cabeza. ¿Debía haberle despertado?

—No. Está tranquilo. Y eso ya es un gran avance. ¿Has visto algún indicio de tierra? —preguntó Egantheós evidenciado la preocupación de navegar sin cabotaje—. ¿Algún animal muerto, ramas o escombros que indiquen cercanía de la costa?

—Nada por el momento. Solo esta corriente que nos empuja hacia el oeste. Además la profundidad es tan grande en esta parte del océano, que es imposible echar el ancla. Creo que mañana volveremos a estar envueltos por la bruma.

—¿Crees que tendremos tormenta?

—Me temo que sí. Habrá que sujetar bien los remos y todos los aparejos para evitar males mayores, quizá sería necesario el ayuno para librarse de los vómitos.

El silencio de ambos subrayó su angustia. Otra mala noticia podía terminar de hundir la moral de los navegantes después de los hechos que habían vivido.

Buscó a Casandra para notificarle la situación. Decidieron reunir a la tripulación y comunicarles que posiblemente se avecinaban nuevas tormentas. Ayunarían por dos razones: una era evitar el vómito, la segunda racionar el agua y la comida.

Si bien podían pescar, las aguas que surcaban parecían estériles y la fruta fresca, manzanas y naranjas africanas que habían embarcado en el último puerto, empezaban a escasear. Lo mismo ocurría con el agua dulce. La buena noticia era que si la tormenta estallaba, recogerían agua en el velamen destrozado y podrían subsistir más días sin tocar puerto. Se organizaron

grupos para coser las velas y utilizarlas como embudos canalizando las aguas de la lluvia hacia los pellejos que ya estaban a la mitad de su contenido. Las ánforas eran demasiado frágiles para contener el tesoro máspreciado en alta mar. Pasaron la mañana en esas tareas. El trabajo ideado por Hiram y Casandra dio doble fruto, el trirreme quedó organizado para aguantar las posibles tempestades y recoger agua, y la actividad manual desplazó los pensamientos de duelo de la tripulación.

Egantheós al mando, apoyado por su mujer y sus nuevos hijos, dispó miedos e incertidumbres. Su primer día como capitán salió mejor de lo esperado. Antes de anochecer empezó a llover. La cubierta se convirtió en una fiesta. Felices veían como las velas recogían y llevaban el agua hacia los pellejos. Todos aprovecharon para lavar las ropas que llevaban puestas. Les pareció que la lluvia, era más cálida que la del país que habían dejado atrás. Lejos de molestar, su presencia fue una liberación del dolor que sus almas contenían. Parecían felices, incluso Egantheós se unió a la diversión. Casandra se fijó que los huérfanos también formaban parte de esa alegría, todo excepto Anaximandro que desde la popa, ajeno a la fiesta de cubierta, miraba la estela que dejaba la nave.

–Anaximandro –le dijo dulcemente Casandra acercándose a él– deja tu tristeza en la estela que observas y únete a la alegría de la tropa. No dejes que la pena de la pérdida de tus padres pueda más que el futuro que nos espera.

–No es solo tristeza lo que tengo. Es un sentimiento distinto que no logro descifrar. Hay algo en mi interior y no es únicamente la sensación de pérdida. Es como si quisiera abrir una ventana y está se obstinara en mantenerse cerrada.

–Creo que sé lo que te ocurre. –dijo enigmática la mujer–.
¿Quién es?, ¿es ella o él?

–Casandra, ese es el problema, no hay ni ella ni él.

–¿Estás seguro?

–Sí, -dijo resolutivo.

–Creo que te equivocas. Sacó una bolsa de tela que tenía atada al cordón de su túnica. Abriéndola hizo que Anaximandro pusiera las manos como un cuenco y volcó en ellas unas piedras gastadas y de diversos colores.

–Muévelas y échalas al suelo.

–Pensaba que el emperador Anaid I y mi padre estaban en contra de estos rituales y querían desterrarlos del nuevo destino al que llegáramos.

–Lo están. Anaid I está lejos, y tristemente a tu padre le hemos perdido. Será nuestro secreto. Tu madre creía fervientemente en estas piedras. Vaticiné la desgracia que hemos vivido. Pero no pude prever que fuera tan pronto. Las piedras me hablaban de una tierra fértil que nos acogía y de una muerte doble... pero jamás pensé...

Casandra quiso recuperar las piedras que había puesto en las manos de Anaximandro y lanzarlas al mar. El miedo a predecir una nueva desgracia la dominó. No tuvo tiempo. El chico las había echado sobre las maderas de la popa. Casandra cerró los ojos. No quería ser portadora de más dolor.

–Casandra, dime que ves. ¿Por qué has cerrado los ojos? ¿Cuál va a ser la próxima desgracia? –le preguntó Anaximandro muy alterado, pero en voz baja.

–No lo he visto, y no lo quiero ver.

–Dímelo –le exigió sujetándola por ambas muñecas.

–¡Oh!, Anaximandro.

–¿Qué ocurre? ¡Casandra, habla!

–No hay malos augurios. Tormentas, pequeños tropiezos, pero vuelven a salir las islas felices. Hay un destino en una tierra rodeada de agua al final de este viaje. Hay salvación –dijo llorando Casandra– hay salvación y

amor para ti. Serás tan amado como lo fue tu padre. Pero no tendrás hijos. Tu amor será tan pleno y abundante que no lo compartirás con nadie. Un hombre te hará tan feliz como Egantheós hizo feliz a Kalós.

Cassandra recogió las piedras, las guardó en el saquito de tela y llorando emocionada las lanzó por la borda. Quería que esa fuera su última predicción. Una predicción donde el amor y la salvación pusieran fin a tan doloroso viaje. Cerraba un círculo, ella que tenía tanta facilidad para adivinar los destinos, acataría las órdenes de Anaid I y Kalós. Religiones, magia, brujería y adivinación, nunca más formarían parte de su destino.

Abrazó a Anaximandro que seguía mirando la estela del barco, al devolverle el abrazo el contraluz brumoso del final de la tarde dibujaba el perfil de Zenón que se disponía a relevar al vigía de día. La lluvia cálida caía sobre sus cabezas redimiendo a dos seres tan perdidos en el mar de sus pensamientos como la propia nave a la deriva. Las lágrimas de Anaximandro y Cassandra se diluían con el agua de la lluvia en la cubierta. La tripulación agotada, se refugiaba en el interior. En la proa, Zenón preparaba un tendal para refugiarse de la lluvia.

–Vamos abajo a cambiarnos de ropa. La noche va a ser movida. Mejor la esperamos con ropa seca.

–Vamos –repitió maquinalmente Anaximandro.

Tan pronto como cayó la noche la predicción de Cassandra se materializó en una fuerte tormenta, pero de dimensiones mucho menores que la anterior. Los rayos y truenos fueron menos severos con la nave pero las olas no le dieron tregua. El amarre de aparejos, remos y objetos resistieron bien el oleaje, pero no fue así con muchos de los navegantes que bebieron

agua de lluvia en exceso y eso les produjo de nuevo vómitos y mareos. Anaximandro no podía dormir debido al olor y ruido de las náuseas y decidió visitar a Zenón en la proa. Sin importarle el peligro de estar en la cubierta exterior a merced de algún golpe de mar fue hacia su amigo agarrándose de un aparejo a otro. Cuando llegó al lado del vigía, éste, alarmado, le mandó volver a bajar.

–No voy a bajar. Quiero estar en la cubierta –le contestó mal humorado Anaximandro.

–Es una orden.

–No acato órdenes de un vigía –volvió a responder el hijo de Kalós.

–Te recuerdo, me han ascendido a lugarteniente, –exclamó gritando contra el viento y las olas que se empeñaban en partir el trirreme en dos.

–Hazme un consejo de guerra, igual tengo suerte y me condenáis a la pena de muerte.

Exasperado Zenón claudicó ante el testarudo nuevo amigo, le obligó a colocarse el cinturón de cuero de seguridad que llevaban los vigías atado a una soga. En la proa siempre había dos artilugios disponibles, por si eran necesarios dos vigilantes al mismo tiempo.

–Me siento más cómodo aquí, que en la cloaca en que se están convirtiendo las literas. ¡Qué ruin es el agua dulce en el estómago cuando la salada la zarandea! –bromeó.

Zenón no tuvo más remedio que reír. Se estaba habituando a su compañía. Las noches se acortaban a su lado y cuatro ojos siempre veían más que dos.

Durante tres noches seguidas, Anaximandro las pasó acompañándole. En ocasiones Zenón le contaba sus viajes con su padre, a veces Anaximandro recordaba leyendas que había leído y se las narraba, inventado las partes que había olvidado pero de madrugada el sueño le vencía

y siempre acababa dormido apoyado en alguna parte de la proa.

Una noche con la intención de estar en vela toda la vigilia le preguntó:

–¿Qué puedo hacer para ayudarte?

–Nada. La nave es ingobernable. Si tuviéramos timón, cuando la proa del barco baja hay que observar los posibles escollos y avisar al timonel. Sin remos, sin velamen, sin timón, solo las corrientes y los dioses guían nuestro destino.

Anaximandro se puso al lado de Zenón emulándolo.

–No se ve nada –le dijo decepcionado.

–No hay mucho que ver, amigo Anaximandro.

Le gustaba como sonaba la palabra amigo en la boca de Zenón, pero al rato, cansado, se recostó contra las maderas y volvió a dormirse como las noches anteriores. Zenón al verle de nuevo dormido, sonrió. Definitivamente no sería un buen vigía. Al amanecer amainó la tormenta.

Egantheós subió a preguntar como había sido la noche. Desde la muerte de Kalós no había vuelto a utilizar el espacio de proa. La respuesta volvió a ser negativa, ni ramas, ni escombros ni restos de animales hacían probable la cercanía de la costa.

–Zenón –le dijo el capitán– voy a instalarme definitivamente en el cubículo de abajo. Casandra y yo nos sentimos muy solos, en cuanto te releven puedes utilizar mi aposento. Voy a retirar todo lo que no te sea útil y podrás estar más cómodo y ancho. El habitáculo está pensado para dos.

Envolvió con unas telas algunas cosas personales y en un rincón entre el jergón y la pared apareció una caja, la cual no parecía muy valiosa. Curioso la abrió, al ver las semillas pensó que era el objeto más absurdo que había visto, pero al leer la inscripción, enseguida consideró que nadie mejor que Casandra podría descifrar el enigmático acertijo. Al salir vio a Anaximandro dormido a los pies del vigía.

–¿Otra vez ha pasado aquí la noche?

–Así es –contestó Zenón.

–Pero veo que lleva el cinturón de seguridad del segundo vigía.

–Así es –volvió a contestar Zenón sin quitar la vista del horizonte– por si hay algún golpe de mar, no se lo lleve una ola. Desde la tragedia parece el más frágil de la nave.

–¿Te importa que le acomode en vuestro aposento?

El vigía notó un cambio en la forma de hablar de su capitán. Al llegar, antes de entrar en la habitación que había compartido con Kalós, dijo “mi” aposento y al ver a Anaximandro cambió a “vuestro”.

Un pensamiento involuntario cruzó la cabeza de Zenón, este cambió su gesto. Para Egantheós la nueva expresión de su rostro no pasó desapercibida.

–¿Qué ocurre? ¿Te molesta compartir el jergón con él?

–No, no es eso –balbuceó con la cara roja al descubrir sentimientos que ni el propio Zenón sospechaba.

-Ambos me recordáis mucho a Kalós y a mí. Él me protegía. Era mi otra fuerza. Me gusta que cuides de su hijo. De todos ellos, Anaximandro es el más sensible. Está tan ensimismado en su aprendizaje y en sus escritos, que a veces es incapaz de distinguir lo real de lo que no lo es. Mis gemelos, Narmer y Ares, son brutos, solo les interesa el gimnasio, por eso los elegí como contramaestres. Mi pequeña Nott y Neartós están predestinados a ser esposos como lo fueron Olimpia y Kalós. Espero que cuando llegemos a tierra firme acepten mi propuesta. Hyrum ya tiene dos mujeres, créeme si te digo que podría tener tres o cuatro más, tiene un apetito insaciable –de pronto paró su narración–. No sé por que te cuento esto, ¡ah sí!, por Anaximandro, hay vigías convertidos en lugartenientes que ven muy lejos en el horizonte realizando un óptimo trabajo pero son incapaces de ver lo que tiene delante de sus narices, o a sus pies.

Esta última frase dejó a Zenón tan tocado como si le hubieran clavado una espada en sus costillas. Confundido vio como el sol salía por

estribor en lugar de babor, la tormenta había cambiado el rumbo de la nave. Las palabras de Egantheós le había dejado más perdido de lo que estaba el trirreme en el ancho mar.

Egantheós tomó en brazos a Anaximandro, su corpulencia y fuerza podía competir con la de un gladiador, lo acostó en el jergón con la misma delicadeza que si llevase el cuerpo de Kalós herido, procurando dejar sitio suficiente en el lecho para el lugarteniente.

Al poco rato apareció el vigía de día, se quitó el cinturón de seguridad y se lo cedió a su compañero. Estiró los brazos dio un gran bostezo y bajó los pocos escalones que separaban su nuevo alojamiento del puesto de vigilancia. Al descorrer la cortina no pudo contener la risa. Recordaba las palabras de Egantheós, “es muy amplio vas a estar más cómodo”. Seguramente nunca había visto dormir a Anaximandro. Una cruz humana ocupaba completamente el jergón. Incluso la mano derecha le colgaba en el vacío. Lo apartó cuidadosamente y Anaximandro se puso de lado, no sabía a quien dejaba sitio, ni siquiera sabía donde estaba durmiendo. Zenón en señal de respeto apoyó su espalda contra la de él, en muy poco tiempo se quedó dormido. No habían pasado ni dos horas, el peso de las piernas y los brazos de su amigo le despertó. Intentó zafarse del abrazo y al hacerlo le sobresaltó.

–¿Qué haces en mi cama? –le dijo indignado Anaximandro.

–La pregunta es –bromeó Zenón–: ¿cómo has llegado al aposento del lugarteniente, ocupando su jergón y casi matándolo por aplastamiento?

De golpe se incorporó sin saber que había ocurrido.

–¿Qué ha pasado? ¿Cómo he llegado aquí?

–De nuevo te dormiste en lugar de ayudarme a vigilar. Estoy pensando seriamente en declararte un consejo de guerra –volvió a bromear Zenón, viendo como Anaximandro tragaba saliva y abría los ojos de par en

par-. No hombre, es broma –le dijo revolviéndole el pelo–.Egantheós me ofreció su antigua estancia y al verte dormido sobre la cubierta me pidió permiso para que pernoctaras en ella. Le dije que sí, sin saber que mi vida corría más peligro a tu lado que en el puesto de vigilancia.

–¿Porqué me tomas tanto el pelo? Me acabo de despertar y no haces más que burlarte de mí.

–Lo siento. Pero ver tu cara de susto ha valido la pena.

–Puedo quedarme un poco más. Tengo sueño.

–Sí. Siempre que me dejes dormir, me hagas un poco de sitio, no ronques, no me aplastes, me...

No pudo terminar sus condiciones, Anaximandro con un leve ronquido de placer volvía a dormir. Zenón se acomodó al modo griego, abrazándolo por la espalda, le resultó más cómodo y reconfortante. Cerró los ojos. Entre sueños oyó decir a Anaximandro: “Zenón, viviría siempre en tu abrazo”. Al oír esas palabras tuvo que retirar ligeramente su cuerpo del de su amigo. El lugarteniente no quiso que notara la sensación que esa romántica declaración le llegó a producir.

No pasaron más de tres horas cuando el ruido que había en cubierta les volvió a despertar. Los de fuera no se habían percatado que faltaban Anaximandro y Zenón, debido a la impresión de lo que parecía divisarse tras un banco de niebla.

Unos lloraban exhaustos de agotamiento, otros gritaban por no creer lo que sus ojos veían. Los “trieraulés” que desde la primera tormenta no tocaban las flautas, para marcar el ritmo de los remeros, entonaban canciones alegres. Al descorrer la cortina y ver la locura desatada por la tripulación, pensó que por fin se habían vuelto todos locos por navegar tantos días a la deriva. Salió del habitáculo de proa para preguntar al vigía, este parecía una estatua de sal. A dos estadios de distancia una enorme pared vertical negra,

que se perdía entre las nubes, marcaba el final del viaje como un miliario marca el inicio de un camino.

Despertó a Anaximandro que inexplicablemente aún dormía. El muchacho, asombrado por la algarabía y atónito al comprobar él mismo la gran montaña que se elevaba delante de la nave, recordó la tirada de piedras de Casandra. Dos de las tres profecías se estaban cumpliendo. Acertó con las tormentas, acertó con la isla y en esos pensamientos no pudo contener un abrazo a Zenón. Ambos empezaron a emocionarse, sus cuerpos apenas se sostenían de pie, les temblaban las piernas de la impresión al ver que habían arribado a tierra firme. Se miraron a los ojos y Zenón le besó primero en los labios, luego, sin pedir permiso, su lengua los atravesó. Anaximandro sintió una punzada en su interior, de repente comprendió que la tercera profecía de Casandra se estaba cumpliendo.

El amor convirtió a ambos en los hombres que deseaban ser.

Egantheós, una vez pudo calmar los ánimos a la tripulación, puso a los remeros a bogar, tardaron dos días y una noche en rodear la isla y encontrar un lugar para fondear el maltrecho trirreme. Descubrieron un promontorio ideal para instalar un faro y tras el cabo, una hermosa bahía llena de vegetación resguardada de vientos y mareas. La isla no presentaba señales de vida. Esperaron un día más a desembarcar por temor a algún ataque. Al no ver movimiento alguno Egantheós mandó una avanzadilla con Narmer y Ares al frente. Al llegar a la playa vieron como despavoridos huían algunos habitantes hacia el interior del bosque. Eran seres mucho más primitivos que ellos. Tanto por sus ropas, que parecían harapos o pieles de animales, como por sus casas, realizadas con lascas de la playa y ramas de los árboles. Solo

quedó un viejo que el pobre apenas podía andar. Muy altisonante y pomposo Ares tomó la palabra y clavando una lanza en el suelo dijo:

–Yo, Ares, hijo de Egantheós y Casandra en nombre del emperador Anaid I, tomo esta tierra como nuestra. ¿A quien tengo el honor de dirigirme?

El pobre viejo que no había visto en su vida armas, ni escudos ni trirremes solo decía:–Sza Lem Aré. Sza Lem Aré.

–¿Qué idioma hablas?

–Sza Lem Aré.

–¿Che lema ¿qué? ¿Es un idioma o es tu nombre?

–Sza Lem Aré.

–¿Qué significa Che lemar e?

El anciano se hincó de rodillas. Empezó a llorar, incapaz de hacerse comprender sin parar de repetir “Sza Lem Aré, Sza Lem Aré.”

Narmer, el otro gemelo algo más sensible que Ares, creyó que el pobre viejo pedía clemencia.

–“Che le ma e” querrá decir “no me mates”, “déjame en paz” “perdóname la vida”, o algo parecido. — Le dijo a su hermano.

Lo levantó de la arena de la playa y le ofreció fruta. El anciano nunca había visto naranjas y no sabía qué hacer con ellas. Narmer cogió otra para él, la peló y se la llevó a la boca. El vejo anfitrión iba a hacer lo mismo pero sin pelarla, y el gemelo le ofreció la suya. A pesar del dulzor de la fruta, al pobre viejo la ligera acidez le molesto, y se estremeció de arriba abajo. La volvió a probar y en el segundo intento le pareció mejor. “Sza Lem Aré”, repitió.

–Che lema e, dijo Narmer juntando las manos y haciendo una reverencia.

Se volvió de espaldas y gritó hacia la embarcación: “Podemos desembarcar. No hay peligro” Desde la playa llegaron los gritos del trirreme. Los que sabían nadar se tiraron raudos para alcanzar la playa, todos tenían prisa por llegar a tierra. Todos excepto Zenón y Anaximandro que en el habitáculo de proa se entregaban embriagados por el amor y el placer, a descubrir los secretos puertos de sus cuerpos.

Poco a poco fueron desembarcando. La polis ansiada de Anaid I ya tenía un lugar donde crecer. Un lugar que acabaría llamándose Chelemare.

Calmados por el fin de la travesía, Egantheós le habló a Casandra de la misteriosa caja de semillas que había encontrado entre el jergón que compartía con Kalós. Al ver la inscripción, enseguida entendió que se trataba de un objeto mágico. *Solo lo salado procedente del interior de un ser puro verá su fruto.*

–No sé que puede significar. Lo guardaremos como un tesoro y cuando nos hayamos establecido lo llevaremos como presente a los habitantes que han huido a la montañas. Esta tierra es tan suya como nuestra. Son inofensivos y debemos respetarlos tal como son los deseos de Anaid I. No sé si algún día llegará a disfrutar de estas tierras, pero lo primero que debes hacer es construir un faro, por si alguna vez nos buscan puedan llegar a encontrarnos. Chelemare debe ser un lugar de paz y acogida. Un lugar para amarnos y ser felices.

En pocos meses el promontorio tuvo un faro que iluminaba las noches tranquilas de la isla. Zenón y Anaximandro se ocupaban de mantenerlo encendido. Habían encontrado unas cabras salvajes que domesticaron y ordeñaban. Anaximandro escribía y enseñaba a leer a Zenón, este le narraba sus viajes y quedaban grabados en tablillas de barro que ellos mismos hacían. Su felicidad les colmaba hasta límites infinitos. Imitando las

construcciones aborígenes, pero dotándolas de más comodidades y amplitud, los recién llegados construyeron casas que ennoblecieron la bahía. Por las noches veían desde el promontorio del faro, en lo alto de las montañas, pequeñas hogueras de los habitantes huidos de la costa.

Más tarde, Egantheós organizó una expedición con el propósito de acercarse a los habitantes de la isla, reconocer el terreno para que Neartós trazara un mapa. Él y Casandra encabezarían el séquito, les llevarían presentes: frutas, dos gallinas, un gallo, algunos huevos, y dos pequeños onagros que habían nacido hacía apenas una semana. Tardaron tres días en llegar cerca de las cumbres más altas. Con unas piedras construyeron unos altares y allí depositaron sus ofrendas. Entre ellas una cajita de madera forrada con cobre por dentro, con las extrañas semillas. El propio Egantheós había plantado algunas de ellas en un pequeño jardín frente a su casa y había conservado otras en un tarro de cerámica. Al hacerlo se acordó de Olimpia y Kalós, no pudo reprimir sus lágrimas, mientras las sembraba. A los pocos días flores de distintos colores adornaban la entrada de su casa, recordaban a los amigos perdidos en la travesía.

Dejaron los objetos y se retiraron para no intimidar a los habitantes de las montañas. Pasaron dos noches en el lugar, al ver que nadie acudía volvieron a la costa. Dejaron los regalos en señal de concordia y paz.

Neartós y Nott aceptaron el compromiso propuesto por Casandra y Egantheós. Se prometieron amor eterno, y dar muchos hijos a la isla. Entre todos habían conseguido el sueño del emperador Anaid I. Crear un lugar en el mundo, donde la tolerancia, el amor, la cultura y la paz, tenían un nombre, ese nombre era: Sza Lem Aré. Bienvenidos, en la lengua de la isla

La negra noche

Et ecce equus pallidus et qui sedebat desuper nomen illi Mors et inferus sequebatur eum et data est illi potestas super quattuor partes terrae interficere gladio fame et morte et bestiis terrae

Miré, y vi un caballo pálido. El que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades lo seguía: y les fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad y con las fieras de la tierra.

Apocalipsis 6.8

Durante los dieciséis siglos que el faro llevaba iluminando la isla y señalando la peligrosa costa, nunca un solsticio de verano se había descubierto de un modo tan brillante. La luz bañaba cada rincón de las salinas. La sal refractaba los rayos que incidían sobre ellas, llenando el cielo de un azul tan intenso, que casi se podía tocar. Desde lo alto del faro ni un ápice de bruma ensuciaba el horizonte. Sobrecogidos por el espectáculo no podíamos dejar de observar aquello que durante centurias las nieblas habían censurado. El resto de las islas del archipiélago se perfilaban como el carbón en un papel inmaculado. La belleza era tanta que causaba terror. En los treinta y tres años que Theodorus y yo llevábamos cuidando la luz del faro, encendida por Egantheós, casi dos milenios atrás, nunca nos habíamos sentido tan desnudos y desprotegidos. En los manuscritos jamás se había registrado un día tan azul e intenso como el de hoy.

Una balsa a la deriva, como tantas otras que durante años se aproximaron a la costa, una sombra en la vigorosa luz, puso el contrapunto para comprender la apabullante belleza.

Asomado desde la linterna conforme se acercaba la balsa a la isla, miré y vi un caballo pálido, el que lo montaba parecía un moribundo. El que lo seguía tenía un aspecto deplorable, a sus pies tres bultos humanos se

agitaban nerviosos, vestidos con unas túnicas pardas acentuaban el misterio de la visión y delataban que nada propicio se acercaba a la isla.

Theodorus, al cual sus padres latinizaron su nombre por la novedad de un naufragio anterior, se desmayó al no poder soportar la escalofriante visión. Acudí a sus pies al oír el golpe de su cabeza contra el suelo; yo estaba limpiando las cenizas del hogar que alimentaba la luz del faro, al llegar a su lado lo encontré muerto.

Mi corazón murió con él. Nunca más mi rostro dibujó una sonrisa. Nunca más pude ver mi reflejo en un espejo, la reverberación que el metal devolvía no era yo. La muerte de Theodorus fue mi muerte. Esa visión sobrenatural, mató a mi amado, pero él, solo fue la primera de las muchas víctimas que traería la balsa.

Bajé como pude los setenta y cinco escalones de piedra desde la linterna del faro hasta su base, llevando su cuerpo en mis brazos apoyado en mis prominentes caderas. No sé de donde saqué la fuerza. Hoy sería incapaz de repetirlo. Lo tumbé al lado de la chimenea, pensando que el fuego le devolvería el alma que la luz le había robado. ¡Vana ilusión! Todo estaba perdido. Todo estaba escrito.

Hice sonar el cuerno de avisos con el poco aliento que me quedaba. El sonido conocido por los oídos isleños era infalible. Todo Chelemare se reunía entorno al inmaterial patrimonio de su voz cada vez que lo oían. El cuerno siempre era una señal de alegría: el eco del salvamento de náufragos. Nuevas vidas que llegaban a la isla a través de las nieblas que la protegían, se unían a la prosperidad que nos proporcionaba esta mágica tierra. Conforme los habitantes iban llegando, su alegría cambiaba por miedo. La cada vez más clara visión de los oscuros náufragos acercándose a las salinas, dinamitaba las sonrisas de bienvenida. La algarabía se transformó en silencio. El silencio en muerte.

Antes que la balsa arribase a las salinas anuncié el accidente de Theodorus. Los vecinos y amigos se abalanzaron sobre mí para consolar mi desgarrada pena. Me acompañaron al interior de la casita del faro y honraron a mi amado difunto con una consideración y un dolor que solo da la muerte de un ser querido y respetado. Neartés llegó a la playa más tarde que el resto de ciudadanos y al ver la aglomeración en la puerta de la casa pidió permiso para entrar.

Las caras de los allí reunidos no hacía presagiar nada bueno. Entró en la estancia. Al ver el cuerpo lívido de Theodorus, con un hilillo de sangre reseca saliendo por sus comisuras y tras el hombro un reguero rojo aún latiendo, se arrodilló ante él y cogiéndole las manos, las apretó contra su pecho sin decir palabra. Dirigió sus ojos hacía mí y con la voz temblorosa anunció que después de dar la bienvenida a los visitantes, se amortajaría al cadáver, siguiendo el ancestral rito de inmersión del difunto con piedras, pasando a formar parte del mar que nos rodeaba.

Neartés, antepasada de Neartós primer dibujante de mapas de la isla, gobernaba Chelemare con gran sabiduría. Su espíritu sosegado y valiente la hacía imperturbable. Al llegar a las salinas y ver el desagradable y deteriorado aspecto de los naufragos tomó una decisión que nunca antes nadie había hecho: los extranjeros no podrían entrar en el pueblo. Además el cuadrúpedo que traían no era un onagro, y no quería que la raza de la isla se perdiera por la mezcla malsana del animal que llegaba.

Se dirigió a dos de los médicos, Beningnus Maester y Astanius Pueri que se habían congregado como otras veces ante la llegada de visitantes. Estos junto con Neartés, al ver el aspecto de los aparecidos, con pústulas, bubones tremendamente hinchados, manchas oscuras en la piel y un fuerte olor a detrito, decidieron que deberían pernoctar en el campo de dunas que se extendía entre la playa y los primeros tarajales, convertidos en bosques

de pinos cumbres arriba. Nunca antes ningún Principal de la isla había actuado así. Pero el deplorable aspecto de los recién llegados, le pareció tan mortalmente premonitorio que no le quedó otra opción.

Siglos después siempre sería recordada como Neartés Libertaria, por salvar a la isla de la extinción de sus habitantes. Mandó excavar un hoyo en la arena de la playa. Con cañas, palos y barro se levantó una barrera de seis varas de largo por seis de ancho para recoger a los desamparados forasteros, para evitar la dispersión de los recién llegados, que permanecían varados en las salinas, vigilados por dos soldados.

Con el cuidado que da el miedo, rescataron a los cinco hombres. Lavados con agua de mar y jabón de algas, les dieron ropa limpia y seca. La que vestían se quemó.

Comida, agua y un vino que elaboramos en la isla, áspero y salino, reconfortó el encierro. Con hojas de palmeras hicieron unos catres para evitar que la humedad de la arena afectase su mermada salud. Sin decir palabra, se acostaron, se selló la puerta para que no hubiese comunicación posible entre los ciudadanos y los recién llegados. Todos esperábamos alguna acción más por parte de los médicos, ellos sabían que cualquier enfermedad se atajaba de dos maneras, con la separación o con la muerte. La única forma de acertar era incomunicándolos.

Al caballo moribundo, viendo como sufría espasmos musculares, le dieron cicuta que devoró con avidez, devolviéndolo al mar en la balsa. En poco tiempo contemplaron como caía arrodillado en manos de la parca.

Una vez los enfermos se durmieron, Neartés pidió voluntarios para cuidar a los visitantes. La primera noche ofrecí quedarme cerca de ellos, quería enmascarar con compañía ajena la pérdida de Theodorus. Neartés no me lo permitió. “Tu obligación es velar a tu esposo. Ve con él, llora a voz en grito o en silencio, pero llora como cónyuge que has sido. Hoy debes

permanecer a su lado. Otros voluntarios vigilaran por ti”.

La guardia era tanto por nuestra seguridad como por las necesidades de los llegados; sed, hambre, frío... En toda la noche no ocurrió nada. Temimos por sus vidas y por el posible contagio de tan extraña enfermedad nunca antes vista en la isla.

Al día siguiente, uno de los vigilantes esto me contó: “La noche fue tranquila. Me quedé adormilado contra los postes de madera de la valla, hasta que el escozor de una pulga me despertó. La pude pillar a tiempo y estrujándola con mis dedos la reventé, viendo como mi propia sangre nutría su cuerpo. Me acerqué a los tarajales y con barro y sal reduje el hinchazón, bebí agua fresca, y seguí en vela hasta que de madrugada volvieron los médicos para comprobar el estado de salud de los náufragos. Tenían peor aspecto que el día de la llegada, pero parecían tranquilos.” Todo esto quedará escrito y pasará a formar parte de la historia isleña, le dije, agradeciendo su ayuda.

Mientras hablábamos llegó Neartés vestida de luto por la muerte de Theodorus. Venía con un séquito de plañideras con lágrimas de verdadero dolor. Empezamos el rito del entierro. Una multitud nos acompañaba.

Pusimos el cuerpo de mi amado en la barquilla-sepulcro, una frágil nave pensada para el último viaje. Un cortejo fúnebre de barcas con crespones negros lo acompañó a alta mar. Cada batel llevaba una piedra que al pasar al lado de la barquilla-sepulcro, uno de los tripulantes, la depositaba encima del muerto. La última roca era lanzada por el familiar más cercano con ayuda de un soldado llamado falcario de la muerte. Esta vez me tocó a mí el triste papel. El impacto de la postrera piedra hundía la sepultura definitivamente. Esa gran piedra estaba atada a una soga que tenía incrustados cristales de sal, conforme la barca se sumergía iba arrancando la piel de las manos de quien la sujetaba. El dolor físico de las manos

ensangrentadas aliviaba el dolor del alma. Ambos dolores se encontraban en el pecho del que se quedaba para jamás olvidar al ser querido. El falcario de la muerte con la hoz que portaba vigilaba el proceso por si el doliente desesperado se lanzara al agua, suicidándose para aliviar su pena, cortando la cuerda en caso de necesidad.

El ritual debía ser lo más digno y honorable posible. La gente de la isla creía que si no se proporcionaba al fallecido un entierro como era debido, el espíritu vagaría eternamente sembrando el miedo y la desgracia por la costa. Por último unas flores, lanzadas al agua, eran engullidas por la espiral que se formaba al hundirse la sepultura.

Una vez concluyó el entierro volvimos al recinto de los naufragos. Uno de ellos había fallecido. Los otros estaban tan enfermos que no se habían dado cuenta de la muerte del compañero marítimo.

Neartés y los médicos no se decidían sobre como actuar con ellos, Beningnus Maester, el más viejo de los dos galenos, propuso una infusión de “seminibus in deum” con vino caliente, para observar el efecto que producía. Neartés no estaba de acuerdo, las semillas no causaban efecto cuando se usaban con sentimientos desvinculados del amor. Ella, Astanius Pueri, y el resto de los presentes teníamos miedo. El miedo no era una buena arma para hacer florecer las semillas causando el efecto beneficioso que de ellas se deseaba. Beningnus Maester, insistía en usarlas, pero él era de los pocos en la isla que no abrió su corazón ni a hombres ni a mujeres. Era estéril en ese campo, aunque erudito en la ciencia, nunca supo de los placeres ni los frutos que el sentimiento del amor aportaba.

Desde un vano que se había dejado en uno de los lados de la empalizada, veíamos como los cuatro hombres que quedaban estaban cada vez más deteriorados, vomitaban sin cesar y apenas se podían poner de pie.

Por fin, viendo el lamentable estado de los enfermos decidieron

utilizar las “seminibus in deum”.

Hirvieron vino, introdujeron las semillas y lo dejaron macerar. Cuando se enfrió buscaron a dos vecinos que lo dieran de beber a las pobres víctimas de la enfermedad desconocida. Yo tenía tanta necesidad de distraer mi mente, que junto con Astanius Pueri, nos presentamos voluntarios para administrar la medicina, él como médico, y yo como quien escribe. Al entrar en el recinto el joven se quejó de un pinchazo en una mano pensando que se había clavado una astilla de la empalizada. No le dio importancia, hasta que un segundo pinchazo en mi brazo me hizo ver una pulga que se cebó con mi sangre. Le di un manotazo y vi su pequeño cadáver aplastado entre el vello de mi extremidad. Ofrecimos el néctar curativo a los náufragos que agradecidos lo tomaron ansiosos, esperando su salvación. Su cuerpo no toleró el brebaje, un último vómito sanguinolento puso fin a sus vidas. Astanius Pueri y yo salimos del recinto despavoridos y asqueados. El olor fecal era tan nauseabundo que nos hizo vomitar. Al mirar hacia atrás vimos las semillas desperdiciadas en el suelo que flotaban en el humor mortuorio.

Nadie en la isla había asistido a una muerte así. Neartés muy asustada, decidió que los cuerpos no se podían lanzar al mar. Pensó en el peligro que supondría contaminar las aguas, la pesca, las algas y su entorno. Meditativa recordó la balsa con el caballo muerto, y cayó en la cuenta que la marea podría devolverlo a la playa. Mandó a los pescadores que fueran a buscar la tumba flotante. Ni Beningnus Maester ni Astanius Pueri entendieron su proceder. Ambos callaron, viendo que la decisión de administrar las semillas no fue efectiva. Sin apenas fuerzas fui a descansar. Deseé no despertar jamás. ¡Cuidado con lo que deseas!, pensé, ¡cuidado con lo que deseas!

El humo que entraba por la ventana de la habitación adosada al faro y un olor a carne quemada me despertaron . Al asomarme al dintel de la

puerta vi la gran fogata que se elevaba muchos pies sobre las cabezas de los más cercanos. Nunca sabremos como a Neartés se le ocurrió la idea de incinerar los cuerpos de los difuntos junto al del caballo. Un rito que provenía de las lejanas tierras más allá del Indo, antes jamás practicado en la isla. Todos acataron la decisión.

La cremación de los cuerpos se realizó sobre una gran pira dentro del mismo recinto construido para aislarlos del resto de la isla a su llegada. Me acerqué y narraron lo ocurrido para que tomara nota y quedara registrado en los documentos de la isla. Así lo hice.

Diez días con sus diez noches ardió la pira. Los habitantes de Ventolto, el pueblo de la montaña, que solo aparecían por Chelemare para el trueque de pescado por productos de sus huertas y algún que otro asunto amoroso entre jóvenes, bajaron presurosos por si estaba ardiendo el pueblo de la costa. Esos actos de solidaridad, unían vínculos de los de arriba con los de abajo, junto con algunos matrimonios que se formalizaban entre ambas poblaciones. El lema que los unía: *inter nos vivere in pace*, limaba muchas asperezas que algunos rencorosos guardaban desde la llegada de los navegantes de oriente hacía dieciséis siglos atrás, alimentando la creencia que los forasteros habían expulsado de la costa a los antiguos habitantes insulares.

Algo que según consta en los escritos nunca fue así.

Habían transcurrido cinco días desde que la pira se había apagado, pero el olor persistía por todo Chelemare. Las nieblas habían vuelto a proteger la isla. Mi corazón por la pérdida de mi amado vivía en la oscuridad. Subí a la linterna del faro, a limpiar las cenizas de la noche y a resguardar la llama encendida por Egantheós. No pude terminar el trabajo. Empecé a vomitar sangre a borbotones. Bajé a lavarme y en el espejo de bronce vi las mismas manchas negras que traían los visitantes. Toqué el cuerno, y de

nuevo la población se congregó a su llamada. Expliqué a Neartés lo que me estaba ocurriendo, pero no fue necesario entrar en detalles. Al ver mi rostro manchado entendió que había enfermado. Pedí cicuta para aliviar los dolores y azuzar a la muerte. “Cuanto antes mejor” expliqué.

Horrorizada ante mi deseo Neartés derramó una lágrima insolente que descubría sus afectos hacía mí, sentimientos amorosos que yo nunca compartí. Se negó a darme la cicuta. Había que encontrar una solución menos drástica.

Beningnus Maester, me pidió que relatara que había hecho desde la llegada de los visitantes malditos a la isla. “Nada que recuerde fuera de lo cotidiano”, dije. Busqué en mis pensamientos cómo habían transcurrido los días. En el silencio recordé la muerte de Theodorus y la herida se reabrió en mi alma. El espléndido día sin nieblas protectoras, la mortaja de mi amado y el doloroso entierro. Mis manos heridas por la soga... nada más. Como un destello recordé el dolor y quemazón del aguijón de la pulga, y así lo expliqué.

El médico maestro, presintió que la pulga podía ser la causante de la enfermedad, examinó mi brazo pero no había rastro de la picadura. Astanius Pueri, se adelantó y todos pudimos ver su rostro demudado y con alguna incipiente mancha gris.

Hablando para todos relató que a él también le ocurrió lo mismo. Notó la dolorosa picadura de una pulga, al igual que le ocurrió al vigilante que se adormiló junto a la valla el primer día. Contó que hacía dos jornadas empezó con unas fuertes diarreas que achacó a algún alimento que había comido en mal estado, pero hoy, siguió diciendo, empezó a vomitar. En su casa no tenía espejos y no pudo comprobar si su rostro estaba manchado.

El silencio de la congregación mirando al joven médico le dio el diagnóstico. Un murmullo fue creciendo en torno a él, roto por el vómito de

unos de los pescadores que fueron a buscar el caballo muerto a la balsa. Neartés pidió que todos los que habían tenido contacto directo con los náufragos se agruparan en torno a nosotros. Resultó un grupo de veinticinco personas. Calló pensativa y enigmática. Cuando rompió su silencio, ordenó que todos los agujoneados por el pequeño animal nos reuniéramos a las puertas del faro y los que no, se separaran de los asaeteados. Quedamos quince en un lado y diez en otro. Neartés se reunió con Beningnus Maester. Hablaron largo rato en voz muy baja, nadie pudo oír lo que decían. Por fin el médico explicó como iban a proceder. Los quince que fuimos víctimas de las pulgas, entraríamos en el faro. Encalaríamos la habitación principal, estaríamos aislados del resto de la población de Chelemare recibiendo alimento y agua por la ventana abierta en la base del mismo y saldríamos de allí cuando estuviéramos curados. Los otros diez, se reunirían en una de las casas cercanas a la playa, se pintaría con cal y se actuaría del mismo modo. Quedándose aislados por si aparecían los síntomas.

Al segundo día de estar encerrados todos presentábamos grandes bultos en el cuello. Las manchas de nuestros cuerpos, en un principio pardas, se iban volviendo cada vez más oscuras, dibujando el mapa de nuestro destino. Un destino que se nos ofrecía largo y doloroso. Pregunté desde el ventanuco del faro cómo iban los afectados de la casa de la playa, ninguno había desarrollado los síntomas. Nos alegramos por ellos. El tercer y cuarto día los dolores eran tan espantosos que nos reunimos para pedir de nuevo a Neartés la cicuta. Ella no quería sacrificar a quince de sus conciudadanos, pero al quinto día, cuando tres amanecieron muertos, pedimos que nuestros anhelos fueran escuchados. La muerte rápida era una bendición. Por todo Chelemare se oían los llantos de sus gentes. Algunos dejaban a hijos, otros a padres, madres, esposos... El dolor físico no se diferenciaba del dolor espiritual. Agónicos decidimos hacer una última petición al pueblo que nos

lloraba incluso antes de morir. Pedimos ser incinerados. No queríamos manchar las azules aguas que rodeaban la isla.

Nuestros deseos fueron concedidos. La tarde del quinto día, la propia Neartés nos trajo la cicuta. Cuando a través de la ventana me la acercó vi en su rostro una angustia que nunca antes le había conocido. Con voz temblorosa pero decidida, lo que me propuso me causó tanto dolor como la muerte de mi amado, la de mis vecinos y la mía propia. Me obligó a apagar la luz del faro, una luz que por nuestra debilidad, a duras penas podíamos mantener encendida.

La luz que hacía dieciséis siglos había encendido el capitán Egantheós debía ser apagada. Luz viva, alimentada por las promesas de amor que las parejas de fareros mantuvieron encendida. La simbólica llama de la isla debía extinguirse. Nunca entendí su decisión. Me dijo que la oscuridad protegería el territorio. Era por nuestro bien. No tuve fuerzas suficientes para negarme, aunque al hacerlo, me hubieran acusado de traición. Su orden era irrevocable, al día siguiente después de tomar el veneno derramarían cal por el ventanuco del faro, hasta que esta nos sepultara y purificara los malos humores. Dos semanas más tarde abrirían el catafalco y respetarían nuestro deseo del fuego. Neartés me pidió que diera las gracias a todos por el sacrificio, que les comunicara honraría nuestra generosidad, haciendo quince piras distintas, una para cada uno de los difuntos, con la intención de que nuestras familias pudieran despedirnos en torno a las hogueras que simbolizaban a los auténticos salvadores de Chelemare.

Pregunté de nuevo por los otros diez hombres encerrados en la casa de la playa, me llenó de alegría saber que seguían sanos, parecían a salvo. La sabiduría de esta dama principal, emparentada con la sangre de Egantheós iba a salvar a toda la población de la isla.

Nos dispusimos a tomar la cicuta, pero justo antes de hacerlo una

luz iluminó la poca fuerza que me quedaba. Si vertían la cal, quemarían todos los manuscritos que narraban la historia de nuestro pueblo. Debíamos evitarlo. Aun agotados apilamos piedras en la escalera que bajaba hasta la habitación de los archivos.

Pedimos que nos trajeran argamasa. Nadie preguntó el motivo. Pensaron que el dolor y la muerte nos habían quitado la poca cordura que nos quedaba. Fueron llegando cubos con el mortero, hasta que el hueco estuvo lleno. No fue una gran obra, pero al menos los archivos quedarían a salvo y con ellos se preservaría nuestra historia.

Por fin ha llegado el momento. Antes de amanecer, los pocos que quedamos vivos tomaremos la cicuta y descansaremos.

Apenas puedo terminar estas líneas. Mi nombre nunca tuvo tanto sentido para mí como en esta noche. Mis progenitores me explicaron que era una palabra proveniente de las montañas más altas de Iberia, el pueblo de los Jacetanos. Mi nombre lleva conmigo una profecía. He sido el ser marcado por los dioses para traer la oscuridad y la noche en la llama apagada de Chelemare, una tierra amada y que me hizo feliz.

Nunca la isla había estado sumida en semejantes tinieblas, y si lo estuvo, no está escrito ni en tablillas, ni en pieles curtidas, ni papel. La brillante luz del solsticio de verano, fue la detonación del episodio más triste jamás escrito. No puedo recordar las caras de mis padres, ni la de mi adorado Theodorus, ni casi la mía deformada por las pústulas y el dolor.

Deseo reunirme con mi amado en algún lugar entre el fuego y el agua. Mi nombre es Nuey, “noche” en la lengua de mis padres, varón o hembra da igual quien lo lleve, vosotros decidís, pero dejadme que este último manuscrito lo firme como Nuey de Theodorus.

Chelemare, 23 días después del solsticio de verano.

Año 1640 desde la llegada a la isla.

Anno Domini 1340.

Olimpia

Olimpia harta de vivir en Ventolto y aburrida por no tener niños a quien enseñar, decidió coger los portantes y abandonar la sierra de Arisco. La vida en el pueblo cada vez se hacía más insufrible, pasaba hambre, el polvo se colaba por todos los rincones, la sierra antaño verde y fructífera, presentaba un aspecto desolador. Quince años atrás un desprendimiento cortó la carretera. Convirtió el camino difícil, en inaccesible, ese motivo y la falta

de nieve, hizo que la gente de la costa dejara de subir a Ventolto. El pueblo de la sierra se quedó sin visitantes volviendo a sus vecinos feos y ariscos como las montañas.

Cuatro años pasaron desde que la maestra pensó en huir y tomar la decisión, y sin saber por qué, una mañana lo hizo.

Se levantó de la cama, se miró en un trozo de espejo que tenía colgado detrás de la puerta de la habitación, recogió su ropa, algunos libros heredados de su antigua maestra que a la vez los había heredado de su predecesora, y sin echar la vista atrás se despidió de la casa como quien se despide de un amante aburrido

No se preocupó ni de lavar la taza del desayuno, ni de hacer la cama, –para qué–, pensó, –que lo haga quien venga a vivir aquí, ¡si alguna vez viene alguien! Ni siquiera cerró la puerta. Salió sin más y tomó el camino que bajaba a la costa, más tranquila y feliz que las cabras que pastaban por allí, tan indiferentes a la maestra como el resto de los habitantes. Solo una aliaga empujada por el viento se cruzó en su camino. Dejando de rodar se paró delante de ella y con un desprecio intolerante, hacía una persona de su categoría, siguió rodando sin ni siquiera pincharle.

-Hasta luego Doña aliaga –dijo con sorna y riendo por su propio chiste–. Bonito comité de despedida después de veinticinco años dejándome la piel y el sacro en las sillas de madera de este maldito pueblo. Ni un alma por la calle para decirme adiós.

Siguió bajando la cuesta. Cuanto más lejos menos le pesaba la decisión y más le cambiaba el mal humor por una nueva sensación de alegría. Sin darse cuenta y después de andar más de cinco horas tuvo que parar, no por agotamiento, sino por encontrarse con el camino cortado. Dio un gran suspiro y se sentó en un tronco que hasta le pareció confortable. Caído tras un desprendimiento tenía algunas ramas que brotaron del tocón y daban una

agradable sombra.

Sacó de un hatillo un poco de pan y queso rancio, que los antiguos alumnos por pena, piedad o agradecimiento le traían. Se dispuso a comer, pero al ver una piedra con formas parecidas a un rostro humano, inició una conversación.

–Buenos días, ¿usted gusta? –dijo ofreciéndole la escasa comida que tenía. La roca no contestó.

–Ya veo que es usted parca en palabras –continuó la maestra–. Menos mal, si llega a contestar me muero del susto. ¿No será usted muda?

La piedra ausente seguía callada

–Muda, o sordomuda, en ese caso no podremos hablar, ya que no conozco el lenguaje de signos. Claro, que también puede ser, tímida o simplemente mal educada. Usted se lo pierde, yo tengo una buena formación y podríamos hablar de temas muy interesantes. ¿Sabe que recientemente hubo una guerra en Europa? Hará unos veinte años, terminó en 1919. Afortunadamente aquí no notamos nada, pero madre, como llegaron los naufragos a Chelemare. Pobrecitos, tan jóvenes y con tanto dolor. Contaban cosas terribles, murieron miles de soldados, algunos casi niños...

Olimpia, con un gesto digno de un mimo profesional, volvió a ofrecer su comida a la piedra.

–¿De verdad no le apetece? El pan está un poco seco, pero el queso, aunque rancio, es sabrosísimo, me lo regalan antiguos alumnos que de vez en cuando vienen a verme. ¿No?, ¿seguro? Mire que me lo como. Usted se lo pierde, más habrá para mí.

Se cruzó de piernas, se cubrió la falda con una servilleta para no mancharse, dio un mordisco al queso y satisfactoriamente pensó que era buen momento para descansar y comer. Buscó en el interior del hatillo y dio un respingo.

–¡Vaya por dios, me olvidé el agua! ¿No tendrá usted por casualidad un poco? –dijo dirigiéndose de nuevo a la piedra–. ¿No? ¿Quizá conoce algún arroyo cercano? ¿Tampoco? En fin, no creo que quede mucho para llegar a la playa, llevo un buen rato andando.

Tomó un par de bocados, y persistente como las olas del mar en los acantilados, continuó hablando con la piedra.

–¿Está usted casada? Quiero decir si vive con alguien, no sé, un señor Peñasco o un don Granito. Yo estoy viuda, mi marido murió en un accidente en la sierra. Le echo mucho de menos, eso que ya han pasado cuatro años desde que me dejó...

Sacó un pañuelo escondido bajo la manga del jersey que llevaba, se secó una lagrimita que le brotó del ojo, hizo un mohín, dobló el pañuelo y lo volvió a guardar en el mismo lugar.

–¿Recuerda usted cuando hace años nevaba y la sierra estaba verde y frondosa? Mi marido y yo, por cierto se llamaba Calixto... ¿Sabe que etimológicamente Calixto quiere decir “el más guapo”? Es lo que tiene ser maestra, ¡qué sabemos hasta latín, en este caso griego! Pues eso, mi marido era guapísimo. El más guapo de la isla, tuvo buen ojo su madre al ponerle ese nombre cuando nació. ¡Ay, además de guapo era buena persona! En todos los años que estuvimos juntos nunca discutimos. Era muy educado el pobre, siempre atento a lo que yo decía, de pequeño casi no pudo estudiar, y tan callado... ¡ay!, –suspiró lánguidamente dejando escapar el aire como una rueda neumática que se pincha–, tan callado que... ¡Vamos que lo tenía todo! Pero sobretodo me gustaban sus silencios, tan llenos de mí, tan no sé... Me gustaba cuando callaba por...

–No me extraña que estuviera callado –dijo la roca harta del soliloquio de Olimpia– es que usted no deja hablar a nadie. Tiene hilo para rato. Hace hablar hasta las piedras más mudas. ¡Siglos! Siglos llevaba yo

callada y tranquila, pero es que si no hablo reviento. Por Dios, ¡cállese ya!

–Oiga, piedra, no sea impertinente, respete mi dolor –dijo la maestra como si tener un diálogo con una piedra fuera lo más normal del mundo.

Acercándose curiosa, le preguntó:

–Qué tipo de piedra es usted, ¿volcánica?

–No, soy una piedra plutónica –se animó a contar la piedra-, una rareza. Normalmente estamos a tres o cuatro mil metros de profundidad, pero una erupción volcánica o un terremoto, no recuerdo muy bien, esto pasó hace ya varios millones de años, me sacó a la superficie y aquí estoy. Charlando con usted tranquilamente.

–¡Ah, que interesante! Como sabe soy maestra y tiene usted toda la razón, a parte de una gran belleza, es una formación ejemplar. ¡Enhorabuena!

Olimpia con esos halagos se ganó la complicidad de la piedra.

–¿Va usted a la costa o solo está dando un paseo?

–Me voy a la costa. En realidad huyo de mis recuerdos y de Ventolto. La vida arriba cada vez es más miserable, no nieva, no llueve, todos pasamos hambre, la gente no se habla unos con otros, y como no nacen niños, llegará un momento que acabará desapareciendo. La última niña nació hace veintitrés años. ¡Figúrese!

–Pues es una pena era un pueblo muy bonito.

–Ya lo creo. Pero yo no aguanto más. Pensaba que la vida volvería a sonreírme, estuve a punto de marcharme tras el accidente de mi santo esposo, pero aguanté hasta hoy, que me he levantado y he dicho: ahí os quedáis. Y allí se han “quedao”. ¡Uy perdone, no le he puesto la “d” al participio pasado. Hace tanto que no corrijo a los niños, que hasta yo cometo errores. Pues lo que le decía, Allí se han quedado. Con “d”, Olimpia con “d” –se autocorrigió intransigente.

–Puedo preguntar como fue el accidente de su marido, si recordarlo

no le molesta

–Por supuesto que puede, es más, me vendrá bien hablarlo con una roca plutónica.

–Pues, no se corte. ¡Hable!

–Gracias

–Cuenta.

–Calixto y yo, solíamos pasear mucho por toda la sierra. Conocíamos senderos que estábamos seguros, nadie había pisado antes. Incluso hace años descubrimos una especie de altares, no sé, algún tipo de ruina arqueológica, que nos impresionó mucho. En invierno nos gustaba jugar con la nieve y en primavera siempre cogíamos flores, desnudos adornábamos nuestros cuerpos, corríamos salvajes y libres por lo más alto de las cumbres. Con ramas y piedras habíamos construido un pequeño refugio y en verano pasábamos días y noches enteras observando el cielo, el mar y las estrellas. Yo siempre le decía, “No volvamos a Ventolto, quedémonos a vivir aquí” Nos amábamos como adolescentes, reíamos y recolectábamos moras, espárragos, madroños... La vida era fácil y nos sonreía.

Mordió un poco de queso, trago el bocado, carraspeó y tomando aire siguió con su historia.

–De repente todo cambió. Hubo un mal parto en el pueblo. Empezaron las sequías y la gente perdió las ganas de vivir. Dejaron de nacer niños. Yo cada vez tenía menos trabajo y la tristeza embargaba mi corazón. Solo los paseos con Calixto ponían una chispa de alegría en mi vida. Una tarde subimos hasta lo más alto del acantilado. Está tan elevado, que antes de ver el mar de agua, se ve un mar de nubes. ¡Ay que tiempos! Hacía un viento terrible, Calixto resbaló y empujado por una fortísima ráfaga de aire, cayó por el acantilado. Primero hacia el mar de nubes y después oí como su cuerpo chocó contra el agua.

Hizo una pausa cambiando el tono de narradora por uno más triste y misterioso.

–Muchas noches ese ruido me despierta en mitad de la oscuridad. A veces oigo como si a lo lejos me llamara. Me levanto dormida, a ciegas le busco hasta que al despertarme me doy cuenta que se ha ido para siempre.

Olimpia dio un profundo suspiro, volvió a sacar el pañuelo de la manga del vestido, se secó las lágrimas y miró a la roca.

–¡Qué historia tan bella, y cuánto amor se desprende de ella! Gracias por contármela.

–Gracias a usted por escucharme. Nunca lo había hablado con nadie. Guárdeme el secreto.

–Lo guardaré. ¡Callada como una piedra!

Ambas se rieron por la ocurrencia de la roca plutónica.

–Bueno, tengo que seguir, cuando viva en la costa vendré algún día a visitarla, ha sido usted muy amable.

Se despidieron como grandes amigas y la maestra reconfortada siguió su camino. Anduvo unos pasos. Miró hacía atrás, y regresando por el mismo camino le preguntó a la piedra si podía pasar la noche con ella.

–El sol esta a punto de ponerse –le dijo– y no quiero que la noche llegue antes que yo a la costa.

–De acuerdo le dijo la piedra, por una noche seré su Calixto. ¡Quédese!

–Gracias

Se acurrucó junto a ella, y muy despacito le susurró al plutónico oído:

–Calixto a veces pienso que no te has ido, que te volveré a encontrar.

Besó a la piedra y se quedó dormida.

Por la mañana se despertó descansada, volvió a agradecer la hospitalidad a la piedra, y se despidió con un par de besos. La pétreo masa plutónica ni se inmutó.

Buscó la carretera, que tapada por el desprendimiento volvía a salir más adelante como los ríos que aparecen y desaparecen de sus cauces. Feliz se encaró hacia su nuevo destino. El aire traía el sabor del mar a sus labios secos por la falta de agua. Empezó a preocuparse por lo largo que se estaba haciendo el viaje, ya no tenía queso ni pan, y sin agua notaba como la lengua se volvía seca y áspera. Al girar en un recodo de la serpenteante carretera una higuera repleta de fruta le invitó a saciar su hambre y su sed. Fue prudente, comió cuatro higos y guardó cuatro más para el resto del camino. La fruta estaba fresca por el rocío de la mañana, bañada de diminutas gotas de cielo. Agradecida calmó su hambre y su sed. Con cada paso que daba, más segura se sentía por tomar lo que ella creía “la mejor decisión”. La carretera sin uso, cuanto más abajo más verde y florida se veía, ella en lugar de andar, corría cuesta abajo empujada por la gravedad terráquea. En la última curva, tuvo que parar en seco. En frente suyo el mar azul y una gran playa de arena dorada le abrían los brazos en señal de bienvenida. No lo pudo resistir. Sin mirar si había alguien cerca se quitó toda la ropa y desnuda, como hacía cuando vivía con Calixto, entró corriendo en al agua y se zambulló como las sirenas que Homero describía en la Odisea.

Sintió como el mar la hacía suya. Como las olas que chocaban contra sus muslos y sus pechos eran las manos de Calixto. El agua en su boca, burbujeaba como la lengua de su marido. Estaba enloqueciendo de placer hasta que un relámpago interior le hizo gritar como cuando él la poseía. Gritó loca. Gritó desesperada. Gritó extasiada. Esos gritos calmaron los años de soledad de Ventolto. Relajada se dejó flotar. Sus senos apuntaban

al cielo y pequeñas olas acariciaban su sexo. Se maldijo a si misma por los años de sequía emocional que había perdido cuando se cerró la escuela y no se atrevió a bajar a la costa, por más que lo deseaba. Sus ojos llenos de lágrimas no sabían si lloraban de placer o de dolor. Se dio la vuelta y consternada por tantas sensaciones nadó hasta la orilla.

Salió del agua, sorprendida vio como un grupo de personas la esperaban con caras de alegría, en señal de bienvenida. A nadie le preocupó su desnudez. Al ver la naturalidad con la que la miraban, ella no se tapó con la manos ni sus pechos ni su sexo. Despreocupada, como una ninfa hija de Neptuno, se acercó al grupo.

–Bienvenida a Chelemare, ¿cuánto tiempo hace que has naufragado? –preguntó la persona que parecía estar al mando?

La pregunta le sorprendió tanto que se quedó muda.

–No tengas miedo, le dijo, eres bienvenida. ¿Hablas nuestro idioma?

–Sí claro. Soy de la isla. Vivo en Ventolto y he bajado de las montañas para vivir aquí. Me estaba dando un baño. No quiero molestar. Solo busco un lugar para vivir y trabajar.

Un silencio incómodo reveló la novedad de la situación. Los náufragos venían siempre de tierras remotas de ultramar, nunca de las montañas.

–Me llamo Olimpia, soy, era –puntualizó–, la maestra de Ventolto. Llevo dos días de camino. Logré atravesar la carretera cortada por unas rocas y al ver el agua tan tranquila limpia y azul, no pude resistirme a un baño. Espero no haber hecho nada que perturbe vuestra paz.

–No, tranquila no has hecho nada malo. Soy Narmeria, actualmente la Principal de Chelemare. Eres bienvenida.

Vienes de las montañas, pero, como te hemos encontrado en el mar,

serás tratada como los náufragos. Además llegas en el mejor momento a la costa...

Tras una breve pausa la mujer continuó.

–...Me has dicho que eres maestra, ¿verdad?

–Sí –asintió sorprendida por el interés demostrado.

–Nuestra antigua maestra, está muy enferma y seremos felices de contar contigo para que ocupes su puesto. No hay nada mejor en la vida que estar a tiempo en la ocasión justa. ¿Esas son tus ropas?

–Sí –repitió Olimpia con otro monosílabo.

–Vístete o quédate como estás, si es tu gusto y acompáñanos. Somos el comité de acogida de los refugiados.

Olimpia, prefirió seguir desnuda a la comitiva y sentir esa sensación de paz interior que da la desnudez exterior. Se sentía feliz de mostrar libre su cuerpo que empezaba aparecerse más a las tres gracias de Rubens, que a la Venus de Milo.

Al pasar delante del faro, un escalofrío recorrió todo su cuerpo al reconocer en lo alto de la espadaña, construida ex profeso al lado de este, la campana de Ventolto que años atrás el sacristán malvendió a espaldas de las mujeres. El metal brillaba deslenguado y prepotente, seguro en su nueva ubicación. Sintió tanta vergüenza del origen de su nacimiento que dejó de andar para vestirse y disimular su confusión. Narmeria al entender qué le ocurría se acercó a ella:

–Sé que te sucede –le dijo–, no debes sentirte mal por ello. Los hombres que a veces presumen de ser el sexo fuerte, son más débiles e incapaces que muchas mujeres. Verás, aquí nadie ocupa un lugar que no merece. Si nos fallas como maestra, otra persona llenará tu hueco, la enfermedad de la vieja profesora nos ha cogido por sorpresa, los alumnos que estaba preparando aún no están lo suficiente maduros para asumir ciertos

cargos. Tu llegada no ha sido casualidad. La casualidad no existe. Todo lo que ocurre es la causa de nuestros actos. Tú has tomado una decisión y por lo visto ha sido la acertada.

La acompañaron hasta una casa con una puerta pintada de vivos colores que le daba alegre la bienvenida de nuevo.

–Esta es la escuela y la casa de la maestra, por la puerta blanca se accede a la vivienda, la de colores es la del aula.

Ofrecieron la antigua vivienda de la profesora, dándole las gracias por asumir el cargo con tanta rapidez.

–Si no estás cansada, mañana empezarías con las clases. Al ser de la isla no es preciso la cuarentena que hacemos pasar a los náufragos que vienen de fuera. Hay treinta y seis niños de distintas edades. En el aula encontrarás material, lápices, papel, libros y una silla vacía para que la llenes con tu responsabilidad.

–Muchas gracias, no esperaba tantos parabienes. Espero no defraudaros. Pero tengo una petición.

–Te escucho, dijo Narmeria, prestando atención.

–Me gustaría, si es posible, conocer a la antigua maestra. Si su estado de salud lo permite.

–Por supuesto, su enfermedad no es física, parece causada por alguna gran impresión. Hace tres días estalló una tormenta espantosa y no sabemos si la alcanzó un rayo, pero empezó a correr por toda la playa, gritando, que no se podía perder el gran tesoro que escondía el faro. Lleva así desde la tormenta.

–¿Crees que mi presencia la estorbará?

–No, todo lo contrario. Quizá al encontrarse con otra colega le pueda venir bien. Cámbiate de ropa, cenarás en mi casa y te presentaré a algunos ciudadanos de Chelemare. Después iremos a visitar a Paula.

La cena fue comedida, al contrario que en las mesas y cocinas de Ventolto, tenían pescado que no había comido antes. Brindaron con vino, y de postre tomaron higos macerados con miel y canela.

–Está todo exquisito, y el aliño de los higos es sorprendente, nunca había comido nada semejante.

–Miel y canela, Olimpia, solo miel y canela, una receta que tiene más de mil años de antigüedad.

Después de la cena se despidieron del resto de personas que les acompañaban y fueron a ver a Paula, la maestra enferma. Narmeria y Olimpia fueron paseando de la mano, según una antigua tradición practicada desde tiempos lejanos. Mostrando de este modo una señal de amistad y hermandad.

La casa hospital, estaba al final de una empinada calle y las vistas de la bahía desde allí eran espléndidas. Todo era paz. Todo era quietud. En el recinto solo había un naufrago que aún no se había recuperado y algunos ancianos que ya no podían vivir solos. La salud de los habitantes era excepcional. Saludaron a dos cuidadoras que en la puerta saboreaban la cálida luz del anochecer.

–Buenas noches venimos a ver Paula, ella es Olimpia, la nueva maestra.

–Buenas noches, llegáis en buen día, hoy ha estado especialmente tranquila. Nos ha pedido que la arreglásemos y la dejáramos bien guapa. Nos dijo que esperaba visita. No sabíamos que fuera de tan alto nivel.

La Principal y la nueva maestra se quedaron sorprendidas, ya que nadie sabía, ni siquiera ellas mismas, que iban a ver a la anciana maestra.

Cuando llegaron al aposento donde estaba, Olimpia se sorprendió del aspecto juvenil de la mujer. No aparentaba más de cincuenta años. Se acercó al oído de Narmeria y le dijo:

–Es una pena que una persona tan joven, esté incapacitada para enseñar. ¡Que injusta es la vida!

–¿Cuántos años crees que tiene Paula?

–No sé, pero no puede ser mucho mayor que yo.

–No conozco tu edad, pero te puedo decir que ella, cumplió hace dos semanas 127 años.

Al ver la cara de sorpresa de Olimpia, Narmeria se apresuró a decir coqueta y enigmática:

–No me preguntes la mía, ya que no te la diré. Pero Paula y yo somos, por edad, casi hermanas.

–¿Cómo es posible? Yo estoy casi en los cincuenta y parezco mayor que tú...

–Son los secretos de Chelemare. Hay algo en nuestros antepasados que hace al tiempo transcurrir a otra velocidad. Lástima que toda nuestra cultura se perdió en un incendio.

Al oír estas últimas palabras Paula empezó a gritar. “No hubo un incendio, el tesoro está en el faro. Buscad el tesoro, buscad la cultura. Todo está en el faro. No hay fuego, hay luz”.

Se levantado de la silla, y cogiendo a la nueva maestra por la solapa de la chaqueta, volvió a decir: “Hay luz, hay saber, id al faro. El tesoro está en el faro”.

Narmeria que ya había presenciado estos ataques en días anteriores, se llevó a Olimpia a otra habitación. La nueva maestra estaba muy impresionada. El ataque de locura o de lucidez de Paula, la asustaron hasta dejarla impávida y sin palabras.

– Lleva así tres días. El faro lleva siglos cerrado y en él solo hay ruinas y la solidez de su construcción que lo mantiene en pie. Hay una

persona asignada para la vigilancia, que le llamamos farero, pero ni siquiera vive allí. Cuentan que lo construyeron soldados y arquitectos de Alejandro Magno, –le dijo la Principal a Olimpia.

–¿Alejandro Magno? Imposible, él nunca llegó tan al oeste, ni él, ni sus ejércitos –dijo con la seguridad que le daban sus conocimientos de historia.

Sin querer entrar en polémicas, Narmeria calló dándole la razón a la recién llegada.

Bajaron hasta la playa cogidas de la mano, una sensación que a Olimpia le gustó y le daba seguridad, al llegar a su casa se despidieron con un beso en las mejillas. Narmeria le explicó que ya estaba todo dispuesto para que al día siguiente empezaran las clases. Fueron tantas las impresiones, que esa noche le costó conciliar el sueño. Casi al alba, arrullada por el mar cercano, se durmió.

Por la mañana cuando se despertó abrió la ventana del dormitorio y en el alfeizar un cuenco con leche, un plato con higos y otro con pescado le dieron los buenos días. Sonrió, lo metió en la casa, se comió los higos y la leche que tenía un sabor totalmente distinto a la de cabra y tapó el pescado con un plato para evitar que las moscas acudieran a él. Se lavó la cara, se puso ropa que encontró en el armario, se atusó el pelo y abriendo la puerta que comunicaba el salón con el aula saludó a los pupitres y al resto del aula:

-Buenos días aula. Buenos días pupitres. Buenos días pizarra, tizas y borrador. Buenos días mesa y silla. Soy la Señorita Olimpia, la nueva maestra. Sed bien hallados.

–Buenos días Señorita Olimpia, contestaron todos a coro.

–¡Madre mía, que bien educados estáis! ¡Qué gran trabajo ha hecho Doña Paula.

–¿Doña Paula? Ja, ja, ja, rieron todos los pupitres a la vez. ¿Qué significa doña?

–No sabéis que significa “doña”

–Nooooo, contestaron los pupitres.

–Bueno, a ver como os explico esto...

–Disculpa Olimpia, -dijo la pizarra que era el objeto más antiguo que había en la escuela, pues tenía los mismos años que las paredes.

–Por lo poco que yo sé, aquí en Chelemare, no tenemos palabras de tratamiento. No existe, señor, ni señorita, ni don, ni doña. Todos somos iguales, desde la Principal hasta el último niño recién nacido. Todos somos necesarios, pero nadie es imprescindible. El respeto no lo dan las palabras, sino la actitud al pronunciarlas.

Hubo un silencio incómodo, ante la pausa, la pizarra continuó:

–Nunca se han usado esos términos. Es muy fácil. Se te ve lista. Lo aprenderás enseguida. Otra cosa –siguió diciendo la pared encerada, forzando la entonación para resaltar el último consejo– aquí en la costa, todos aprendemos de todos. Tú enseñas a unos, y otros te enseñan a ti. Hoy me ha tocado a mí, a una pizarra, explicarte como se trata y se habla a los vecinos de Chelemare, ya sean niños, adultos o ancianos, otro día, espero que sea al revés, que seas tú la me que enseñe a mí. Ya verás que gran impresión se van a llevar los alumnos cuando aparezcan y vean como te diriges a ellos, serás amada, respetada y escuchada.

–¡Oh!... –dijo pensativa, y hablando para si misma dijo en voz baja: “donde fueres haz lo que vieres” .

... –Gracias así lo haré.

Salió del aula, cerró la puerta, volvió a abrirla entrando de nuevo, y con gran alegría y dijo:

–Buenos días, soy Olimpia.

–Buenos días –rieron todos los pupitres de la clase saludando al ver lo rápido que aprendía la nueva maestra. Pidió permiso a la silla para sentarse, y feliz y agradecida esperó a los alumnos.

–¡Psst, psst! –chistó el borrador, si no abres la puerta, no podrán entrar.

–¡Madre mía que despistada! ¡Gracias! Son los nervios del primer día –Le dijo al borrador dándole un beso de agradecimiento que le dejó una marca blanca en la punta de la nariz.

Abrió la puerta y allí estaban en fila los treinta y seis alumnos esperándola formados de menor a mayor, en perfecto orden y silencio.

–Buenos días dijo ella.

–Buenos días Olimpia –dijeron todos a la vez.

¡Vaya, pensó! Como corren las noticias. ¡Ya saben como me llamo!

Se dirigió a la pizarra y empezó a escribir la fecha del día. Al pasar la tiza por la superficie negra, le pareció que la pared se retraía, debido a las cosquillas que el yeso le producía.

–No aprietes tanto que me haces cosquillas –susurró la pizarra muy despacito.

–Perdón –dijo Olimpia algo confusa, los objetos no solían hablarle cuando estaba rodeada de más personas.

–¡Ah! Y límpiate la nariz –pero eso ya lo dijo tan bajito que casi no lo oyó–,te has manchado con el borrador.

–Gracias –contestó Olimpia agradecida, mientras en la pizarra escribía:

Chelemare, 5 de Febrero de 2240 D.N.

Una vez superado los primeros nervios, el día transcurrió sin

ninguna novedad. Los alumnos eran espabiladísimos.

Por la tarde, después de comer el pescado que asó en una parrilla, y de dormir una buena siesta fue ver a Narmeria, para agradecerle la casa, la escuela, los niños, la comida y lo feliz que se sentía. De nuevo pidió volver a visitar a Paula.

–¡Qué gesto tan bonito! ¿Quieres que te acompañe? –dijo la Principal

–Me encantaría Narmeria, y si pudiéramos ir de la mano, como ayer –rogó– me haría inmensamente dichosa. Hace tanto que no siento el contacto de otro ser humano, que tu compañía fue un bálsamo.

Le tendió la mano, y ambas ascendieron hacía los pinares donde estaba situada la casa hospital.

Al llegar arriba, se sentía invadida de amor. El aire puro, las vistas, la compañía femenina, y la amabilidad de todos, fue la mejor medicina que su cuerpo y su alma podían tener. Al entrar las cuidadoras, anunciaron que la anciana maestra había empeorado. Por la noche solo decía disparates acerca del faro y su tesoro. Al llegar junto a su cama, comprobaron que Paula a los 127 años, había fallecido.

–¡Tan joven –suspiro Narmeria!”

Estuvieron un rato velando el cadáver. Por la mañana la sumergirían en la bahía frente a la playa llamada de las Quince Piras, nombre extraño para una hermosa playa, pero que nadie sabía muy bien el motivo del mismo. Lo más curioso era que en mitad de la misma, había un cuadrado casi perfecto de cinco metros de lado, que por algún extraño misterio allí nunca crecía nada. Los días que soplabla viento se cubría de arena, pero igual que tapaba el terreno, cuando se calmaba y el aire se dirigía hacia las montañas o mar

adentro, el terreno volvía a su estado natural. Alrededor del cuadrado, quince círculos lo rodeaban permaneciendo igual de baldíos, secos y estériles que el primero. Una geometría que los alumnos de la escuela aprovechaban para aprender los cálculos del círculo, el radio, el diámetro, la hipotenusa, la diagonal... que Chelemare, con su sabiduría les ofrecía a sus habitantes más jóvenes. La bahía estaba tan unida a la población, que dejaba ir a una maestra mientras otra ocupaba su lugar.

Al salir de la habitación de Paula, Narmeria preguntó por la salud de uno de los pacientes.

–Es un náufrago que apareció medio muerto hace cuatro años –le explicó la Principal a Olimpia–. Nos costó mucho recuperarlo, pero con la ayuda de todos le hemos revivido. Le llamamos “pajarito”, por lo desvalido que llegó arrastrado por la corriente. Incluso llegamos a creer que arribó a la costa muerto.

–¿Cuatro años? –preguntó Olimpia intrigada.

–Sí, aproximadamente.

Hubo alguien –siguió narrando– que quiso llamarle “El náufrago más hermoso del mundo”, por la belleza que traía en su rostro a pesar de la lividez envuelta entre algas...

La nueva maestra tras cada palabra que escuchaba iba perdiendo más y más color.

...–pero en cuanto lo recuperamos empezó a piar.

Olimpia, empezó a sospechar lo insospechable. Estaba a punto de desmayarse, mientras su amiga iba relatando la historia del penúltimo náufrago llegado a la isla....

–Lleva cuatro años diciendo: “pío, pío, pío, pío”

–No, no. No dice “pío, pío”, dice pía, pía –corrigió una de las cuidadoras a Narmeria, mordiéndose la lengua para no reírse.

A punto de desmayarse, Olimpia tuvo que sentarse en una silla. Asustados por su reacción le trajeron un vaso de agua. No podía ser verdad lo que estaba narrando la Principal.

Pidió que la llevaran a ver al náufrago. Al levantarse sus piernas flaquearon, las cuidadoras tuvieron que sujetarla para que no se cayera al suelo. Tambaleándose llegó hasta el paciente, sacando fuerzas de donde ya no le quedaban cayó arrodillada ante él. De pronto poseída por un llanto enloquecido se tendió sobre su regazo, y ante la sorpresa de los presentes, empezó a gritar entre hipidos salvajes, “listo, listo.”

Ni Narmeria ni las cuidadoras entendían nada. Las tres se temían que algún hechizo hubiera caído en la escuela con la última tormenta que enloqueció a Paula y finalmente la mató, y ahora Olimpia le iba a la zaga. Enajenada en su propio llanto y abrazada a un náufrago desconocido parecía que iba a seguir el mismo camino de la locura. Perder a dos maestras en menos de una semana era algo que el pueblo no se podía permitir.

Intentaron arrancarla de los pies de “Pajarito”, pero parecía que se había enraizado al pobre hombre. Olimpia no dejaba de gritar “listo, listo” y el náufrago no dejaba de piar: “pía, pía, pía”. No había forma de separarles. Ni los hombres más fuertes lo lograron. Trajeron dos onagros para que tirasen de ella, pero tampoco dio resultado.

Lloraron tanto ambos dementes, que se formó un charco que acabó siendo un arroyo, que al llegar a la playa era un río.

Cinco días con sus cinco noches estuvieron llorando. Por delante de ellos pasó todo el pueblo, se turnaban para no dejarles solos y sobre todo para saber como acabaría aquel desafortunado encuentro. Las clases tuvieron que suspenderse. Y los dos locos no se atenían a ningún estímulo que llegara desde fuera de la telaraña que ambos habían tejido.

Por fin al quinto día, al oír la voz de su amiga Narmeria, Olimpia se

separó ligeramente del regazo del naufrago.

-Olimpia, amiga mía, di algo, no puedes seguir así. Subiste muy feliz a ver a Paula, te has perdido su entierro, los niños te esperan para que les enseñes todo lo que sabes. Eres la maestra. Te necesitan. Todos te necesitamos –dijo suplicando-. Mira te he traído higos con miel y canela, y un vasito de leche de onagro, sé que te gusta...

Olimpia, muy despacio pero sin soltar las piernas del náufrago, giró la cabeza como si despertara de un profundo sueño. Las lágrimas derramadas habían dibujado dos hondos surcos, como los ríos desgastan las rocas formando profundos cañones de piedra erosionada. Parecía que en cinco días había envejecido cincuenta años de lo enjuta que se quedó de tanto llorar.

Miró a Narmeria y al resto de los que allí estaban reunidos, aún tardó un rato en hablar. Lo primero que sus labios dejaron oír fue un levísimo suspiro en forma de agradecimiento.

-Gracias Chelemare, gracias Narmeria, gracias a todos por haber cuidado de este hombre. Este naufragó desconocido, cayó por los acantilados de la sierra del Arisco hace cuatro años. Igual que yo somos náufragos de Ventolto.

Paró de hablar, respiró profundamente, cogió al naufrago de ambas manos y apretándoselas, como si quisiera fundirse en ellas, mirando sus ojos agotados de buscar en el infinito a la persona amada dijo:

-No se llama Pajarito, se llama Calixto, es mi marido. Yo le llamé cariñosamente. “Listo” y él a mí “Pía”.

Todos exclamaron un profundo “oh”, que en lugar de salir de sus bocas como un aliento de vida, inhalaban hacia adentro, hacia sus corazones.

Olimpia, más sosegada continuó hablando.

-No estaba piando, me llamaba. Gritaba mi nombre y yo he estado sorda cuatro años sin oírlo. Gritaba con su voz y con sus ojos me buscaba,

yo, ofuscada por miedos y por el que dirán si abandonaba las montañas, he sido incapaz de socorrerlo.

Narmería no salía de su asombro. Olimpia volvió a agarrarse a las piernas de Calixto. Y derrotada como una piedad que acaba de perder a su hijo descansó su cabeza en su marido reencontrado. Poco a poco lograron levantarla y acercándole una silla le sentaron junto a él. La maestra volvía a naufragar. Pero esta vez no en el mar o en las montañas de la sierra, sino en el alma de su marido, que parecía varada en un mundo ignoto detrás de sus ojos.

Trajeron dos sopitas calientes que apenas probaron. El marido seguía diciendo: “Pía, Pía...” y Olimpia, no hacía más que darse golpes de pecho por haber tardado cuatro años en oír la voz, que desde la costa le llamaba, subiendo por el valle, encontrándose con las rocas plutónicas que no la detenían y ascendiendo entre cabras y aliagas, hasta la puerta de su casa. Ahora había encontrado la voz amada que Ventolto le había robado.

Dos días más pasaron en este estado de enajenación. De vez en cuando se miraban y se decían el uno al otro “Listo”, “Pía”...

Narmería, tenía que tomar alguna decisión, no podía permitir que la maestra perdiera la cabeza. Recordó como a Olimpia le gustaba pasear con ella de la mano, así que entró en la habitación y con la voz más dulce que pudo encontrar en su interior la llamó por su nombre y le tendió su brazo.

-Olimpia, ven conmigo, quiero enseñarte algo.

La maestra se levantó de la silla sin muchas ganas, cogida de la mano de la Principal, fue desenganchándose de la de Calixto como si estuviese materialmente hilvanada la una a la otra, descosiendo los pespuntos dejando detrás el rastro de las hebras de hilo. Deshilachándose de un ser para coserse con otro. Así, cogidas de la mano, se la llevó hasta la puerta de la casa hospital.

-Olimpia –dijo Narmería– este es tu nuevo hogar. Mira, la bahía

que abraza Chelemare protegiéndola de las grandes mareas. Mira las barcas de colores que flotan tranquilas en sus aguas. Mira el faro y los cristales de las salinas como espejos que necesitan rostros bellos que reflejar. Recuerda la playa donde desnuda te bañaste el primer día y su arena cálida, suave y dorada que te cobijó.

Observa como destaca la puerta de la escuela con sus brillantes colores. Tú has sido durante dos días parte de toda esta belleza. Has calado muy hondo en los corazones de los niños. Ellos te necesitan y te quieren. Chelemare te necesita.

Podemos salvar a tu marido, pero debes ser tú quien lo haga. Todo está en tus manos, tu futuro, el de Calixto y el nuestro. Solo tu amor por tu marido nos puede ayudar. Pero solo puedes hacerlo si eres consciente de la realidad en la que vives.

Narmeria soltó de la mano a Olimpia, con las suyas volteó su rostro hacia su cara, y con la delicadeza que solo las mujeres sabías saben tejer, la besó en los labios.

–Olimpia, no soy yo quien te besa, no son mis labios, el que lo hace es Calixto.

Al oír el nombre del marido, la maestra besó profundamente a Narmeria. Cuando sus lenguas se encontraron Olimpia viajó a las primaveras felices de Ventolto, a sus días desnudos con sus cuerpos cubiertos de flores, de este modo recuperaba a Calixto a través de una boca ajena.

Abrió los ojos y lejos de asustarse al comprobar que no era a su hombre a quien besaba, sino a su amiga, le dio las gracias y besándola esta vez en la frente se separó de ella recuperando de su interior a la maestra que dejó Ventolto y bajó a la costa a buscar una nueva vida.

–Narmeria ¿Qué ha ocurrido?

–Has tenido un profundo shock al descubrir que tu marido no ha

muerto. Pero parece que te hemos recuperado.

–¿Es verdad?, y él ¿cómo está ahora?

–Está bien pero sigue en un mundo desconocido...

Olimpia se entristeció al oír las palabras de su amiga.

...–hay solución. Tranquila. Pero sólo tú con el amor que le procesas lo puedes recuperar. Chelemare, posee unas semillas divinas que han perdurado en el tiempo desde que los primeros pobladores de la isla las trajeron de lugares desconocidos. Generación tras generación los principales de la isla hemos sido sus guardianes. Solo son efectivas cuando se utilizan con amor y para promover el bien de la isla. Me ha costado un gran esfuerzo convencer a la Asamblea de las Semillas para entregártelas, su mal uso no solamente no es efectivo sino que trae calamidades desconocidas.

Narmeria tomó aliento para seguir con sus palabras de ánimo y consuelo

–Pero yo creo en ti, Olimpia. Creo en el amor que sientes por Calixto, creo que eres una buena maestra y que Chelemare te ha elegido para que eduques a nuestros hijos. Por este motivo en esta bolsita de cuero te traigo las semillas. Debes hacer una infusión con ellas. Cuando esté templada dásela a tu marido.

–¿Y si no sale bien? ¿Y si traigo desgracias a la costa, como las que ahora están pasando en las montañas?

–Confío y creo en ti. Si no sale bien, yo seré la más perjudicada.

Olimpia se dirigió a la cocina de la casa hospital aturdida por todo lo que había ocurrido; el beso de Narmeria, los recuerdos tan vivos de las montañas, el estado de salud de Calixto, la confianza que habían depositado en ella. Era todo muy abrumador. ¿Estaría a la altura que esperaban la Principal y la Asamblea de las Semillas?

Dos lágrimas recorrieron la nueva orografía de su rostro y cayeron

justo en la infusión. Cuando estuvo templada se la acercó a Calixto. Al ver a su esposa, él solo dijo, “¡Pía!”

Un dolor inenarrable golpeaba su pecho al volver a ver a su amado en ese estado. Empezó a llorar. Todos temían que un nuevo torrente apareciera en la colina. Calixto, asió la taza, con las manos temblorosas y la mirada perdida, dio un pequeño sorbo, tanteando la temperatura y el sabor de la infusión. Miró a Olimpia y despacito fue consumiendo el brebaje. Devolvió la taza vacía a su mujer, cerró los ojos y suspirando, dijo:

– Olimpia, gracias por el té. Durante unos segundos permaneció así. Callado, disfrutando del sabor en silencio y en paz, se puso de pie y la abrazó tan fuerte como para no volver a perderla nunca más.

–Pía, cuanto tiempo sin tenerte, ¿dónde hemos estado?,¿qué ha pasado?, ¿quién es toda esta gente?

–Tranquilo Listo. Hemos sido náufragos. Pero Chelemare, nos ha acogido y nos ha salvado.

–¿Entonces no estamos en Ventolto? –preguntó sorprendido.

–No. Ahora nuestra casa y nuestra vida está aquí, en la costa. Y estos son nuestros vecinos.

Calixto, se apartó un poco del abrazo que lo unía a su mujer. Narmeria, los miembros de la Asamblea de las Semillas y las cuidadoras, no podían reprimir las lágrimas.

–Ellos te han cuidado durante cuatro años, mientras yo te añoraba en las montañas. Hasta que por fin tomé la decisión de abandonar Ventolto. Ahora soy la maestra de la escuela...

–Gracias a todos –dijo Calixto dirigiéndose a los que allí estaban. Espero poder formar parte de Chelemare y devolveros lo que habéis hecho por mí, por nosotros.

–Chelemare tiene maestra –dijo Narmería– sed bienvenidos. Ese es el mejor agradecimiento que podéis dar a nuestro pueblo. La educación de sus hijos. Olimpia, la escuela te espera, tus alumnos ya te echan de menos.

Olimpia con una gran sonrisa cogió de la mano a Narmería y a Calixto y encabezando una pequeña comitiva bajaron todos hacia la playa.

La escuela volvía abrir sus coloridas puertas y las aguas de la bahía se alegraban de haber traído nuevos náufragos a la isla.

Pasaron los días, Calixto enseguida aprendió las artes de pesca y poco a poco iban recuperando sus vidas.

Una mañana la campana del faro tocó arrebato. En la sierra del Arisco había nevado.

Sobrevivimos

Chelemare 19 de Septiembre de 2019.

Querido Jorge:

Te preguntarás por qué después de un año de mi desaparición te llega esta carta a tu casa en lugar de mandarte un whatsapp, un e-mail, un twitter, o la impertinencia electrónica que se te ocurra. Muy sencillo, donde estoy no tengo cobertura. Ni cobertura, ni móviles, ni mi iPad, ni el portátil. Estoy, estamos, luego te iré dando más pistas. Quiero que leas la carta con atención y si en la primera línea te digo con quien estoy, no vas a seguir leyendo. Así, pues tendrás que esperar, o leer el final, lo cual me parecería una grosería por tu parte y te perderías alguna jugosa anécdota que quizá te cuente. Ya sabes lo abierta que yo soy con el tema de mi vida.

Te escribo porque es la única dirección que recuerdo completa con el nombre de la calle, el número de la puerta, el piso, el código postal, etc. Desde que tenemos tanta memoria electrónica, la mental, al menos la mía, no recuerda ni un número de teléfono. También, y espero que esto no te cree problemas, a través de esta carta, declararte heredero universal. Tendrás que llevarla a un notario, no sé si servirá de mucho, pero para que hacienda se quede mi casa del Sardinero prefiero cedértela a ti. ¡Claro!, ahora que lo pienso, ¡tienes las llaves! Querido haz lo que te plazca. Como dijo Clark

Gable en *Lo que el viento se llevó*: “Me importa un bledo”. Igual ser heredero te causa más problemas que ser ocupa. Este país es así. Cuando estábamos casados siempre te gustó esa casona. Es tuya. Pero bueno, ¡como soy! aún no te he contado lo que me ha ocurrido. Que sepas que estoy viva de milagro.

Sabes que desde pequeña siempre me ha gustado hacer dibujos en sitios imposibles. En piedras aprovechando sus relieves, (tiene que quedar alguna en la casona del Sardinero, si te apetece, búscalas, te las regalo.) En los platos, ¡menudas broncas me he llevado de mi madre por rayarle la vajilla de porcelana! En los zapatos, en las suelas de las botas, siempre inventaba laberintos, quizá por esa razón acabé siendo arquitecta, no sé.

¿Recuerdas cuando nos conocimos? Con mi lápiz de labios y mi eyeliner dibujaba mapas en tu cuerpo. Pasando de uno de tus pezones al otro como si fueran dos islas y mis dedos una barca a la deriva. ¡Que tiempos de belleza intemporal! Por cierto, la última vez que te vi, aun te conservabas de maravilla. Ya has entrado en la sesentena, ¿verdad? ¡Ay que ver cómo pasan los años!

No te cuento todo esto para rellenar el papel, creo que es importante que evoques estos detalles, para que comprendas cómo pasó todo. ¿Recuerdas como me abstraía horas y horas dibujando mapas y rutas en tu cuerpo? Incluso dibujé algún que otro proyecto arquitectónico de final de carrera, cuando de repente, después de hacer el amor, se me ocurría alguna idea. Querido, ¡eras tan inspirador!

A lo que iba: hablé contigo el pasado 31 de agosto de hace un año. Quería que regaras las plantas ese mes de septiembre durante mi ausencia. ¿Lo has hecho, verdad? Si no da igual. ¡Que se sequen! ¡No las volveré a ver! Aunque claro, es una pena que se mueran. Estaban preciosas.

Después de parar un par de días en Madrid, quería volver a ver el Museo Sorolla, tengo esa debilidad en mi carácter ya lo sabes. Llegué a Cádiz, bueno debería decir, llegamos a Cádiz, mi amante y yo, el 2 de Septiembre.

Es de secano, pero tiene el carné de patrón de barco. Me propuso alquilar un velero y desde la tacita de plata llegar a Santander. Pasar allí unos días conmigo y luego regresar a Madrid. Ahora con el Ave el viaje es un suspiro.

Nunca pensé, después de nuestros diez años de amor, que una persona me hiciera tan feliz. A punto de acabar la década de mis cincuenta descubro el punto G, el H, y creo que todo el abecedario conducida por sus expertas manos. No es que tú fueras un mal amante. Eran otros tiempos y lo de ahora es otra cosa, es nuevo, espero que no te escandalice. Sé, que no lo hará.

A mi amante, hace dos años que nos conocemos, la idea de circundar la península siempre le había hecho mucha ilusión. A mí me daba un poco de miedo, ya sabes que yo soy más de barco grande. Cruceritos, buenos bufets y por las tarde un spa mientras desde la camilla de masajes ves como se pone el sol. ¿Cuántos cruceros hicimos juntos? ¿Veinte? En fin, al final me convenció. Alquilamos un velero, antes, tuve que hacer un pequeño curso para aprender a manejar el barco e ir de segundo de a bordo. La verdad, fue muy interesante y conforme pasaron los días y se acercaba la fecha de zarpar más ilusión me hacía el periplo.

El 4 de septiembre, salimos de Cádiz de madrugada, rumbo suroeste. Me acordé de nuestro primer crucero hacia Las Palmas. Te costó convencerme, pero hijo, menuda droga dura, luego no me quería bajar de los barcos. Cádiz desde la bahía es mágica y desde un velero, una sensación bellísima e inenarrable.

El primer día empezó un poco movido. El estrecho de Gibraltar es salvaje, pero en cuanto doblamos el cabo de San Vicente, el viaje mejoró mucho. La primera noche fondeamos en una calita preciosa protegida por una gran roca y al amanecer nos bañamos en unas aguas tan transparentes que daban ganas de bebérselas. Hacía tantos años que no me bañaba desnuda que eso acabó encendiendo todos mis motores. No te molesta que te cuente estos detalles, ¿verdad? Seguro que no. Seguro que también te trae recuerdos de nuestras primeras escapadas desnudos a la playa de Pals en Gerona. Antes no me importaba que me vieran al natural, ambos podíamos competir con Apolo y Venus. Ahora cuanto menos luz mejor. Yo como los políticos, sin luz ni taquígrafos.

Mi amante y yo pasamos el día y la noche con el velero fondeado frente a la costa. Casi salvajes. Casi libres. Dormir en alta mar es fantástico. El velero de unos nueve metros de eslora, tenía un camarote bastante espacioso, nevera, cocina, un pequeño baño y fuera, en la popa, una ducha de agua dulce. Un sencillo lujo, pero que sabía a gloria. Antes de embarcar llenamos la nevera de champán, francés por supuesto. Ya sabes que yo solo lo tomo si es de la Galia, como diría Julio César. El efecto del alcohol y un buen jamón de Huelva fue lo mejor que me pudo pasar en años. Te lo recomiendo, pero no en un restaurante de Santander o Madrid, en alta mar, mecido por las olas y un buen amante.

La noche fue tranquila, antes de amanecer zarpamos hacia Lisboa y navegamos hasta Porto Covo. Hicimos noche otra vez frente a la costa. Baños, champán, pescado fresco que compramos a unos pescadores en la misma playa y amor, mucho amor. Otro día de navegación, a veces a motor a

veces a vela. Otro fondeo al final de la tarde, tan cerca de la playa que fuimos a la costa a nado. Y por fin, al día siguiente, después de navegar desde el amanecer, por la tarde arribamos al estuario del Tajo. La entrada a la ciudad cruzando el puente por debajo con un pequeño velero, es impresionante. A estribor el Cristo Redentor, y a babor Belem, con su monasterio de San Jerónimo y sus deliciosos pasteles. Tuve el capricho de dormir en un hotel, mi cuerpo poco habituado a manejar aparejos y mover la génova y la mayor, me lo agradeció. Convencí a mi amante para quedarnos un día más. Lisboa, siempre me emociona. ¿Recuerdas cuando íbamos a oír fados y comer “bacallau” a esa tasca del Bairro alto? Intenté buscarla pero me perdí varias veces y al final entramos en un restaurante que tenía unas vistas espléndidas, comimos un arroz caldoso que estaba delicioso.

Al día siguiente zarpamos de Lisboa antes del amanecer. Al llegar a mar abierto un espectacular sol nos daba la bienvenida. Decidimos adentrarnos un poco más en alta mar. El agua es de un azul cobalto que ya lo quisiera Klimt para sus cuadros. No es por menospreciarlo, sabes que adoro a Klimt y su azul único y brillante.

No recuerdo muy bien cómo ocurrió todo. Y he aquí el motivo de esta carta. El velero, ¡ah, por cierto!, estaba bautizado como “Alba azul”, ¿no te parece un nombre encantador? El velero estaba demasiado alejado de la costa para fondear. Confiamos en la calma chicha que reinaba a mediodía y aquí se desencadenó todo. Empezamos a beber champán sin moderación, yo aguanto mucho la bebida, ya lo sabes. Si alguna vez me meten en una UVI, que en lugar de suero me inyecten ese néctar en vena. Seguro que muero antes, pero moriré feliz. Perdona, me voy a centrar.

Empecé a hacer dibujos obscenos en la piel de mi amante con el champán. Pequeños arroyos se deslizaban por sus pechos que iban hacia su

abdomen y formaban una pequeña laguna en su bajo vientre. Me enloqueció beber el champán de esa manera. A veces cuando no podía absorberlo todo, se iba entre sus piernas, me decía que le escocía, pero con estoicismo, aguantaba las burbujas que se colaban a través de su vello púbico. Estuvimos horas con ese juego. Primero fue mi amante el lienzo, y luego fui yo, la amada, su tablero de dibujo. Dejaba caer entre mis omóplatos el líquido helado desde lo alto. El contacto del frío con el calor de mi espalda ligeramente quemada por el sol, era uno de los efectos más afrodisíacos que he sentido nunca. Bebía en los huecos que mi dorsal forma antes de empezar mis nalgas. Te puedo asegurar querido Jorge, que jamás he sentido placer semejante. A media tarde nos quedamos K.O.

El sol y una resaca demoledora nos despertaron justo al ocaso. Incluso con un atronador dolor de cabeza disfrutamos de ese espectáculo que nos regalaba el final del día. Mareadas nos levantamos de la bañera del velero para izar las velas. Yo me asusté, no se veía la costa por ningún lado. “No te preocupes”, me dijo con su buen hacer de patrón de barco. “Encendemos el fuera aborda y con las velas izadas aprovechamos este viento de popa y nos ponemos en la costa en unos minutos. Mientras preparaba el motor, me dijo que le alcanzara el plotter portátil para encender el Gps y poner rumbo fijo hacia la península. Justo ahí empezó todo. El mar se movía más de la cuenta, no te puedo decir si por mi borrachera, ¡Uy, que mal suena esa palabra!, quiero decir, si por mi embriaguez, así mejor ¿no?, o porque el mar cada vez se agitaba más. La cosa es que al darle el plotter, tropecé con un cabo, y se me cayó al agua. Me quedé muerta. Ojiplática. Alucinada. Muda. Muda yo. Por la boca de mi amante, salió todo tipo de fauna invertebrada, anfibios y

algún que otro cuadrúpedo. Pasé de amada a odiada en un clic. Luego se disculpó. Si hubiera sido al revés, ni me hubiera callado, ni me hubiera disculpado. Tirar el plotter por la borda, casi de noche, mientras el mar se rizaba, y el motor no arrancaba, era lo más cerca del asesinato que yo nunca había estado. Por supuesto era a mí a quien me iban a dibujar la silueta con tiza en la cubierta del velero. Por eso te quería recordar lo de los dibujos en la piel. Si no me hubiera empeñado en diseñar con champán su vientre, su sexo, sus pechos, sus muslos, y luego ella los míos. Esto no habría pasado.

Si Jorge, sí, has leído bien. Ella. No, no es un error del corrector. Esta vez no hay un él. Mi patrón de barco es ella. Es sensible, guapa, algo más joven que yo, (no llega a los cuarenta). Yo con cincuenta y algunos soy como la fruta madura, hoy exquisita, pero mañana hay que ponerla en oferta, si no se pasa.

Conocí a Lucía en un congreso de arquitectura en Las Palmas. Ella es aparejadora y presentó una ponencia sobre nuevos materiales. Después de la misma, hubo un cóctel, me presenté le di la enhorabuena por la charla y con un grupo de gente, bueno te soy sincera, dos maromos grancanarios que quitaban el hipo, nos fuimos de cena. Y... otra vez el champán. Sí, galo, por supuesto. Uno de ellos era Ayose. Cuarentón, bronceado, en fin, no voy a entrar en detalles, para no ponerte nervioso. Un señor, además de guapo, elegante. Podría ser el chico de la portada del año, en www.maromos.com. Yo ya me veía como Scarlet O'hara en brazos de Red Butler. Pero hijo, no fue así. El maromo estaba casado, que suerte tienen algunas pensé, y al día siguiente, el descendiente de los grandes Guamartemes canarios, cogía un vuelo de madrugada de vuelta a Estocolmo. Es allí donde vive con su mujer.

Salió la conversación del mar, de los cruceros, de los veleros, etc. ¡Yo me veía navegando con Ayose por los mares del sur! ¡Que decepción!, y

repito, ¡qué suerte tienen algunas!

Como insistía tanto con los cruceros, ya sabes Jorge lo pesada que me pongo cuando empiezo con el tema, me dijo que eso no era navegar. Que si quería navegar de verdad, montara en un velero.

Sacó un llavero se lo tendió a Lucía, y le dijo: “Mañana pasáis del congreso y la llevas hasta el puerto de Mogán. Si tenéis tiempo os acercáis un poco más al oeste y os podéis bañar, en Güi Güi, la playa más salvaje de Gran Canaria”. ¿Pero eso no es peligroso le pregunté? Lucía, conocía a Ayosé y la isla de otras veces y enseguida tomó la delantera. “No. Si el tiempo acompaña, es increíble”, dijo ella. “Podemos encontrar un poco de viento en Arinaga, pero nada que yo desconozca. Seré prudente”. ¿Nos vas a acompañar?, le pregunté a Yeray, el otro espectacular aborígen. “Estaría bien, para manejar un velero hacen falta dos personas”, me contestó. “Si no os importa será un placer ir con vosotras”. Lucía puso cara de pocos amigos, pero yo deseosa de ver a Yeray en bañador, el chico prometía, dije encantada que de ningún modo zarparíamos de Las Palmas sin capitán. “Grumete”, corrigió, “el patrón, será Lucía. Parece que conoce muy bien la isla”.

Así fue, al día siguiente salíamos de Las Palmas rumbo al sur y luego al oeste. Del mismo modo que enloquecí con los cruceros, igual me pasó con el velero. Al final del día amarramos el barquito en Puerto Rico. Yeray se portó como un caballero. Una vez entregadas las llaves del barco al vigilante del puerto, nos invitó a un apartamento que poseía en lo alto del barranco, encargamos comida, y los tres, pasamos una noche fantástica. Y eso fue todo. Ni sexo aborígen, ni fuegos artificiales. En el aire reinaba una atmósfera mágica. Lucía hizo un brindis con vino de Lanzarote, un malvasía dulce y salino, que entraba de maravilla. “Para que no olvidemos esta noche, ni las islas ni sus gentes”. Ni corta ni perezosa, besó en los labios a Yeray y

luego a mí del mismo modo. ¡Ay! Grité. No sé si por efecto del beso o por el reloj de pared que marcaba la hora con descaro. “¡Mirad! ¡Son las dos de la madrugada! Mañana tengo la ponencia de clausura. Tenemos que volver al hotel ya. “Mira, María”, dijo Yeray, “ninguno de los tres está en condiciones de conducir. Tenemos dos opciones, dormir aquí, y mañana temprano...”. “¡Un taxi!” Grité alterada sin dejarle terminar de hablar. “La opción B es un taxi.” Rompí la magia en segundos. Tuve miedo de quedarme en el apartamento. ¡Qué malo es el subconsciente, que pone zancadillas mentales para esconder la verdad!

Mientras el taxi subía a lo alto de la colina, le pedí permiso para una ducha rápida, quería quitarme el salitre. Justo cuando iba a entrar Lucía al baño, sonó el porterillo. El coche estaba en la puerta “Ok, dijo ella, yo me ducho en el hotel estoy habituada al salitre”. Le pedí perdón a Yeray por las formas y le dije que le compensaría con una cena en el hotel AC.

Fue galante, pero noté un poco de decepción en sus gestos. Nunca supe cual era su plan “B”. Al llegar a Las Palmas nos despedimos en el taxi con un beso de amigas en las mejillas. Lucía se fue a su hotel, el Cristina. A las cuatro de la madrugada me metía en la cama agotada pero feliz. Al día siguiente aunque con agujetas, la clausura resultó apoteósica. Creo que fue la mejor ponencia que he dado nunca en un congreso.

Por la noche cenamos de nuevo los tres, pagué yo, por supuesto. Sabes Jorge, que en eso soy generosa, y si estoy agradecida más.

En el vuelo de vuelta a Madrid nos sentamos juntas y me invitó a pasar una semana en Sitges. Me había visto tan emocionada con el velero, que pensó, que tras un cursillo de tres días, navegar las dos solas por el Mediterráneo sería una aventura inolvidable. “Dos diosas griegas manejando las velas del destino”, dijo.

Y fue en ese viaje, cuando en una cala entre Garraf y Sitges,

después de mucho champán, se abalanzó contra mí, me arrancó el sujetador del bikini y besándome como nunca nadie antes me había besado –ni tú Jorge, ni tú lo siento– me intentó meter mano.“ No soy lesbiana” le dije apartándola bruscamente de mi lado. “Yo tampoco” me contestó. Metió la mano entre la braguita de mi bañador y mi sexo, mientras me seguía besando, a duras penas le contesté: “Y una mierda no eres lesbiana”.

Me encantó. Me encantó, lo que me hizo y sentí. Y entre besos, abrazos, y poemas de Safo, han pasado estos dos años. Empezamos teniendo un orgasmo increíble el en Mediterráneo y así, acabamos en el Atlántico: ¡tirando un plotter por la borda, y con una bronca monumental! A punto del naufragio, del naufragio del “Alba Azul”, nosotras no creo que naufraguemos nunca. Esas cosas se saben. Igual que tu sabías que Roberto era tu santo grial.

Aquí tengo que parar mi relato para pedirte perdón. ¡Lucía me ha hecho entender tantas cosas! Cuántas profundidades puede haber en una caricia. Cuántos movimientos con la lengua para expresar amor. Y como te decía al principio de esta carta, encontré el punto “G” y el resto del abecedario.

Ahora sabrás por que quiero pedirte perdón:

Cuando nos divorciamos y te fuiste a vivir con Roberto, no entendí que podía darte ese “caballerete” que yo no te diera. He tardado mucho en entenderlo. ¡Diecisiete años! Tienes que estar muy agradecido a Lucía. Cuando la conozcas tienes que decírselo. Diecisiete años de los cuales los primeros fingí perdonarte. Fingí que Roberto me caía bien. Y oía cabreada de boca de nuestras amistades: “Que comprensiva es María, que maja, que bien lo lleva” Y una mierda. ¡Vaya es la segunda vez que uso este taco! Pues sí. ¡Una mierda! No hay dos sin tres. Lo que he llorado a solas solamente lo sé yo. Pero no fue tu culpa, querido Jorge. Fue mía, ofuscada por sentimientos

que no quería ver, ni sentir, me pusiste una puerta que no quise abrir, ni quería que tu la traspasaras. Saliste del armario, con una valentía digna de los soldados de Alejandro Magno. Conquistaste tu imperio llamado Roberto. Perdiste en el camino, “amigos”, hermanos, a tu madre, que me volvió loca con sus llamadas, pidiéndome explicaciones de que cosas no te hacía en la cama que te había hecho abandonarme. “Con lo modernos que sois ahora”, me decía una y otra vez. Ella que era de misa diaria llegó a preguntarme si hacíamos “delaciones”. “¿Delaciones?” Le pregunté extrañada, “Sí”. Afirmó ella, “ya sabes, eso que yo nunca le hice a mi marido.” “¡Ah!, usted quiere decir felaciones” Sabe lo que ocurre Doña Pilar, le dije con mucho respeto, a tu madre siempre la llamé respetuosamente Doña Pilar, no es que yo no le coma la polla, es que la polla, ¡quiere comérsela él!

Nunca más me llamó. Si lo sé se lo suelto el primer día. ¿No lo sabías verdad? Seguro que tú y Roberto os estáis muriendo de risa. Espero que así sea. Por favor Jorge, pídele perdón de mi parte a Roberto. No nos ha tocado más remedio que tolerarnos. Yo le aprecio por una sencilla y gran razón: Él te ha hecho feliz. Eso es impagable. He entendido con el tiempo que no fue un capricho. Que él era la mitad que yo no te di, igual que ahora Lucía es mi mitad, mi alma gemela. Sé que él me admira por mi trabajo y por mi tolerancia, pero se merece más que “mi tolerancia”, se merece el amor que incondicionalmente recibo de él. Cuando nos veamos se lo voy a dar con creces.

El respeto que en un principio no le di, nunca se lo podré devolver. Dile que he sido terca, pero que le quiero. Amor para ambos y mis más sinceras disculpas. Espero que encontréis un modo de perdonarme.

Ok. Resumiendo: Sin plotter, sin motor, el temporal arreciando, las velas medio izadas, la noche sobre nosotras, Lucía cabreada y yo muerta de

miedo. (Y ebria). Ve sumando infortunios de melodrama griego. Es muy peligroso navegar con tempestad, con las velas izadas. Nos arriesgamos con la confianza que la moneda lanzada al aire nos diera cara, pero salió cruz. Lucía decidió rizar velas, para que tú me entiendas Roberto, rizar las velas es reducir la superficie de la misma para que el viento incida menos en ella. Esto que te cuento es de manual, cosas que se aprenden en los cursos de patrón. El mar iba empeorando y Lucía me dijo que creía que aún tenía la situación bajo control, pero me dijo: “manda un “pan-pan” por radio, al menos que sepan donde estamos”.

Querido, “un pan-pan”, es una llamada de urgencia *light*. Sí hijo, ahora que está tan de moda lo *light*, también hay “socorros” así, tal cual. A mi la situación me empezaba a preocupar, nunca me había visto en unas condiciones marítimas semejantes. No es lo mismo, iba pensando yo, hacer prácticas en el Mediterráneo o en el pantano de San Juan, que en el Atlántico y ya de noche.

Un espantoso “catacrac”, me sacó de mi run run. Lucía me pedía ayuda mientras intentaba rizar el foque, un golpe de viento rompió la botavara. La vela se soltó y casi tira a Lucía al mar. Ahora sí Por fin íbamos a morir como diosas griegas tragadas por Poseidón.

Sin preguntar le di al botón de “mayday” automático, mientras por la radio con muchas interferencias, iba repitiendo: Mayday, mayday, mayday: aquí Alba azul. Mayday, mayday, mayday: aquí Alba Azul...”

El “Alba azul”, zozobraba. En menos de diez minutos el tiempo enloqueció. Nos pusimos los chalecos, nos encerramos en la cabina y seguimos mandando mensajes. Mayday, mayday, mayday: aquí Alba azul. Mayday, mayday, mayday: aquí Alba azul...

La pequeña luz verde de la radio y el botón rojo, con una bombilla en su interior, eran las únicas luces que teníamos encendidas, aparte de las de

posicionamiento del barco. De súbito se apagaron. Nos habíamos quedado sin batería. Ahora la que grité fui yo. “Pero que mierda de barco has alquilado, se está rompiendo por fascículos”. Me volví loca. Empecé a darle patadas a todo. Puñetazos a los cristales. Me tiraba de los pelos, hasta que Lucía muy cuerda y sensata, me dio una torta. ¡Qué buena terapia es un buen bofetón a tiempo! “Cálmate, María, no podemos hacer nada. La radio ha estado funcionando, por aquí hay mucha navegación. No podemos estar muy lejos de la costa. Verás como en unas horas estamos en Lisboa”. Derrumbada me senté en la butaca del capitán. Di un hipido, abrí la nevera, descorché otra botellita de champán me amorré a ella, bebí un largo trago y se la pasé a Lucía para que hiciera lo mismo. Prefirió mantenerse sobria intentando dominar la embarcación, afortunadamente, en una hora pasó la tormenta. Más tranquilas, encendimos los móviles pero no teníamos cobertura, bueno el mío no tenía cobertura, el de ella se había mojado y no se encendía. No podíamos llamar a nadie. Ni siquiera a ti, Jorge, tú que tantas veces después de nuestro naufragio matrimonial fuiste mi salvavidas emocional, no sabes cómo te eché de menos

Nos quitamos la ropa mojada. Decidimos abrir las camas y debajo de unas mantas, nos acurrucamos una al lado de la otra y turnándonos hicimos guardias hasta el día siguiente.

No se podía hacer nada más. “Ale iacta est”, dijo Lucía muy latina ella. “Moriture te salutant” contesté yo más pragmática. Nos reímos. En mi turno de vigilia caí rendida dejando el velero a merced de la marea. Me desperté sobresaltada segura que al salir a la cubierta, el mar parecería la Gran Vía de Madrid, con barcos yendo y viniendo en lugar de coches. Nada, ni un alma. Solo niebla.

Desperté a Lucía y le comuniqué el estado de la mar. Fue la primera vez que en dos años de navegación la noté ponerse nerviosa. Sinceramente

me vi muerta. En realidad la secuencia fue: se acaba el champán, se termina la comida de la nevera, el agua, pasamos sed, nos sale alguna pústula en los labios y cuando tengo el peso ideal... muerta. Tantos años haciendo régimen para acabar con un tipo estupendo, pero muerta. ¡Vaya birria de periplo alrededor de la península! Lucía intentó encender el motor, pero no hubo manera. La niebla aunque no era densa, no nos permitía ver nada, mi móvil se quedó sin batería, el de ella seguía sin encenderse. “Alguien pasará por aquí, le dije, quedan dos botellas de champán, nos las tomamos y que sea lo que dios quiera”. Recordé que en el botiquín tenía algunos orfidales los puse en la bebida sin decirle nada a Lucía y nos lo zampamos con unas tostas y un poquito de salmón ahumado que teníamos. Conseguí lo que quería, caer redondas. Cuando despertamos era de noche. Seguía sin pasar ni “Díor” por allí. Lucía se vino abajo, empezó a llorar y a pedirme perdón por embarcarme en un destino tan trágico. “Que sepas que he pasado los dos mejores años de mi vida a tu lado” me dijo. Volví al botiquín, me puse dos orfidales debajo de mi lengua, la besé, se los pasé y conseguí calmarla. ¡Que estupenda son las drogas bien administradas!

Por la mañana, oímos un motor fueraborda. Nos creímos salvadas. Una pequeña lancha arrastraba nuestro yate. Íbamos hacia un promontorio con un faro y al lado, un pueblo sentado en una playa de arena dorada nos daba la bienvenida. Los hombres de la lancha pilotaban cogidos de la mano. Al ver que ya estábamos despiertas, uno de ellos nos saludó. Lucía y yo, aún atontadas por los orfidales, la sed, el hambre y el mareo, no entendíamos muy bien que estaba ocurriendo. Nos habían encontrado a la deriva y decidieron arrastrarnos al pueblo.

Llegamos a un pequeño puerto protegido por una bahía natural espectacular, amarramos el velero y por fin después de dos noches llegamos a tierra. Lucía nunca supo lo de las pastillitas, espero Jorge que me guardes el

secreto. Los chicos nos ayudaron a salir del velero con una amabilidad extrema. Tenían un ligero acento imposible de identificar pero eran españoles. Nos dijeron que estábamos a salvo. “Bienvenidas a Chelemare” casi cantó. A mí el nombre me sonó a italiano, y le pregunté si estábamos en Italia. “No, dijo sonriendo, Chelemare es Chelemare”

Chelemare nos acogió sin pedir explicaciones. Pedí un móvil para comunicarme contigo. Pero la cobertura era pésima y la tormenta eléctrica en alta mar nos dejaba incomunicadas. Nos dieron de comer, nos ofrecieron ropa, una habitación con un pequeño baño y nos dijeron que descansáramos. “Mañana todo se arreglará. Ahora a descansar”, insistieron.

Al día siguiente nos levantamos con ganas de conectarnos a la red. ¿Y sabes qué? Chelemare no tiene internet. La cobertura móvil es escasa y por satélite, si hay tormentas eléctricas, no es ni escasa. Intentamos pedir explicaciones a los chicos que nos habían cedido la casa. Queríamos, o salir de allí o comunicarnos con España. Lucía después de agradecer por enésima vez el salvamento, y tomarse varias tazas de café, pidió que nos llevaran al aeropuerto. La contestación fue espeluznante. “La isla no tiene aeropuerto. Es tan pequeña y escarpada, que la única forma de salir de aquí es en barco.” Menos mal, dije yo, llévenos al puerto. La cara de los dos chicos de los cuales no sabíamos ni el nombre ni las intenciones fue todo un misterio. “Tendréis que esperar trece días, hace dos que zarpó el mercante que nos mantiene en contacto con el continente y solo aparece por la isla cada dos semanas.”

Lucía se puso de pie muy nerviosa y preguntó, intentando no parecer alterada: “¿Me estáis diciendo que vamos a estar trece días en esta isla abandonada en mitad de no sé donde y no puedo ponerme en contacto con nadie?” “Mujer, tampoco es eso”, dijo uno de los chicos. “Hay días que

tenemos cobertura. Por cierto mi nombre es Asterio”, dijo presentándose y alargando la mano, “¿y el vuestro?”

La aparente normalidad de ambos, acabó poniéndonos nerviosas a las dos. ¡Pero queremos salir de aquí como sea! ¿Qué será de nosotras? “No tenemos ni ropa, ni dinero, ni móviles, ni velero ni, ni...” “Por eso no os preocupéis, entre todos os dejaremos ropa, y el dinero no es tan importante. Mi nombre es Phileas, ¿y el vuestro? Dijo insistiendo en las presentaciones. María, dije yo, y ella es Lucía.

Nos quedamos los cuatro en silencio. Salimos de la casa. El lugar era encantador. A la llegada, no nos dimos cuenta de la belleza de la playa y la frondosidad que trepaba en vertical montaña arriba, ocultando algunas casitas encaramadas en el barranco. Consolándonos ante tanta belleza, Lucía y yo, hombro con hombro, nos dimos un beso. Justo detrás de nosotros uno de los chicos, no recuerdo si Asterio o Phileas, nos preguntó: “¿estáis casadas?” Ambas nos quedamos de piedra. “No, no...” tartamudeó Lucía girando la cabeza. “Nosotros sí, hace seis años. Aquí seréis muy felices”.

Otro silencio, largo e incómodo.

“¿Así que en quince días no hay barco?” “Trece”, dijeron ambos a la vez. Trece, repetí...

“De acuerdo, no pasa nada”, dije resuelta, en lugar de dar la vuelta a la península, pasamos aquí las vacaciones, y cuando aparezca el mercante volvemos a la civilización.

Y así lo hicimos. Pensamos que pasar trece días en Chelemare no era una mala opción. Visitaríamos la isla, conoceríamos a sus gentes, sus paisajes, su gastronomía descubriríamos misteriosas leyendas, etc ...

Incluso llegamos a conocer a una señora que ejercía una especie de cargo dirigente, como presidenta o alcaldesa. Ese mismo día después de

bañarnos en la playa, subimos a la Sierra del Arisco, donde hay un pintoresco pueblo llamado Ventolto.

Por la noche, Asterio y Phileas nos preguntaron a que nos dedicábamos en Madrid. Cuando supieron que éramos aparejadora y arquitecta, los ojos de ambos les hicieron chiribitas. A la mañana siguiente organizaron una asamblea, acudieron unas doscientas personas y nos propusieron que restauráramos el faro. Llevaba en pie unos dos mil años, nos dijeron, a mi me pareció una exageración. Al verlo de cerca enseguida me sacaron de dudas. Si lo vieras Jorge es como el hermano pequeño de la torre de Hércules de A Coruña. Es precioso, por fuera está intacto, pero el interior dejaba mucho que desear. Adosada a su lado una pequeña casita idílica por su situación, terminó por decidirnos a aceptar la propuesta. Lucía, mucho más práctica y sensata que yo, vio un problema. ¿Cómo íbamos a restaurar el faro, si abandonábamos la isla en doce días? Nott, la alcaldesa, presidenta, o mandamás de la isla, se acercó a nosotras y cogiéndonos de las manos nos dijo. “Quien llega a Chelemare, no se va de Chelemare”. A mi esa frase, me pareció una maldición sarracena, Lucía soltó un enigmático sonido, parecido a una risa irónica, y los que estaban con nosotros sin decir nada suspiraron y nos dejaron solas.

Si eres listo, Jorge, que lo eres, habrás deducido, que nos quedamos en la isla y restauramos el faro, y ahora vivimos en la casita adosada, con vistas a unas preciosas salinas que en los equinoccios la invaden cientos de flamencos. De momento no pensamos volver ni a Santander ni a Madrid. Nos hemos vuelto... a ver como te explico esto: farero-pastoras-agricultoras-arqueólogas-ceramistas y unas magníficas cocineras. Nos encargamos del mantenimiento del faro, tenemos un huerto que nos ofrece gran variedad de productos, tenemos hasta dos burritos, que aquí les llaman onagros, que nos ayudan en el transporte de productos y en las excursiones que hacemos por

los bosques de laurisilva de la isla.

Pasamos de diosas griegas navegando en el Mediterráneo a Amazonas intrépidas e independientes. La isla se autoabastece con unos molinos eólicos que están en lo alto de las cumbres. Y la llegada del mercante cada quince días, marca nuestro calendario. Somos felices y sin querer nos hemos convertido en las heroínas e historiadoras de la isla, desvelando el gran misterio de sus gentes y de los nombres tan curiosos que tienen.

Verás, Jorge, cuando empezamos la restauración del faro, parte del suelo de la casita adosada cedió. Y allí encontramos un auténtico tesoro. Impecablemente ordenados había cientos de pergaminos, tablillas de arcilla, pieles de cabra cuidadosamente curtidas para escribir, punzones, pinceles, unas semillas rarísimas que estaban guardadas en un tarrito de barro y hasta un mapa con una descripción bastante exacta de la isla. Todo perfectamente protegido entre hojas de palmera que las preservó de las humedades y los posibles mohos. ¡Cómo se enteren en el British vienen a saquearnos! Por supuesto esto es alto secreto. Uno de los habitantes de la isla es un profesor de lenguas muertas que está traduciendo las tablillas. El profesor Radú.

Por lo visto alrededor del siglo III a.c. llegó a la isla una expedición desde las tierras más occidentales del Mediterráneo. Al igual que nosotras, también naufragaron y fundaron esta pequeña ciudad. La isla está protegida por un cinturón de nieblas permanentes y rodeada de peligrosas rocas que la navegación comercial evita alejándose de ellas. El mercante nunca llega al pequeño puerto. Fondea muy cerca de la isla y con barcazas acercan el material que necesitan. Me han contado que la descarga de los molinos eólicos fue toda una odisea.

El profesor Radú ha ido descifrando algunas de las tablillas. Ya sabemos la procedencia de los nombres, nativos, Nott, Zenón, Kalós, Ares... son todos descendientes de las tribus de Basilión I y Anaid I gobernantes

posteriores al gran Alejandro Magno y de algún modo emparentados con ellos. También sabemos el porqué del nombre de la sierra. No es sierra del Arisco como te comenté antes. Uno de los exploradores que llegaron bautizó los montes al conquistar el territorio con el nombre de su padre, Kalós, y con el suyo propio Ares, llamando a la cordillera Aréskalos, y de allí con el paso de los años y el devenir de la evolución lingüística acabó con el nombre de Arisco. En fin una historia muy apasionante. Esto es solo la punta del iceberg. Hay leyendas fantásticas en la isla. Incluso miden el tiempo de modo distinto a nosotros, actualmente estamos en el año 2319. D.N. (quiere decir después del naufragio), ya te contaré, pero no te creas que te vas a encontrar algo parecido a *Blade Runner*. Las cosas aquí son mucho más sencillas.

Ya para terminar esta larga carta, perdón, por extenderme tanto, ahí va la noticia bomba: les he hablado de ti al Consejo de Chelemare. Les he dicho que eres arqueólogo pre-jubilado, y te han invitado a venir. No voy a insistir que lo hagas, lo dejo a tu a vuestra elección. Roberto también será bienvenido. No sé muy bien que hará un economista en la isla, pero ya le buscarán alguna ocupación. Desde la península esto te puede sonar a majadería de una casi sesentona, loca y enamorada, pero esto solo ocurre una vez en la vida. ¡Véndelo todo o regálalo! Aquí seréis felices.

Una cosa más, en la isla suceden cosas maravillosas. Estoy embarazada. ¡Sí, a mi edad! ¿No te gustaría conocer al ser que llevo en mis entrañas?

Con todo mi amor, mis deseos de perdón por vuestra parte y la necesidad de abrazaros, esperamos vuestra respuesta.

María Blázquez.

P.D. Si os decidís a venir tenéis que ir a la Isla de El Hierro,

mándame una carta con fecha de llegada y una barcaza os esperará. Desde allí os acercaran a la isla.

Debes escribir a:

María Blázquez

Promontorio del Faro

Chelemare, San Borondón

Allá vamos

Santander, 1 de Octubre de 2019

Querida María. Ya estoy jubilado. Sigo tus instrucciones. Roberto lleva en paro más de un año. Estaremos en la Restinga a partir del 1 de Noviembre. Estoy deseando conocer a Lucía, y juntos desvelar más secretos de la isla.

De parte de Roberto, “No hay nada que perdonar” palabras textuales.

Te queremos. Esperamos también adorar a Lucía.

Roberto y Jorge.

Agradecimientos:

Gracias a Fran Torres, por su inestimable amor, paciencia e indiscutible apoyo. A Nacho, mi terapeuta, por darme el pistoletazo de salida en el arte de la escritura. A Silvia Gil por animarme a escribir, sugerir historias y por su risa. A Marta Blázquez y a Filo Carpio, por su inagotable paciencia y cariño como imprescindibles correctoras. Y por supuesto, a María Acero, por asesorarme en las tareas de navegación para hacer naufragar a mis navegantes. A Pilar G. Coronel, a Paloma del Campo, a Laura Hernando, a Javier Pardo por ser los primeros lectores del manuscrito y sufrir las distintas versiones y cambios del mismo. A Mari Nieves Torres Monzón por su impagable ayuda informática, a Claudia Cellemare por prestarme su apellido para uno de los lugares mágicos de la isla, a Nuria Roy y a Elisa García por existir.

Y por supuesto a mis padres por querer a quien más amo.

Nota del autor

Todos los personajes e historias que aparecen son obra de la imaginación del autor, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

San Borondón, donde se ubican los pueblos de Ventolto y Chelemare es una isla mágica de la mitología canaria, pero muy arraigada en las islas. Incluso hay algún dato histórico de su búsqueda, descubrimiento y regreso de la misma.

Puedo decir que en mis años residiendo y visitando Gran Canaria, en las mañanas claras de invierno, desde el barrio de El Batán donde tiene mi suegra, María Teresa Monzón Santana, su casa, en el contraluz del sol naciente se perfilan unas sombras mágicas. Al principio de conocerme, mi suegra, me decía que esas sombras eran San Borondón. La creí muchos años hasta que un día me desveló, que no, que esa isla era Fuerteventura.

De estos relatos lo único que no es ficción es el amor, libertad y sosiego que los canarios y las islas ofrecen con sus magníficos paisajes y apacible clima.